

PUCK

DRAMA DE HONOR

Robert Ayres



PUCK, DAMA DE HONOR

Por

LISBETH WERNER

Título original danés: FRISK MOD PUK - TILLYKKE PUK

Traducción: Josefina Dalmau.

Cubierta: Badía Camps.

Ilustraciones: R. Cortiella

DÉCIMA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 31.715-1988 ISBN 84-310-2148-9



Para los alumnos del pensionado de Egeborg, el final del otoño era la temporada más aburrida. Las alegrías del verano ya estaban lejos y las del invierno no habían empezado todavía. Sin embargo, los grandes bosques al oeste del lago de Ege eran tan magníficos que difícilmente podía imaginarse nada más hermoso. Las copas de los árboles resplandecían de rojo y oro, pero las tempestades, cada vez más frecuentes, borraban poco a poco aquel esplendor. El suelo

aparecía cubierto de un tapiz de hojas muertas, y el viento del oeste barría de la superficie del lago Ege pequeños islotes de hojarasca, que se acumulaban en la isla de Volmer o en la ribera al pie de la granja del Este.

Desde luego, cada estación del año tenía su encanto, pero los alumnos aguardaban con impaciencia los copos blancos que les permitían calzarse sus esquíes.

Sin embargo, había algunos muchachos, y el primero naturalmente era Alboroto, que deseaban que los días soleados se prolongaran. Era por la nueva piscina. El bienhechor de la escuela, el doctor en Letras Erling Holst, les había regalado aquella piscina al aire libre, que fue construida en un tiempo «record», gracias a la colaboración de los propios muchachos.

La inauguración se había celebrado con una fiesta maravillosa, con discursos, champaña y un verdadero pastel de ceremonia, y, sin embargo, los muchachos habían demostrado más interés aún por el agua cristalina y fresca. Ciertamente el viento y la temperatura otoñal ponían a veces la piel de gallina..., pero siempre era posible calentarse atravesando la piscina con un rápido *crawl*.

El profesor de gimnasia, el señor Stranvold, entrenaba a sus discípulos tanto como el tiempo se lo permitía. Algunos muchachos tenían ganas de aprender a saltar desde los distintos trampolines, pero el señor Stranvold, en vista del mal tiempo, no quería ni oír hablar de ello. Solamente la natación podía calentar a los alumnos e impedir que pillaran frío.

Las muchachas no sentían deseo alguno de imitar a los chicos. Incluso la propia Puck se estremecía un poco viendo cómo Alboroto y sus compañeros se tiraban al agua, que apenas llegaba a los diez grados. ¡Unos auténticos vikingos! A Navio le castañeteaban los dientes.

□ Aunque mi padre sea capitán de barco, soy refractaria a esta clase de deporte. Pero se diría que a Alboroto y a los otros les gusta el agua.

□ Claro que sí — respondió riéndose Puck.

□ Sin embargo, tienen la carne de gallina.

□ Esto forma parte de la diversión, Navio.

□ ¡Vaya diversión!

Merete, recordando de repente la expresión favorita de Navio, la

empujó con el codo y dijo:

□ Vaya... ¿no lo encuentras formidablemente palpitante?

□ No — contestó Navio estremeciéndose —. Encuentro que más bien es formidablemente siniestro... Pero, ahora que recuerdo, la semana próxima llegará papá a Sundkoebing en su barco. Nos divertiremos de veras. ¡Qué feliz soy!

Sus amigas también se alegraban. En efecto, Navio tenía pocas ocasiones de ver a su padre. Comandante del *Margrethe III*, desde hacía varios años solía efectuar a menudo largos viajes. Aquella vez transportaba una carga con destino a Sundkoebing y, tanto para el padre como para la hija, aquel encuentro les llenaría de alegría. Que el barco llegara a Sundkoebing presentaba un particular interés. En efecto, los alumnos del pensionado de Egeborg habían «adoptado» al barco, y un continuo intercambio de cartas les mantenía en comunicación con la tripulación, con lo que los marinos, por su parte, tenían la sensación de estar siempre cerca de Dinamarca, a pesar de la distancia. ¡El que había pensado en aquella «adopción» había tenido una gran idea!

El *Margrethe III* ya había estado en Sundkoebing el año anterior, lo que había dado lugar a una serie de acontecimientos, en su mayoría agradables. ¡Qué dicha volver a ver al capitán Sommer y a su tripulación! La última vez, los niños no sólo no se habían aburrido, sino que quizás, en un momento dado, las distracciones habían sido incluso excesivas.

Merete, en aquella época, no formaba todavía parte de Egeborg. Así que sus amigas le explicaron sus mejores recuerdos, Merete les dijo, sonriendo:

□ Sí, me doy cuenta de que os divertisteis mucho. Tu padre no parece un hombre aburrido, Navio.

□ ¡Aburrido! —Navio casi perdió el aliento—. Es el padre más gentil, más divertido, el mejor del mundo...

Merete se echó a reír.

□ ¡No, es imposible que sea aburrido teniendo una hija como tú! Creo decididamente que es... formidablemente palpitante.

□ Sí —dijo Navio con una sonrisa de felicidad—. Es un padre maravilloso. Y no pienso en los bonitos regalos que me trae, no; es pensar que pronto lo estrecharé tantas y tantas veces en mis brazos lo que me llena de alegría... Lo comprendéis ¿verdad?

Puck hizo una señal afirmativa.

□ Lo comprendemos muy bien, Navio.

Ella también pensaba en cómo abrazaría a su padre cuando volviera para Navidad. En realidad, su caso era igual al de Navio; ambas habían perdido a sus madres... y ambas tenían al padre siempre viajando lejos de Dinamarca. ¡ Les parecía un tanto duro!

Alboroto, que salía de la piscina, se acercó. Hizo un enérgico esfuerzo para no dar diente con diente.

□ Bueno, pequeñas..., espero que no tengáis frío...

□ Sí —replicó Puck—. Basta con mirarte para tenerlo; anda con cuidado, no vayas a pillar una pulmonía.

Navio sacudió la cabeza desalentada.

□ ¡Está loco! ¡Todos están locos!

□ Alboroto es un gran deportista —dijo Puck con admiración.

□ ¡Bueno! — dijo Navio —. A mí me parece que es más bien un gran pillo.

□ Lo es también — reconoció Puck sonriendo.

Mientras los chicos seguían con sus juegos en la piscina, bajo las instrucciones del profesor Strandvold, las cuatro muchachitas se volvieron a su habitación, porque en el «Trébol de Cuatro Hojas» la calefacción era deliciosa. Claro que había que ser deportista, pero, a pesar de todo, no había que exagerar.

* * *

Y mientras la vida cotidiana proseguía así en el pensionado de Egeborg, el *Margrethe III* navegaba hacia Dinamarca. Después de cargar naranjas en España, el barco doblaba el cabo de Vizcaya capeando un temporal. Las olas rebasaban los empalletados y la espuma salpicaba violentamente el puente de mando. Sí, era un tiempo que exigía buenos marinos..., pero que resultaba una bagatela si se lo comparaba con Dorthé. ¿Dorthé?

Bueno, Dorthé era una jovencita que había sido confiada al comandante en Río de Janeiro. Tenía trece años y era la hija de un representante de la compañía naviera en la capital del Brasil. Su padre, deseoso de darle una educación danesa, la había matriculado en el pensionado de Egeborg... Y el desventurado comandante Sommer estaba encargado de custodiarla durante la travesía.

Jamás el padre de Navio se había visto en un trance parecido. Había capeado olas enormes, grandes como casas, en el Océano

Atlántico; escapado a la presión del hielo en el Mar Blanco, y vencido los temporales del Pacífico... Pero Dorthé solita era más temible que todos aquellos peligros reunidos. Simplemente, actuaba como un huracán contra el cual uno se encontraba indefenso. Un buen marino puede llegar a dominar un mar agitado, pero no a la joven Dorthé, pensaba.

Las dificultades del comandante empezaron mucho antes de emprender el viaje. Hasta aquella fecha, Dorthé Hagen había llevado una vida despreocupada en un gran palacio que daba a un bulevar de Río de Janeiro. Su padre, no solamente era el presidente de la compañía naviera, sino que también era el accionista más importante. Dorthé su hija única, había sido muy mimada y lo demostraba a cada momento del día. Cosa curiosa, aquella mala educación no la había convertido en una chiquilla impertinente ni presuntuosa; incluso era muy modesta y extremadamente cortés, pero tenía una imaginación tan fértil cuando se trataba de hacer jugarretas que resultaba agotadora.

Desde luego, su imaginación alcanzaba límites increíbles. Era incapaz de vivir un solo día sin inventar nuevas bromas, y lo peor es que nunca pensaba en las consecuencias que podían tener. A pesar de todo, los que la rodeaban nunca se enfadaban con ella. Cuando había hecho algo, presentaba una actitud tan graciosa y un aspecto tan enternecedor, que nadie se le resistía. Las pocas veces en que se le hacía difícil hacerse perdonar, ejecutaba algunas cabriolas ante su víctima, con mucha gracia, pues desde hacía ocho años asistía a una clase de baile en la mejor escuela de la ciudad. Por lo demás, era de una agilidad excepcional; brincaba como una cabrita y trepaba como un mono. Un día se le ocurrió llamar a sus padres desde lo alto de la copa de una palmera, la más alta del jardín. ¡Y hasta aquel momento siempre había escapado al peligro!

Antes de su marcha, su padre dijo al comandante Sommer:

□ Quizá Dorthé le cause algún problema, pero sea indulgente con ella. En la sangre de esta chiquilla no hay ni una sola gota de maldad, y quiero que se divierta.

□ De acuerdo —respondió el comandante.

Pero ignoraba lo que le esperaba.

Una vez el barco en alta mar, no tardó en saberlo. Dorthé estaba aquí, allí, en todas partes a la vez. A un marino se le ocurrió

enseñarle cómo se disparaban los cohetes para pedir socorro y, una tarde, a última hora, en pleno Atlántico, la tripulación pudo ver cómo un cohete de petición de auxilio subía por el aire.

El comandante se enfadó en serio. En el mar, no se pueden disparar cohetes, salvo si el peligro es inminente. Riñó con severidad a Dorthé, pero ella se contentó con asumir un aire inocente y hacer un mohín.

A pesar de todas sus jugarretas, Dorthé no tardó en ser la predilecta de toda la tripulación. Hizo una gran amistad sobre todo con Billy, el cocinero negro, y le hubiera gustado mil veces más comer en su compañía en la cocina que en la mesa del comandante. Cuando recibía la visita de Dorthé, Billy se sentía en el séptimo cielo, tanto más que sabía algunas palabras danesas. Se ponía loco de contento al poder decir «la querida y vieja Dinamarca» y otras expresiones por el estilo. Era feliz pensando en volver a ver la simpática ciudad de Sundkøbing y saludar a Puck y a sus amigas, que el año anterior le habían sacado de un apuro serio.

Billy se alegraba cuando Dorthé iba a verle a su *pantry* (es el nombre que se da a la cocina de un barco grande), pero su alegría no iba a durar mucho. En efecto, la tripulación empezaba a quejarse de la comida, lo que no resultaba extraño. El sabor de la misma no podía ser más raro ya que había azúcar en las alubias, pimienta en los postres y sal en la sopa de leche.

¡Pobre Billy! ¡Él, el mejor cocinero del mundo, fracasando en todos sus guisos!

Y casi se sintió aliviado el día que descubrió la verdadera causa de aquellos desastres. Al volver de repente a la cocina, después de haberse ausentado unos veinte minutos, se encontró con que Dorthé estaba tirando vinagre en la sopa de coles.

□ *Oh you nauhghthy girl!* —exclamó apoderándose de la botella de vinagre—. *How could you do it?* (¡Niña traviesa! ¿Cómo puedes hacer una cosa así?)

Pero, ante el mohín de Dorthé, añadió riendo:

□ ¡Querida y vieja Dinamarca!

Sin embargo, el día en que recubrió de dibujos todas las anotaciones del mapa de navegar, el comandante perdió la paciencia y telegrafió de inmediato al director Hagen, en Río de Janeiro:

Tengo entendido que Dorthé tiene que divertirse como mejor le parezca, pero ¿debo dejarle también el mando del «Margrethe» hasta Sundkøbing?



El padre de Dorthé tenía sentido del humor porque, unas horas después, el comandante recibió el despacho siguiente:

Si Dorthé es capaz de hacerlo, déjela que lo intente. Le deseo buena suerte.

El comandante Sommer se volvió suspirando hacia el telegrafista que le había llevado el mensaje:

— ¿Cómo diablos dominar a esa chiquilla, Nielsen? Supongo que no será posible encerrarla con llave en su camarote.

El telegrafista contestó, sonriendo:

— Cuando se trata de Dorthé Hagen, me temo que no haya nada que hacer, mi comandante. Me daría por satisfecho si consiguiera tenerla alejada de mis aparatos... Porque no me extrañaría que se le ocurriera lanzar un mensaje de S.O.S. a todos los barcos del Atlántico.

Cuando el *Margrethe III* franqueó el cabo de Skagen, el comandante suspiró de alivio. Dentro de muy pocas horas el barco llegaría a Sundkøbing. No solamente volvería a ver a su querida niña, sino que se vería libre de Dorthé. De momento no sabía cuál de las dos cosas le alegraba más.

La costa de Sjaelland estaba a la vista cuando el comandante Sommer efectuó una última visita de inspección. Tenía interés en que todo estuviera en orden cuando el barco entrara en el puerto. Tal como lo había exigido, la disciplina se había mantenido siempre impecable a bordo del *Margrethe III*. Sólo Dorthé Hagen había conseguido enredar su magnífica organización.

Al pasar delante de la cocina oyó de repente un grito y una blanca silueta franqueó el umbral trastabillando.



Sorprendido, se detuvo y contempló aquella silueta que ejecutaba en el puente una verdadera danza guerrera, despidiendo una nube de polvo blanco. Luego soltó una exclamación al darse cuenta de que se trataba de Billy, el cocinero negro.

— ¡ Ay, ay! — gimió Billy, frotándose enérgicamente los ojos.

— Pero ¿qué sucede, Billy?

Y Billy, tartajando, explicó lo que había ocurrido. Había salido de la cocina un momento y, cuando volvió a entrar, al abrir la puerta un gran saco de harina le había caído sobre la cabeza.

— Yo creo que ha sido Dorthé —dijo jadeando e intentando sacudirse la harina que lo cubría—. ¡Me gusta muchas bromas!

El comandante no pudo evitar una sonrisa.

— Sí, Billy. Yo también apuesto a que ha sido esta inquieta damita pero, por fortuna, no tardaremos en vemos libres de ella.

Billy enseñó sus dientes tan blancos como la harina que le rebozaba.

— Todos la echaremos de menos, comandante. Incluso Billy lleno de harina. Ella, chica linda...

— ¡ Bueno! — dijo el comandante, luego sacudió la cabeza y se alejó.



En la noche del jueves al viernes Navio durmió poco. Estaba excitada saboreando de antemano su alegría. El *Margrethe III* tenía que llegar temprano a Sundkoebing, y vería a su padre después de más de un año de separación. Realmente, no era agradable ser la hija de un comandante, pensó Navio... Sin embargo, tenía una ventaja: el placer de volver a verse parecía tanto mayor cuando más larga había sido la ausencia.

Las otras tres aún dormían como troncos cuando Navio se levantó y procedió a su aseo matinal. Ya se había lavado y acababa de cepillarse los dientes cuando una voz medio adormilada salió de la cama de Puck:

— Buenos días, Navio...

Y después de bostezar a placer:

— Me pregunto si hoy no te habrás levantado *antes* que las gallinas.

— Desde luego —replicó riendo Navio—. Pero es que no podía dormir más.

— ¿Has dormido realmente mucho esta noche?

— No, no mucho. Y, sin embargo, me encuentro de maravilla. ¡No sabes lo feliz que me siento, Puck!

— Lo comprendo bien, Navio.

Puck, totalmente despierta, le sonrió.

— Será mejor que yo tome la vertical, también, para poder compartir tu alegría.

Pronto la conversación entre las dos amigas fue tan alegre que Inger y Merete se despertaron: pero Merete permaneció más bien callada, no contestaba más que con monosílabos.

— Es absolutamente preciso que estéis dispuestas a las diez y media en punto —avisó Navio—. El director dijo que saldríamos a la hora exacta. Y tú, Merete, vendrás también, ¿verdad?

— Naturalmente —replicó Merete—. Es lo convenido.

— De acuerdo. ¡Tenemos en perspectiva unas horas estupendas!

* * *

Después del desayuno, Puck fue convocada al despacho del director, y el señor Frank fue al grano sin preliminares:

— Oye, Bente, tengo la impresión de que tenéis problemas en el «Trébol de Cuatro Hojas». Ayer noche me visitó Merete, me costó hacerla hablar, pero necesito poca cosa para adivinar. ¿Qué ocurre?

Puck le puso al corriente de la situación con pocas palabras. La habitación llamada «El Trébol de Cuatro Hojas» normalmente estaba ocupada por Bente, Navio, Inger y Karen; por hallarse ésta de vacaciones con su madre, su lugar era provisionalmente ocupado por Merete, que había tomado tanto afecto a sus compañeras, que ahora no se resignaba a marchar a otra habitación.

Y Karen estaba a punto de regresar.

El director opinó gravemente:

— Sí, es lo que había pensado. Y es tanto más triste porque Merete desea dejar la escuela.

— ¡Oh, no! —exclamó Puck impulsivamente—. ¿Lo ha dicho ella?

El señor Frank replicó:

— Ha escrito a su padre pidiéndole permiso para abandonar la escuela antes de Navidad. Merete quisiera vivir con él durante los años en que éste aún permanecerá en Canadá. Hay que aguardar la reacción del señor Dahl.

— Estoy desolada — dijo Puck, con pena —. Si solamente se pudiera hacer algo... Merete se ha vuelto tan gentil; es una camarada de primera categoría, y todas la queremos. ¿No podríamos estar cinco en la misma habitación?

— No. Está prohibido. Las habitaciones están organizadas para cuatro alumnas: y también hay un *principio* en el que hay que pensar, Bente.

— ¿Un principio? —repitió Puck sin comprender.

— Sí —dijo el señor Frank—. Merete, desde luego, se quedaría en la escuela si pudiera seguir viviendo con vosotras en el «Trébol de Cuatro Hojas», pero si yo daba mi consentimiento todas las demás alumnas podrían presentar exigencias análogas. Quizá Hjoerdis no se quedaría en la escuela más que con la condición de estar en la «Habitación de la retama»... Karl Schultz exigirá «La gruta de los gigantes»... Hugo, la «Cámara de la Torre», etcétera. Puedes ver por ti misma a qué dificultades nos expondríamos, ¿no es verdad?

— Sí, claro — murmuró desalentada Puck.

El señor Frank le dio una palmadita amistosa en el hombro.

— Ya veremos, mi pequeña Bente, cómo van a evolucionar las cosas. No vale la pena poner a Merete al corriente de nuestra

pequeña charla. Solamente quería saber a qué atenerme. Y ahora vete.

Cuando, una hora después, el director y las cuatro muchachitas salieron para Sundkoebing, el ambiente era estupendo. Claro que Merete no se mostraba muy expansiva, pero su silencio quedaba compensado por la exuberancia de Navio, que no dejaba de charlar. Su alegría contagiosa se extendió incluso a Merete, que se reía de vez en cuando.

Mientras conducía, el director escuchaba la conversación de las chiquillas. Pensaba en Dorthe Hagen. ¡Desde luego, representaría otro problema! Su padre había escrito desde Río de Janeiro diciendo que a veces resultaba «un poco importuna». Pero, en una de sus cartas, el comandante Sommer había presentado los hechos de muy distinta forma. Según él, Dorthe era peor que una tonelada de explosivos, y quería que el director lo supiera antes de la llegada de la muchacha.

El señor Frank se consoló pensando que el problema no era nuevo para él. No siempre eran niños *fáciles* los que se mandaban a los pensionados.

— ¡Ahí está Sundkoebing! — fue el grito alegre de Navio, cuando llegaron a la cima de la última colina antes de la ciudad.

Puck se burló, risueña:

— Sí, la ciudad está en su sitio habitual, Navio. ¿Creías que había volado?

Apenas el director había aparcado el coche a la entrada del puerto cuando ya Navio saltaba al muelle. El comandante Sommer, con uniforme de gala, estaba en el puente inferior del *Margrethe III*, exclamando con alegría:

— ¡Hola, cariño...! ¡Qué gran alegría verte, hijita!

Navio subió corriendo la pasarela y un momento después abrazaba a su padre con tanta fuerza que casi hizo mover el barco. Cuando el director y las muchachas subieron al puente, el comandante Sommer estaba sin aliento, y exclamó riendo:

— ¡Eso es lo que se llama una cordial bienvenida, señor Frank! Pero hay que reconocer que Lise ha cambiado mucho durante el año que ha transcurrido.

— Trece meses y nueve días, papá —corrigió Navio, estrechándole de nuevo fuertemente entre sus brazos y besándole en

ambas mejillas.

Él se rio con ganas.

— ¡Vaya, te sabes de memoria hasta el número de días! Bueno, sean bienvenidos todos a bordo. El desayuno se servirá dentro de un cuarto de hora.

Calló de repente al darse cuenta de que Dorthé, silenciosamente, se había colocado a su lado. Carraspeó un poco y dijo:

— ¡Ah, sí! Ésta es Dorthé Hagen, que será su alumna, señor Frank.

Dorthé hizo primero una graciosa reverencia al señor Frank y después estrechó gentilmente las manos de sus futuras camaradas de escuela.

Puck se quedó tan sorprendida que casi perdió el aliento. Dorthé era una linda muchachita delgada, de ojos azules, y con el cabello recogido en cola de caballo, su atuendo le sentaba de maravilla. Pero no era aquello sólo lo que asombró a Puck y las demás. No; esperaban encontrarse una chiquilla desenfadada y desdenosa, y les presentaban a un ser angelical, perfectamente educada.

El señor Frank también se sorprendió, pero no lo dejó entrever tan claramente como las chicas, Y para presentarse, le preguntó:

— ¿Has tenido buen viaje, Dorthé?

La chica lució su sonrisa más encantadora:

— Sí, gracias, señor; he tenido muy buen viaje. Pero hoy sólo pienso en la alegría de entrar en su escuela.

— ¡Vaya! — gruñó entre dientes el comandante Sommer, frotándose la barbilla.

Dorthé hizo como si no se diera cuenta de la pequeña interrupción, ya que siguió diciendo como si nada:

— Mi prima se educó con ustedes hace tres años y me ha escrito miles de cosas agradables sobre la escuela. Tengo una gran alegría de...

— ¡Vaya! — murmuró el comandante por segunda vez—. Dorthé, creo que tendrías que enseñar el barco a tus nuevas amigas mientras yo hablo con el señor director.

Dorthé hizo una reverencia y dijo:

— Sí, señor comandante.

Cuando las cinco muchachas desaparecieron, el comandante se dirigió al señor Frank:

— Le aseguro, señor Frank, que me quita un enorme peso de encima al relevarme del cuidado de Dorthé.

El señor Frank esbozó una sonrisa.

— Me pregunto si es tan desagradable como usted dice, Sommer...

— ¡No, es peor! — afirmó el comandante —. Siempre había creído que el tifón que afronté en el Pacífico hace unos diez años había sido la peor prueba de mi vida, pero, ¡es que entonces todavía no me había encontrado con Dorthé!

Le tocó el turno al señor Frank murmurar:

— ¡Vaya! — pero añadió con optimismo —: Todo irá bien.

Mientras los mayores hablaban, las muchachitas se paseaban por el barco. Pasaron un rato agradable charlando, y al cabo de unos minutos Dorthé las había conquistado a todas. Nunca habían encontrado una chiquilla más encantadora, natural y sencilla. Navio pudo murmurar al oído de Puck:

— Oye, Puck; es sencillamente irresistible. Le voy a dar su merecido a papá, que ha contado tantas barbaridades de ella.

— No dejes de hacerlo — contestó Puck.

— Por regla general, papá no suele contar cosas como las que relató.

— ¡Bueno! —dijo sonriendo Puck—. Creo que lo llaman chanzas de marinos. Tu padre ha querido asustarnos un poco.

Cuando las muchachas se acercaron a la cocina, apareció una cabeza negra. Era la de Billy, que estaba preparando el almuerzo. Sonrió con todos sus dientes blancos, pero, al ver a Dorthé entre el grupo, levantó los brazos asustado, y exclamó:

— *Dear girls, no admittance to the pantry.* (Mis queridas señoritas, está prohibida la entrada en la cocina.)

Mientras las chicas seguían con su paseo, Navio dijo:

— ¡Qué raro se ha vuelto Billy! ¿Acaso cree que le robaríamos los platos del almuerzo?

Dorthé sonrió con aire cándido:

— Billy a veces es raro..., pero somos grandes amigos.

— ¡Querida y vieja Dinamarca! — gritó contento el cocinero—. ¡Compota de frutas con crema!

— Sí, sigues en buena forma — le contestó riendo Dorthé.

Unos minutos después las muchachas fueron invitadas a sentarse

a la mesa. Un joven grumete, ataviado con chaqueta blanca, tenía que servir la mesa pero, dada la importancia de la recepción, Billy había conseguido que le permitieran ayudar. El cocinero negro estaba radiante, no sólo porque podía servir a sus amiguitas, sino también porque había cuidado especialmente la minuta.

El comandante desplegó su servilleta y dijo animadamente:

— Primero tenemos champiñones a la crema. Es una especialidad de Billy, que le ha conseguido fama mundial... Puedes servir, Billy.

El cocinero negro llegó orgulloso con la gran fuente. Sabía de antemano que su especialidad sería debidamente apreciada y que la comida sería un éxito. Al ser el mayor de los invitados, Billy sirvió primero al señor Frank. El director hundió la cuchara en la apetitosa salsa, pero la cuchara se le quedó pegada dentro del plato. Hizo un pequeño esfuerzo..., luego otro mayor..., finalmente su esfuerzo fue tan enérgico que la cuchara le voló de las manos. Salsa y champiñones salpicaron a las muchachas antes de aterrizar sobre el parquet. El señor Frank se quedó tan atónito que no podía quitar los ojos de la cuchara, que chorreaba una salsa tan espesa como goma.

El pobre Billy parecía desesperado. Poco faltó para que dejara caer la fuente. ¿Qué desgracia le había ocurrido a su querida especialidad? Más que un plato delicado parecía disolución de goma.

El comandante Sommer se recostó en el sillón y dijo con aire desanimado:

— Deja la fuente, Billy.

— *Yes, capt'n* — replicó el desdichado negro.

Sommer se volvió hacia Dorthe:

— Querida Dorthe... ¿Has metido tus narices, hoy, en la cocina?

— Sí, señor comandante — contestó ella cortésmente.

— ¿Has tomado algún bloque de gelatina?

— Sí, señor comandante.

— ¿Y después, lo has «extraviado» dentro de la salsa de champiñones de Billy?

— Sí, señor comandante. Me pareció que la salsa no estaba bastante espesa y quise ayudar a Billy.

— Entendidos... ¿Pusiste a Billy al corriente de tus buenas

intenciones?



— No, señor comandante. Quería darle una sorpresa.

— ¡Pues lo has conseguido! — suspiró el comandante—. Llévate la fuente, Billy. Veremos si el plato siguiente está tan acertado como éste.

— *Yes, capt'n.*

Billy suspiró y salió del salón agobiado como un hombre que acaba de sufrir una derrota.

Puck miró de reojo a sus amigas. Empezaba a entrever que Dorthie no era tan angelical como parecía: Inger pensó lo mismo, y comprendió por qué Billy les había prohibido la entrada en la cocina. ¡No resultaba fácil ser un *chef* cuando estaba a bordo una Dorthie Hagen!

El resto del almuerzo fue excelente y el pobre Billy se sintió plenamente rehabilitado, después de su primera derrota. Estaba alegre como un niño y no perdía ocasión de exclamar «la vieja y querida Dinamarca» o «compota de frutas a la crema». Una sola vez, estando detrás de Dorthie le dijo:

— *Oh, you naughty girl!* (¡Niña mala!).

Pero Dorthie le dirigió una sonrisa encantadora y el negro suspiró añadiendo:

— *I'm sorry to say it, Dorthie, but we will miss you indeed!* (Lamento decirlo, Dorthie, pero te echaremos de menos.)

— *Thank you, Billy* — susurró ella gentilmente —. *I'll miss you too* (Gracias, Billy, yo también te echaré de menos.)

Puck y sus amigas no pudieron evitar la risa. ¡No sería fácil ganarle la partida a Dorthie!

Hacia las dos, el director Frank se despidió para llevarse a Dorthie al pensionado de Egeborg. El comandante hizo un último

ademán de despedida y, muy aliviado, se volvió hacia las chiquillas.

— ¡ Bueno! ¡ Puedo aseguraros que no me he sentido más tranquilizado desde el día que aprobé mi examen de marino! Os compadezco, pobrecillas, por tener que convivir desde ahora con Dorthé Hagen.

Puck se rió.

— Pero es muy simpática, comandante Sommer.

— Aguardad — silabeó entre dientes el comandante —. Ya lo veréis.

Cuando las muchachas estuvieron de nuevo solas, Puck dijo:

— Oíd, amigas. Tengo una idea muy buena. Navio, naturalmente, tiene muchas ganas de quedarse sola con su padre. ¿Qué os parece una pequeña visita a tío Anders y tía Henny?

— ¿Quiénes son tío Anders y tía Henny? —preguntó Merete.

Puck se explicó:

— Bueno, a decir verdad, Anders Moeller no es mi tío. Es veterinario en Sundkoebing y lo llamo tío porque es un gran amigo de mi padre y por la misma razón llamo tía a la señora Moeller. «Plet» se está criando en su casa.

— ¿Quién es «Plet»?

— Es mi pequeño cocker, el perro más maravilloso de la tierra.

— ¿Te gustan los perros, Merete?

— Me gustan todos los animales, o casi todos. Sobre todo los perros y los caballos.

— Siendo así, «Plet» estará contento al verte.

Navio intervino:

— No, no os marchéis en seguida. Papá me ha dicho hace un rato que tenía un regalo para cada una de nosotras : tiene que darlos antes de que os marchéis a casa del veterinario. Venid conmigo.

En el camarote del comandante Sommer las muchachas se quedaron boquiabiertas: regalos de todas clases estaban esparcidos sobre la mesa, el diván y las sillas; objetos peregrinos llegados de lejanos países. Cada una de ellas recibió varios regalos, y no sabían cómo dar las gracias, pero el comandante les interrumpió riendo:



— ¡ Sois encantadoras, pequeñas! Me alegro de que mis modestos regalos os gusten. Ahora podéis ir os..., pero debéis estar a bordo antes de las diez.

— De acuerdo, señor comandante — contestó sonriente Puck.

— *All right!* Ahora, todos a tierra.

— ¿Menos yo, espero, papá? —preguntó con sonrisa pícaro Navio.

— No, cariño. Ahora vamos a charlar tú y yo. Después de un año de separación, tenemos muchas cosas que decimos. ¡Hasta la vista, vosotras!

Puck, Inger y Merete bajaron la pasarela y luego se dirigieron hacia la ciudad. Mientras andaban, Puck dijo, riendo:

— Escuchad, amigas; en cuanto lleguemos a casa del tío Anders, telefonaré a Alboroto para rogarle que se ocupe cuidadosamente de Dorthé desde el principio. ¿No creéis que es una buena idea?

Inger hizo una mueca.

— Me parece que enfrentas a dos personas terribles.

— Eso es seguro — contestó alegremente Puck —. ¡Me imagino que a los señores Alboroto y Cavadore se les presentará mucho quehacer tratándose de la angelical Dorthé!

— ¡Hum!, *niña angelical* —murmuró Inger.

— ¿Qué dices?

— Nada.

— ¿Estás de mal humor?

Puck observó a su amiga con asombro. Era cosa rarísima oír a Inger, por lo general tan suave y dueña de sí misma, emitir juicios desfavorables hacia nadie, pero Puck se había dado cuenta de que en su voz había una expresión algo tajante.

— No, no estoy de mal humor — replicó Inger algo molesta—. Sin embargo, no puedo ocultaros que esta Dorthé me ataca un tanto los nervios. Encuentro que...

— Francamente, no estoy de acuerdo —objetó Merete—. Dorthé

es muy gentil. Sí creo que es una chica mimada y rebosante de ideas estúpidas, pero, a pesar de todo, tengo la impresión de que en el fondo es buena y leal.

Inger hizo un ademán evasivo.

— Todos tenemos derecho a una opinión personal — dijo Puck —. ¿Qué querías decir al empezar tu frase de «encuentro que»?

— Que encuentro que es tonta...; verdaderamente *muy tonta* — dijo Inger recalcando las palabras.



Puck y sus dos amigas fueron recibidas con toda cordialidad en casa del veterinario. Pero sin duda alguna el más entusiasmado fue «Plet». El perrito saltaba y brincaba alrededor de Puck, ladrando como si se hubiera vuelto loco de alegría. Puck tuvo que defenderse.

— ¡Vamos, «Plet», vamos! ¿estás enfermo? Parece que hayan pasado años sin vemos. ¿Te has portado bien durante estos quince días?

— ¡Guau, guau! —contestó «Plet», que seguía dando vueltas en la entrada.

Puck se rió.

— ¡Bueno, esta respuesta no aclara nada! Tío Anders, ¿se ha portado bien «Plet»?

El veterinario tuvo una sonrisa divertida.

— ¡Bueno! Todo depende de lo que entiendas por eso, Bente. Ha matado una docena de polluelos y ha mordido la pierna del chiquillo que trae el pan...

La señora Moeller le dio un serio codazo.

— ¿Quieres callar, Anders? ¿Por qué importunar de esta manera a Bente?

Y se apresuró a tranquilizar a Puck.

— Te aseguro, Bente, que «Plet» es el perro más gentil y más correcto de todo el reino de Dinamarca.

Luego se volvió, sonriente, a Merete.

— Tú no habías estado nunca aquí, ¿verdad, muchacha?

— No, señora —contestó Merete—. No llevo mucho tiempo en Egeborg.

— Casi siempre es Karen la que acompaña a Puck □dijo la señora Moeller—. Pero ahora está en el Sur, con su madre.

Puck desvió rápidamente la conversación.

— ¿De qué lado sopla el viento, tía Henny? ¿Nos invitas a tomar el té y cenar?

— Claro que sí, queridas —respondió la mujer del veterinario—. Si queréis, os podéis quedar hasta Navidad.

— ¡ Vaya! ¡ Hasta Navidad! — rió el veterinario —. No te adelantes tanto, mamá.

Dirigió una mirada alegre a las chiquillas y prosiguió con tono zumbón:

— ¡Que el cielo me guarde de tener tres personas como vosotras bajo mi techo hasta Navidad!

— ¿Por qué, tío Anders?

— Porque, cuando llegara esa fecha, estaríamos todos para que nos encerraran en un manicomio.

— ¡Qué malo eres, tío Anders!

Puck preguntó alegremente:

— ¿Puedo usar el teléfono que está en tu despacho, tío Anders? Es sólo para llamar al pensionado de Egeborg.

— Puedes llamar a Groenlandia, si te apetece, niña □contestó el veterinario.

Cuando Puck regresó al cabo de cinco minutos, anunció con una amplia sonrisa a sus amigas:

— He hablado con Alboroto. Le he contado todo acerca de Dorthé. ¿Y sabéis qué me ha contestado?

— No, no.

—Ha dicho que el ataque es la mejor defensa. Será toda una juerga ver a Alboroto y Cavadór entrar en guerra con Dorthé. Me

preguntó cómo estará la escuela el lunes.

Aquellas palabras misteriosas intrigaron naturalmente al veterinario. Fue preciso explicárselo todo y darle toda suerte de detalles acerca de Dorthé, la pequeña traviesa.

Tío Moeller rió de buena gana.

— ¡Uno no debe aburrirse en compañía de una chiquilla así!

Después del té, las chicas salieron al jardín para aprovechar las últimas horas de sol. A pesar de lo avanzado de la estación, no hacía viento. El otoño estaba en plena floración. «Plet», feliz por estar de nuevo con Puck, brincaba alrededor de las chiquillas.

El humor de Merete había mejorado sensiblemente a lo largo de la jornada. Ya no contestaba con monosílabos, e incluso rió a carcajadas más de una vez. ¿Cambiaría de opinión y renunciaría a su viaje al Canadá? Puck no se atrevía a creerlo y buscaba febrilmente una solución. El director tenía razón, desde luego, al decir que los alumnos no podían elegir sus habitaciones según sus preferencias. Era indispensable encontrar otra solución. Pero ¿cuál?

Las muchachas permanecieron un rato en el parque, en lo alto de un montículo, desde donde se disfrutaba de una hermosa vista sobre el agua. Fue allí donde Puck tuvo una idea que la hizo estremecer de gozo. Inger le preguntó:

— ¿Qué te pasa, Puck? ¿Acaso te ha picado una avispa?

— No — contestó Puck un tanto distraídamente —. Acabo de tener una buena idea.

— Tienes que explicárnosla.

Puck vaciló un poco antes de contestar. Sabía que tenía que obrar con prudencia por Merete. De otra forma, su esfuerzo sería vano. Al final contestó con tono ligero:

— Es que se me acaba de ocurrir que podríamos fundar un club secreto.

— ¿Un club secreto? —repitió Inger asombrada—. Seguimos teniendo «La Encina»..., aunque las reuniones escasean.



Puck se sintió algo molesta, porque había olvidado totalmente la existencia de «La Encina». Era un club que había fundado el año anterior con Inger, Navio, Karen y Annelise, un club que incluso tenía su «cueva» en el árbol más alto de la Gran Granja.

— «La Encina» es más bien un club de verano — dijo Puck dudando—. No podemos utilizar la cueva ni durante las tormentas de otoño ni del invierno. Y, por otra parte, es una pena no tener reuniones más que durante el verano.

— Esto es verdad —reconoció Inger—. ¿Qué has ideado?

— Crearemos un club de nuevo, con miembros más numerosos... Si lo prefieres, diremos que ampliamos «La Encina» dándole otro nombre. Así podríamos tener una reunión semanal durante todo el año. En otoño y verano podemos reunirnos en el «Trébol de Cuatro Hojas»... Y, naturalmente, sólo las amigas muy, muy íntimas, podrán ser miembros del club.

Inger, que era inteligente, comprendió la intención de Puck. Ofrecería a Merete ser miembro del nuevo club, y Merete no sentiría tanto dejar el «Trébol de Cuatro Hojas». Así que Inger aprobó de inmediato.

— Encuentro que has tenido una idea estupenda, Puck. Las reuniones del club son tan simpáticas siempre... Se piensa en ellas con una semana de anticipación.

— Sí, es verdad. Organizaremos excursiones... Pero, como os he dicho, únicamente nuestras muy íntimas amigas formarán parte del club.

— ¡Formidable! —exclamó Inger—. En «La Encina» ya somos cinco. ¿Quién te parece que podrá entrar en el nuevo club?

Puck sonrió.

— No recuerdo a muchas que puedan encajar en nuestras

condiciones. Solamente dos..., y naturalmente elijo a Merete y a Lilian.

—

Inger y Puck se dieron cuenta de la expresión de alegría que se reflejó en la cara de Merete; sin embargo, ésta no dijo nada.

— ¿Qué piensas tú de mi idea, Merete? —preguntó Puck, tan impaciente por saber la respuesta que apenas se atrevía a respirar.

— Bueno..., me parece muy buena —contestó Merete un tanto indecisa—. Y sois muy amables al desear que yo forme parte de dicho club.

— ¿Amables? —Puck la interrumpió vivamente—. Pero, ¿qué dices, Merete? Ni que decir tiene; no tendría sentido si tú no formarais parte de él, ya que se trata de un club de amigas.

Merete no dijo nada y Puck prosiguió rápidamente:

— Además, nosotras somos tan perezosas que es indispensable que nos ayudes. Serás la secretaria del periódico y levantarás las actas de nuestras reuniones. Y en tratándose de ciencias naturales, en esto nos aventajas a todas, Merete; así que, después de nuestras excursiones, tendrás que anotar todo: nuestras observaciones botánicas, zoológicas y todas esas cosas que conoces tan bien.

— ¡Oh! ¡Qué charlatana estás, Puck! —dijo Merete con una sonrisita. Después añadió de repente —¿Os ha hablado el director de la carta que mandé a mi padre?

Puck se quedó unos segundos muda de sorpresa. Dios mío, ¿qué tenía que contestar? Siempre le había disgustado el mentir, pero, por otra parte, el director le había dicho que no debía repetir su conversación con Merete.

— ¿Qué contestas? —preguntó Merete.

Puck se retorció como un gusano, después se decidió de repente:

— Sí, Merete; el señor Frank me ha hablado de esta carta... Le sabe muy mal.

— ¿De qué carta habláis? —preguntó Inger que no sabía de qué hablaban.

Merete contestó:

— En realidad, no hay necesidad de que esa carta sea un secreto. Escribí a mi padre, al Canadá, para que me dejara salir de la escuela. Comprendo muy bien que Karen tiene prioridad para ocupar el cuarto sitio en «El Trébol de Cuatro Hojas». Pero...,

bueno..., yo ya no tengo ganas de quedarme.

Y con voz algo vacilante añadió:

— Quizás encontraréis que es algo estúpido por mi parte, porque incluso no durmiendo en el «Trébol de Cuatro Hojas» nos veremos todos los días... Pero no es lo mismo; no, en absoluto. Los primeros días odiaba la escuela; pero, desde que estoy con vosotras, todo ha cambiado. He temido que todo vuelva a ser como antes, que me vuelvan a poner en la «Habitación de la Retama» o en otra parte. He temido odiar de nuevo la escuela... y por eso he escrito a papá. Por lo tanto, bien podéis decir que he tenido miedo de mí misma. Sí, ésta es toda la explicación. Ahora pensaréis que estoy un poco loca.

□ Claro que no, Merete —respondió gravemente Inger—. Incluso te comprendemos muy bien. Y nada de estar loca; es más, se puede afirmar que tu cerebro trabaja de forma notable, porque poco has tardado en comprender las intenciones de Puck.

Merete no pudo evitar reírse.

— ¡Bueno, el cebo era demasiado visible! Puck, has hablado con la energía del que quiere vender abrigos de piel a los *negros* del Congo. Pero es muy amable de tu parte, y por ello me siento muy, muy feliz...

Puck saltaba de impaciencia.

— ¿Eso quiere decir que no te irás al Canadá?

Merete dio un suspiro de desaliento.

— No sé qué hacer ni qué pensar. Naturalmente, un club como éste sería muy simpático...

— Sí, de eso puedes estar segura —afirmaron al unísono Puck e Inger.

Merete escarbó la arena con la punta del pie. Después levantó la cabeza y sonrió a sus amigas:

— Me parece que escribiré a papá que lamento...

— ¡Bravo! — exclamó Puck con entusiasmo —. ¡Eres una muchacha formidable!

— No, no es posible que lo seamos las dos —respondió Merete con suavidad.

De repente el ambiente era estupendo, y las tres amigas tenían un tema de conversación interesantísimo.

Puck dijo:

— Mañana por la mañana, cuando vuelva Navio, formularemos

todas las leyes del club... Pero, a propósito, ¿qué nombre le vamos a dar? No creo que nos quedemos con «La Encina». ¿Qué opináis?

— Desde luego que no. Este nombre está algo falto de vida — observó sonriendo Merete.

Inger aprobó y dijo:

— Como seremos siete miembros, propongo «La Pléyade».

— ¡Formidable! — exclamó Puck —. Sí, es un nombre de oro y con vida. ¿Qué opinas, Merete?

— Que no puede estar mejor.

— ¡Es cosa decidida!



— Pero, quisiera decir... —empezó Inger y después se detuvo.

— ¿Qué? —preguntó Puck.

— Nada — contestó Inger.

— Sé bien lo que has pensado — intervino Merete, sonriendo —. No quieres que Dorthie forme parte de nuestro club, ¿verdad?

Inger asintió con una sonrisita. Puck y Merete se miraron. Puck dijo:

— Entendidos. Pero si algún día cambias de opinión, te escucharemos. ¡Vamos, regresemos a la casa!

Las muchachitas se levantaron y bajaron la colina con tanta ligereza que parecían bailar más que andar. «Plet» participaba de la alegría general con toda la fuerza de sus pulmones. Así que fue un trío más bien ruidoso el que poco después invadió el salón donde Moeller, el veterinario, mataba el tiempo haciendo un solitario.



Puck y sus amigas, no tuvieron tiempo para aburrirse el sábado siguiente. Navio, como es natural, encontró excelente la idea de «La Pléyade». Las muchachas, apenas terminado el desayuno, que tomaron a bordo, empezaron a redactar el reglamento. La secretaria manejaba diestramente la pluma. He aquí cuáles fueron las proposiciones de ley:

Artículo n.º 1. El nombre del club es el de «Pléyade». Actualmente se compone de siete miembros. Otros miembros pueden ser admitidos, si se eligen por unanimidad.

Artículo n.º 2. Es indispensable una reunión por semana, salvo durante las vacaciones, y la presencia de los miembros es obligatoria. Se fijará cada vez el programa de la reunión siguiente.

Artículo n.º 3. Todas las decisiones se resolverán por mayoría de votos. Puede suceder que los votos se dividan en dos grupos iguales: entonces gana el voto del presidente. Cada miembro presidirá una sesión por turnos.

Artículo n.º 4. No habrá cotización obligatoria. Cada uno de los miembros pagará su cuota cuando se trate de las compras de té, chocolate o pasteles para las reuniones. Los gastos de las excursiones se repartirán de la misma forma.

Artículo n.º 5. Ningún miembro podrá ser excluido del club, salvo si se muestra mala compañera, mala con los animales, sin respeto para la naturaleza o sí, de conciencia, trabaja contra los intereses del club.

Artículo n.º 6. Una secretaria será responsable del diario. Éste, al igual que todas las reuniones, tiene que ser secreto. La persona que revele voluntariamente una decisión tomada en el transcurso de una

reunión, será multada, al menos, con la cantidad de veinte a veinticinco céntimos de corona; en los casos graves, esta multa podría elevarse a una corona. La persona multada no tendrá derecho a asistir a las reuniones hasta que la multa no haya sido satisfecha.

Cuando Merete terminó la lectura, Navio exclamó entusiasmada:

— ¡Estas reglas son formidables! Podemos adoptarlas inmediatamente.

— Un poco de calma, Navio — dijo riendo Puck —. No podemos adoptar este reglamento antes de que Annelise, Lilian y Karen lo hayan leído.

Navio protestó enérgicamente:

— ¡Exageras, Puck! Las leyes no pueden ser mejores... Y no querrás que pospongamos la primera reunión hasta el día en que a Karen le dé la gana de volver de Mesopotamia o yo que sé de qué país...

— No, en efecto —reconoció Puck—. Hay que suponer que Karen aceptará el reglamento. Pero de todas formas tenemos que enseñarlo a Annelise y a Lilian.

— Estoy de acuerdo — dijo Navio —. Pero no tendremos tiempo de reunimos durante este fin de semana.

Y Navio no se equivocaba. Las cuatro amigas estuvieron muy ocupadas. El comandante Sommer y la tripulación las agasajaban de todas las formas posibles, y ellas apreciaban especialmente la divertida compañía de Billy. Éste cantaba y bailaba sobre el puente cuando no estaba en la cocina preparándoles verdaderos banquetes.

Después del almuerzo, las muchachas solían dar un paseo. En general, iban hasta el final del gran espigón donde estaba amarrada la elegante motora del veterinario.

— Cuando se cansaban de contemplarla a placer, se iban a casa del veterinario, donde la señora Moeller las esperaba para la merienda. La señora estaba algo decepcionada de que Puck, como de costumbre, no durmiera en su casa, pero comprendía muy bien que a las muchachas les encantara vivir juntas en el gran barco. Navidad ya no estaba tan lejos, pensaba la señora Moeller con satisfacción.

El padre de Puck, volvería de Chile, y ya era cosa convenida el que viviría en casa de los Moeller.

El domingo siguiente, el *Margrethe III* recibió la inesperada visita de algunos alumnos de Egeborg. Ya que éstos habían adoptado el barco, era natural que los alumnos fueran a saludar a los marinos con quienes tantas cartas se habían cambiado. El comandante Sommer dio una mirada inquieta al grupo de jóvenes que se acercaban y dio un suspiro de alivio al no ver a Dorthé. Dio orden inmediatamente de que se sirvieran toda clase de refrescos, y encargó helados y dulces variados en el mejor pastelero de la ciudad.

A bordo la animación era tan grande que los paseantes del muelle se detenían para gozar del espectáculo de aquella alegría juvenil. El capitán Sommer dijo, riendo, a su segundo:

□ Espero que el pastor, a pesar de todo, podrá hablar en este momento.

□ ¿El pastor?

□ Sí, es la hora del sermón —contestó Sommer—. Pero a éstos crios se les debe de oír hasta en la ciudad y sus alrededores. Confío en que Dorthé Hagen no haya comparecido.

□ No, no la he visto, capitán.

□ ¡Mejor!

Para escapar al tumulto, Puck se llevó aparte a Alboroto y a Cavador y les preguntó sonriente:

□ Y qué amigos, ¿habéis tenido tiempo de saludar a Dorthé?

□ ¡Hum! —dijo Alboroto.

□ Sí, gracias —añadió Cavador.

Se miraron de reojo y añadieron al unísono:

— Sí la *hemos* saludado.

La expresión de sus caras hizo reír a Puck, que les preguntó:

— ¿Qué ocurre? ¿No os habrá hecho ya una jugarreta?

— Hum... ¿Jugarreta? —gruñó Alboroto—. Jugarreta es poco. Realmente, se las sabe todas.

— Cuéntamelo todo —dijo Puck riendo—. Tienes el aspecto de un guerrero derrotado.

Alboroto suspiró con tono desalentado:

— En efecto. En este momento me siento vencido, y tú sabes que esto no me ocurre a menudo. Verás, Puck, empezamos ayer, durante las lecciones, con nuestras pequeñas sorpresas habituales, en las cuales somos maestros. Las conoces, ¿verdad? Pero la astuta de

Dorthe las conocía también, y resultamos el hazmerreír de todo el mundo.

— ¡El hazmerreír de todos! — confirmó Cavador con melancolía —. Dorthe no hace nunca las cosas a medias.

— Sí, y lo que siguió fue aún peor. Anoche, el pobre Cavador entró en el comedor con una muñequita negra colgada de la espalda. Y yo, cuando quise levantarme... Bueno, me caí de la silla estrepitosamente. La muy pícaruela había atado con un cordel. ¡Tiene la destreza de un prestidigitador!

— ¡Pobres amigos! — dijo Puck riendo —. Me gustaría poder compadeceros, pero..., la verdad es que no puedo,

— De acuerdo —dijo Alboroto apretando los dientes —. Puedes estar segura de que acabaremos por imponernos, ya lo verás.

— ¡Veremos!

— ¡Exageras, Puck! ¿Quieres apostar algo?

— ¿Cuál es la apuesta?

— Tres pasteles helados de casa Bose, de los más caros.

— ¡Buena suerte, queridos amigos !

Y Puck desapareció sobre el puente, riendo.

* * *

Los invitados del *Margrethe III* no se despidieron hasta el atardecer para regresar al pensionado de Egeborg. Pero Puck y sus tres amigas se quedaron a bordo, ya que el director les había dado permiso para quedarse en Sundkoebing hasta el lunes por la mañana. La más contenta era naturalmente Navio, que contaba las horas que le quedaban aún para pasarlas con su padre... al que quizás no volvería a ver hasta dentro de más de un año.

Por la noche, Puck persuadió a Inger y a Merete para que la acompañaran al cine. Así, Navio pasaría sola con su padre la última velada.

Sería mentir afirmar que la película fue una obra de arte, pero las chiquillas se divirtieron mucho y salieron de la sala rebosantes de alegría. Cuando subieron a bordo, encontraron que la mesa estaban dispuesta, por orden del capitán en el comedor de oficiales.

— Esto será en cierta forma nuestra fiesta de despedida — dijo el capitán Sommer—. Y ya pienso con alegría en mi próxima visita a Sundkoebing. Mientras, estoy contento de saber que Lise está tan bien acompañaada. Una buena camaradería es una gran felicidad.

Se detuvo un momento y prosiguió:

— Pero si conseguís soportar a Dorthé, es que sois más fuertes de lo que imaginaba, y por grande que sea el aprecio en que os tengo, éste será mayor todavía.

* * *

El lunes por la mañana, sentada entre sus amigas en el autobús rojo que las llevaba a Oesterby, Navio permanecía silenciosa.

Haciéndose cargo de cuál podía ser su estado de ánimo, las muchachas no hicieron nada para distraerla. De antemano sabían que era inútil. Navio no era como las demás. Se dejaba influir mucho por el ambiente del momento. En general, rebosaba alegría, pero también se desmoralizaba, especialmente cuando se despedía de su padre por mucho tiempo. Sin embargo, aquella tristeza no solía durar más de doce horas; sus amigas lo sabían por experiencia. Aquella misma noche, Navio recobraría su animación. Puck estuvo callada un rato, mirando el hermoso paisaje otoñal que se deslizaba ante sus ojos. De pronto se volvió hacia Merete y dijo:

— Merete, es mejor que veas inmediatamente al director. Se alegrará de saber la buena noticia.

Merete sonrió muy feliz.

— Correré a su despacho, Puck. Siempre es agradable complacer al prójimo..., sobre todo cuando es tan fácil.

Las chiquillas llegaron a la escuela cuando sonaba la hora del recreo. Annelise corrió hacia ellas y, como de costumbre, empezó una conversación saltando de un tema a otro.

□ ¡Hola a todas! ¡Qué contenta estoy de volver a veros! Y llegáis justo cuando acabamos de descubrir, que hay ratones en el edificio principal, y Thora se ha acostado con una compresa helada sobre la cabeza... Y la señora Frank está fuera de sí, claro, porque no puede prescindir de Thora en la cocina... Y nosotras tendremos que echarle una mano...

— ¡Basta! ¡Para! — interrumpió riendo Puck —. No entendemos nada de lo que cuentas. ¿Por qué está la cocinera acostada con una compresa helada en la cabeza?

— Es lo que acabo de explicarte — barbotó Annelise—. Cuando el almuerzo, yo estaba de servicio con Else y Dorthé, y Thora distribuía los platos cuando apareció el ratón.

— ¿El ratón?

— Sí, un espantoso ratón gris. Atravesó la cocina y se dirigió directo hacia Thora. Ésta dio un grito y soltó los platos. Yo me subí a la mesa, pero te aseguro que Dorthie se mostró valiente. Se echó literalmente sobre el ratón, lo cogió y se lo metió en el bolsillo del pantalón...

— ¿Qué? —preguntó Puck sin aliento—. ¿Que se metió el ratón en el bolsillo?

— Sí. Dijo que siempre lo hacía así en Brasil. Y que cuando se reunían bastantes ratones, los cocían para comerlos con arroz de...

— ¡Tonterías! — dijo Merete —. En mi vida he oído tales fantasías. ¿Crees de veras que una familia de millonarios, en el Brasil, come ratones?

— Dorthie lo ha dicho.

— Sí, dice muchas cosas..., y desde luego *hace* más cosas aún...

Puck se reía tanto que apenas si podía hablar.

— Esto va de mal en peor. Apostaría cualquier cosa a que este ratón no es un ratón como otros.

— Sí — opinó Merete —. Es un ratón con ruedecitas y funciona con cuerda.



Annelise se quedó boquiabierta.

— ¿Pero qué queréis decir? ¿Que era un ratón mecánico? Pero ¿quién lo puso en el suelo de la cocina?

— Puedes hacer tres preguntas —dijo Puck—. Pero no te devanes mucho los sesos, Annelise, sino, vas a necesitar tú también una compresa helada en la cabeza. Por lo demás, ¿qué opinión tenéis de Dorthie?

Annelise ardía de entusiasmo.

— ¡Qué elegante es! ¡Qué ajuar tiene! Posee unos zapatos que ni soñar podríamos y unas blusas como para volvernos locas de envidia. Pero no quiere vender ni la menor cosa.

— ¡Vaya! ¿Y lo has intentado?

— Naturalmente —Annelise asintió como si fuera la cosa más normal del mundo—. Me ha entrado vértigo cuando ha sacado sus cosas de las maletas. No creía posible poder comprar trajes tan elegantes en un rincón perdido como Río de Janeiro.

— ¿Rincón perdido? —Puck sonrió—. Será mejor que no lo digas delante de un brasileño, Annelise. Esta ciudad es de las más hermosas y animadas del mundo entero, con grandes almacenes ultra modernos y tiene aproximadamente dos millones de habitantes.

— ¡No! ¿Es verdad? Ahora me explico mejor sus preciosos trajes. También tiene varios conjuntos para montar a caballo.

— Pero no un caballo, me figuro.

— ¿Qué?

Puck se echó a reír:

— Quería decir que supongo que no llevaba también un hermoso caballo en su maleta. Tratándose de Dorthé, nada me sorprendería.

En aquel momento la campana anunció la reanudación de las clases.

Después de las clases, la mayoría de los alumnos se fueron a la piscina. La radio había pronosticado mal tiempo y querían alargar al máximo las preciosas últimas horas. La temperatura del agua, como la del ambiente, era tan baja que sólo los chicos tuvieron el valor de seguir sus entrenamientos. Las muchachas sentían frío con sólo mirarles nadar.

Dorthé, que se había mezclado en el grupo de las chicas, admiraba también las proezas de los muchachos. Se estremeció ligeramente, y Puck le preguntó sonriendo:

— Y tú Dorthé, ¿no tienes ganas de probarlo?

— No, gracias, con un tiempo tan frío. Y, además, no sé nadar.

— ¿Cómo? ¿Que no sabes nadar? —exclamó sorprendida Puck—. ¿Cómo es posible?

— Probablemente será porque nunca lo he probado. Pero sé remar y maniobrar un velero. ¿Quieres que demos un paseo en

barca por el lago?

— Es imposible, Dorthé. El reglamento del colegio ordena que las dos barcas no pueden ser utilizadas más que por aquellos que sepan nadar. Y, además, al director no le gusta que las utilicemos en esta época, en final de otoño.

— ¡Ah, ya comprendo! dijo solamente Dorthé sin insistir—. ¿No podemos inventar alguna otra cosa?

— Bueno, tú sabes inventar de sobras tus distracciones solitarias —respondió Puck riendo—. Me enteré hace poco de que había ratones en el pabellón principal.... Ratones *mecánicos*.

Dorthé sonrió impertérrita.

—Sí, era una linda sorpresa, pero no se puede usar más que una vez.

— ¡Pobre Thora!

— Sí... ¡pero no creí asustarla *tanto*!

— Se ha metido en la cama con una compresa helada en la cabeza.

— No; ya se encuentra bien. Vengo de la cocina. Le he regalado mis pantalones verde-manzana «como» a manera de disculpa.

— ¿Unos téjanos de color verde? —Puck no salía de su asombro—. ¿Qué te ha dicho Thora?

— Ha dicho gracias. ¿Qué otra cosa podía decir?

— Sí, claro...

Puck no encontró nada que añadir. Se rió interiormente al pensar en el magnífico espectáculo: ¡la gruesa y maciza Thora con unos pantalones verdes! No; le sería totalmente imposible ponérselos. Pero la idea de Dorthé era, de todas formas, muy gentil.

Al cabo de un rato se levantó el viento y el profesor Strandvold anunció que se suspendían los entrenos. Los muchachos hubieran seguido nadando de buena gana hasta la noche, pero no les quedaba más remedio que obedecer. El elegante esqueleto de acero formado por los trampolines se dibujaba en líneas oscuras contra el gris del cielo otoñal.

Apenas las muchachas terminaron de aprender sus lecciones, se reunieron en «El Trébol de Cuatro Hojas». Como era de suponer, Annelise y Lilian no encontraron nada que objetar al reglamento del nuevo club. Éste fue adoptado a pesar de la ausencia de Karen.

El otoño ya se había anunciado y los meses siguientes serían los

más aburridos del año. Siempre ocurría lo mismo. En aquella estación en la que solía llover a menudo y la noche caía pronto, las chiquillas no se sentían particularmente alegres. Pero se decían que, con la creación del «Pléyade» quizás algo cambiaría en sus vidas. Si lo sabían dirigir bien sería posible inventar muchas distracciones divertidas. Y, de vez en cuando, algunos días buenos permitirían hacer excursiones. Así pues, el otoño se anunciaba menos triste que de costumbre.

Según las previsiones de sus amigas, Navio volvía a ser la misma. Nadie tenía una imaginación más desbordante que la suya. Sus proposiciones no siempre eran muy razonables, pero las otras se divertían sin tomarlas en cuenta, porque Navio era una chica única.

Inger,. de repente, se acordó de que acababa de recibir uno de los tradicionales paquetes que le mandaba su tío, un muy popular fabricante de chocolates. Y unos minutos después las seis chiquillas se daban un festín.

Annelise tuvo que marcharse antes del final de la reunión porque estaba de servicio en el comedor. Cinco minutos después volvió al «Trébol de Cuatro Hojas» y preguntó:

—Oíd, ¿no estará Dorthé escondida por aquí?

— No, por suerte —contestó alegremente Puck—. ¿Es que ha desaparecido?

— Sí. Estaba de servicio con Else y conmigo, y no la encontramos por ningún sitio.

Merete sonrió.

— Probablemente se esconde para preparar nuevas jugarretas. Tiemblo pensando en nuestra velada.

Annelise se fue de nuevo. Pronto las chiquillas oyeron voces llamando a Dorthé por todas partes, en los pasillos y en el parque. Cuando sonó la hora de cenar, Dorthé seguía sin aparecer y el director Frank parecía inquieto.

— ¿La han buscado por todas las habitaciones? — preguntó.

— Sí, no hemos omitido ninguna.

El señor Frank se dirigió a los muchachos de la clase superior:

— No cenaremos antes de que se haya encontrado a Dorthé, muchachos. Agrúpanse por equipos y registren cuidadosamente los pabellones, el sótano e incluso las partes más cercanas del parque. ¡Aprisa!

Los chicos salieron alborotando. A ellos les parecía que buscar a Dorthé era una distracción divertida y se dispersaron por la amplia explanada en la que ya reinaba la penumbra. Nadie se cuidaba del mal tiempo. El viento sacudía los árboles medio despojados ya, y las hojas muertas remolineaban sobre la gran plaza delante del edificio principal.

— ¿Dónde diablos se habrá escondido esa chiquilla? — preguntó Alboroto, que en compañía de Cavadó había explorado ya el edificio, desde el sótano a la buhardilla—. ¡No podrá estar paseando con un tiempo así:

— ¡Hum! — gruñó Cavadó —. Mientras no esté en un buen escondite burlándose de todos nosotros...

— Sería una broma muy pesada.

— Es verdad, querido amigo..., pero a Dorthé la tiene sin cuidado la calidad de sus bromas.

Los otros camaradas se reunieron con ellos, pero nadie había visto a Dorthé. Según la opinión general, Dorthé les estaba tomando el pelo.

En cuanto al director, no compartía aquella opinión. Cuando los chicos represaron sin haber podido cumplir su misión, se mostró muy inquieto. Decidió reanudar la búsqueda con más método. Y pidió que las chicas y los profesores participaran en ella. El señor Frank dijo:

□ Vaya por grupos de dos o tres. Hay que explorar los rincones más alejados, ir a las laderas cerca de la punta, más allá de la casa del guarda forestal, al oeste, en el lago del Sur, a lo largo de la carretera hacia Oesterby. Más no podemos hacer, y si no la encontramos, tendremos que avisar a la policía.

Después fue la desbandada general. Unos minutos después las chicas se habían puesto gruesos abrigos mientras los chicos no pensaban en el problema del atuendo. Los alumnos, repartidos en equipos, se reunieron al pie de la gran escalinata.

Puck bajaba ya la escalera cuando de repente se le ocurrió una idea terrible. Primero se quedó helada de miedo, luego reaccionó y se serenó. Corriendo con todas sus fuerzas, siguió los pasos de Alboroto y Cavadó, que se dirigían hacia el bosque del Oeste, gritando:

— ¡Eh, Alboroto, Cavadó, esperadme!

Los dos amigos se detuvieron en el acto, y Puck se reunió con ellos jadeando. Alboroto le preguntó, asombrado:

— ¿Dónde vas?

— Vamos por este lado — contestó ella con viveza. Os lo explicaré por el camino. ¡Aprisa!

Sin aguardar su contestación, Puck se dirigió corriendo hacia la punta. Alboroto gruñó un poco.

— ¡Hum! Puck no está del todo loca. Es mejor que sigamos.

Era ya casi de noche, pero los chicos entrevieron la silueta de Puck, que corría a lo largo de la piscina. A pesar de que aceleraron su carrera, Puck llegó antes que ellos a la punta. Les enseñó el embarcadero y exclamó, asustada:

— ¡Mirad! ¡Una de las barcas ha desaparecido!

— ¿Tú crees que...?

— ¡Sí! — Puck le cortó la palabra —. Se me ha ocurrido de repente. ¡Oh! ¡Es terrible! ¡Con un tiempo así... y el lago encrespado...!

— ¡Rápido! — ordenó Alboroto — ¡La motora!

— ¿No sería mejor llamar al señor Strandvold?

— ¡No! No tenemos tiempo... Venid...

Los tres camaradas se precipitaron hacia el desembarcadero. Allí había una barca pequeña con motor, preparada para poner en marcha. Los alumnos que se aventuraban por el lago se exponían siempre a cualquier incidente, y por esto el motor estaban siempre a punto.

Naturalmente, no se empleaba más que en caso de peligro real, y los alumnos respetaban religiosamente el reglamento.

Pero aquella vez la cosa era grave.

— ¡Listos! — anunció Alboroto, y puso el motor en marcha.

Salió del desembarcadero en marcha atrás, viró y se dirigió a toda velocidad hacia el centro del lago. A pesar de que los bosques formaban pantalla al oeste y al norte, la tempestad levantaba enormes olas. La barquita daba bandazos y más de una vez entró el agua.

— Será mejor que os sentéis —dijo Alboroto—. Si no, corréis el riesgo de caer al agua.

Cavador y Puck se sentaron, mientras Alboroto seguía de pie, cerca del timón, con las piernas separadas. Miraba fijamente ante él

pero era difícil distinguir nada. Sólo los árboles de la isla del Caballero Volmer formaban una mole sombría por encima de las olas bordeadas de espuma.

— ¡Es terrible! — murmuró Puck —. Es terrible, porque...

— ¿Qué?

— ¡Dorthe no sabe nadar!

— ¡Vaya! — dijo simplemente Cavador a modo de respuesta.

Alboroto no dijo nada. Era todo energía concentrada. Él y Cavador eran, desde luego, unos traviesos incorregibles, pero en las situaciones graves se comportaban como hombres.

— ¿Sigues sin ver nada, Alboroto? — preguntó Cavador.

— No, pasará al norte de la isla.

— ¿No sería mejor ir hacia el pantano? — preguntó Puck.

— No, no lo creo. La corriente viene del oeste, de forma que la barca ha debido de derivar en dirección a la Granja del Este..., si Dorthe ha perdido los remos.

—...O volcado —murmuró Cavador—. Es mejor mirar la realidad de frente: ¿Cómo diablos ha podido tener la loca idea de salir a remar?

Puck le contestó con voz asustada:

— Esta tarde, cuando estábamos cerca de la piscina, me sugirió dar un paseo en barca, pero le dije que estaba prohibido y que... que...

La voz de Puck se quebró. Por una vez estaba a punto de llorar y Cavador quiso animarla:

— ¡Arriba los ánimos, Puck! Todo terminará bien.

— ¿Tú crees?

— ¡Es de esperar!

Cuando Alboroto cambió de rumbo para dirigirse al norte de la isla, la motora tuvo un movimiento tan brusco que Puck, a no ser porque Cavador la agarró *in extremis*, hubiera caído al agua.

— ¡Ay, ay! — exclamó Cavador —. Agárrate firme, Puck. No nos hagas perder unos minutos preciosos pescándote del agua.

— ¡Qué tiempo más terrible! — farfulló Alboroto.

Seguía de pie, con las piernas separadas y el temporal le alborotaba la melena. Los dos chicos no se habían puesto abrigos.

Durante unos minutos, la pequeña barca se balanceó como una cáscara de nuez. Las salpicaduras de espuma eran tantas que los tres

amigos terminaron calados hasta los huesos.

Puck empezaba a tener escalofríos pero no quería demostrarlo. Como los otros, escudriñaban con insistencia las olas de blancas crestas, pero estaba tan oscuro que la visibilidad era escasa.

En cuanto el barco estuvo al abrigo por la isla del Caballero Volmer, las olas perdieron fuerza y la navegación se hizo más fácil. Alboroto se pasó la mano por el pelo y murmuró:

— ¡Vaya! ¡Parece que bailamos menos!

Se calló de repente y escuchó con atención. Pero no oyó más que el viento y, volviéndose a medias hacia sus camaradas, preguntó:

— ¿Habéis oído algo?

— No... ¿Qué?

Alboroto escudriñó en la oscuridad.

— ¡Parecía un grito! Pero quizá era la tormenta... ¡No! ¡He vuelto a oírlo! Y... mira por allí, Cavador...

Cavador, olvidando toda prudencia, se levantó de un salto. Miró en la dirección indicada por Alboroto y descubrió un pequeño punto blanco que saltaba sobre las olas. Muy excitado, exclamó:

— ¡Pero si es la barca, con la quilla al aire! Vira aprisa, Alboroto... ¡Aprisa, aprisa!

La motora viraba cuando oyeron los tres unos débiles gritos. Pero la tempestad sofocaba a medias aquellos gritos y no vieron a nadie sobre la barca volcada. Puck hizo bocina con las manos y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

— ¡Resiste, Dorthé! ¡Estamos llegando! ¡Aguanta, Dorthé!

— ¡Socorro...! ¡Socorro!

Los gritos eran cada vez más débiles.

Entonces la motora se acercó tanto que los tres vieron a Dorthé, que se agarraba a la quilla. Alboroto dio órdenes:

— Toma el timón, Cavador. Si nos acercamos más, corremos el riesgo de chocar, y Dorthé quedaría aplastada entre las dos embarcaciones.

Cavador dio un salto y agarró el timón.

— ¿Tienes la intención de...?

— Sí —atajó Alboroto quitándose el «chandal» y los zapatos—. Es nuestra única posibilidad.

— ¿No quieres que vaya yo?

— ¡No, hombre! De los dos, yo soy el que mejor nado.

— ¡Oh! — gritó Puck aterrada —. ¡Mirad, mirad! ¡Dorthe ha resbalado! ¡Se hunde...!

Un segundo después, Alboroto, de pie en la borda, saltaba y se zambullía en el agua helada.

Una enorme ola lo empujó contra la motora, pero se repuso y empezó a nadar hacia la barca volcada. No se veía a Dorthe.

Al principio, Puck se había desmoralizado, se sentís desamparada como pocas veces le había ocurrido, pero se rehízo y su cabeza se puso a trabajar febrilmente. Tomó a Cavador del brazo.

— Oye, Cavador deja que yo lleve el timón.

— Pero....

□ ¡No discutamos! Yo manejo el timón mejor que tú y tenemos que acercarnos más a la barca, si queremos que Alboroto salga de ésta.



— ¡ De acuerdo!

Puck no exageraba al afirmar que sabía dirigir una motora mejor que su amigo. Durante las vacaciones, siempre relevaba en el timón al veterinario Moeller, y había aprendido a maniobrar a la perfección. Moeller había sido un instructor perfecto.

Mientras se acercaba a la barca dijo:

— Tendrán que subir por detrás; si no, podemos zozobrar.

— ¡Sí!

Puck dio un grito de alegría. A pocos metros veía la cabeza de Alboroto, y el muchacho tenía a Dorthe en sus brazos.

— ¡Bravo, Alboroto! — gritó Puck para animarle —. Voy a pasar cerca de vosotros. Pero no te agarres a la motora; Cavador os recogerá a los dos por la popa.

— ¡Perfecto!

Alboroto, medio sofocado por el agua, intentaba no moverse de sitio.

Cuando la popa estuvo a la altura de su cabeza gimió:

— ¡Toma a Dorthe, Cavador! ¡Está... desmayada!

— ¡ De acuerdo!

Puck paró el motor y la motora se puso a bailar desenfrenadamente sobre las olas mientras Cavador, no sin trabajo, izaba a bordo a la chiquilla inconsciente. También quiso echar una mano a su compañero, pero Alboroto farfulló:

— Ya me las arreglaré. Rápido, empieza a hacerle en seguida la respiración artificial.

— De acuerdo.

Puck se inclinó hacia Alboroto y le preguntó:

— Oye, Alboroto, ¿puedes aguantarte en el agua unos minutos más?

— ¡Sí! ¿Por qué?

— Agárrate a la motora, pero lejos de la hélice. Me dirigiré hacia el sitio donde el agua es menos profunda, irás a tierra nadando y subirás a toda velocidad a la Granja del Este para pedir auxilio. ¿Te sientes con fuerzas para eso?

— De acuerdo, bebé. ¡En marcha!

Alboroto estaba lejos de sentirse con las fuerzas que decía, pero se agarró a la borda apretando los dientes mientras Puck dirigía la motora hacia la orilla. Cavador puso a Dorthé boca abajo y le propinó algunas fuertes palmadas entre los omoplatos. Después, comprobando que la lengua le asomaba, se puso de rodillas para empezar a hacerle la respiración artificial.

Pronto, la motora llegó al ribazo y Puck paró el motor. Agotado, Alboroto afirmó:

— Va bien, amigo. Voy corriendo a la Granja del Este.

Viéndole trastabillar cuando corría los últimos metros que le llevaban a tierra firme, Puck tomó una nueva decisión y dijo:

— Cavador, sigue con la respiración artificial hasta nuestro regreso. Llamaremos a una ambulancia desde la Granja del Este.

— ¡De acuerdo! — respondió Cavador sin interrumpir sus esfuerzos.

Con un pequeño escalofrío, Puck saltó por la borda y se dejó deslizar hasta el agua fría que le llegaba hasta el pecho.

Un momento después agarraba del brazo a su agotado amigo.

Éste preguntó:

— ¡Hola, angelito...! ¿Qué haces?

— Calma, Alboroto, subiremos juntos —contestó dando diente

con diente.

Una vez en la orilla, añadió:

— Intenta llegar a la granja y ponte ropa seca. Yo me adelantaré.

— ¡Bravo, Puck! — contestó Alboroto, que avanzaba con dificultad—. A decir verdad, me siento algo cansado y, de momento, no me veo capaz de competir contigo la carrera de los cien metros.

Puck se sacudió como un perrito mojado y luego echó a correr hacia la Granja del Este. Alboroto la siguió con los ojos y dio un suspiro. ¡Nunca hubiera imaginado que una chica le dejase atrás!

Sí, era la única cosa que tenía en mente. Ni se paró a pensar que un cuarto de hora antes había arriesgado la vida sin vacilar. Hugo Svendsen, llamado Alboroto, no era solamente un pícaro. Era un héroe.



El señor y la señora Holm estaban instalados en un salón. Como cada día después de cenar, tomaban una taza de café. Después, el señor Holm salía para efectuar su último recorrido de inspección a los grandes establos y dependencias de su finca. Saboreaba un gran puro y leía el periódico mientras su mujer se contentaba con fumar un cigarrillo, en tanto hojeaba la última novela que el librero de Sundkoebing le acababa de mandar. De repente, el señor Holm, dejando el periódico, dijo a su esposa:

— Me parece que hace mucho tiempo que no hemos visto a Bente. Me pregunto si se habrá olvidado de nosotros.

— ¡Bah! A esa edad las chiquillas tienen otras preocupaciones — contestó la señora Holm con tono indiferente—. Y, además,

Bente aparece cuando menos se la espera.

En el mismo momento se oyó ruido en el vestíbulo, y los Holm oyeron que la joven sirvienta protestaba, acalorada :

— ¡No! ¡De veras que no! Ni hablar... Mojada como está usted... Las alfombras...

— ¡*Tengo* que hablar con el señor Holm en seguida —le contestó una voz sofocada, pero muy enérgica.

— ¡Demonios! — exclamó el señor Holm levantándose —. Me parece reconocer esa voz.

En el mismo momento la puerta se abrió con brusquedad, y Puck entró como una tromba, calada hasta los huesos. El señor Holm exclamó riendo:

— Hola, Bente... Pero... ¿acaso has atravesado el lago a nado para venir a vemos?

— Es una cosa muy grave, señor Holm —dijo jadeando Puck.

Y explicó rápidamente todo lo ocurrido.

Entonces, el señor Holm actuó con rapidez. Corrió al teléfono y pidió una ambulancia; luego se fue con algunos criados hacia la motora.

La señora Holm dejó su apasionante novela. Se levantó para cuidarse de Puck.

— Mi querida niña, estás calada. Tienes que ponerte ropa seca inmediatamente... Más aún, deberías acostarte.

— ¡Oh, no, señora! — dijo Puck suplicante —. No podría estar quieta antes de saber qué le ha ocurrido a Dorthie. Por favor, llame en seguida al director. Debe de estar inquieto por todos nosotros.

— Voy a llamar, pero antes te pondrás ropa seca. No quiero que pilles una pulmonía.

— Sí, pero Alboroto...

— ¿Alboroto?

— Sí, quizá se ha desmayado por el camino. Estaba agotado...

— Nada de eso, bebé — respondió una voz cansina—. Aquí está Alboroto en persona. Pero, a decir verdad, necesito algún tónico; un gran helado o algo por el estilo.

— ¿Un helado? —repitió Puck estremeciéndose—. ¡Es la última cosa que tomaría!

La señora Holm se echó a reír.

— ¡ A callar los dos! Es hora de atenderos y aprisa.

Marcó un número del teléfono interior y llamó al administrador. Unos minutos después, Alboroto se iba con él, mientras Puck subía con la señora Holm a la habitación de los invitados.

Puck se quitó la ropa y se envolvió en una manta de lana. La señora Holm llamó al director Frank, y, luego de hablar con él, empezó a frotar a Puck enérgicamente.

Como parecía decidida a seguir con sus friegas durante algunas horas, Puck gimió:

□ ¡Basta, por favor! Tengo tanto calor que me parece que voy a sofocarme.

□ Siendo así, vístete aprisa —dijo la joven señora, contenta—. Puedes elegir lo que más te guste en mi armario.

De momento, a Puck le interesaban poco los problemas de vestuario, porque todos sus pensamientos se centraban en Dorthé.

«¿Y si Dorthé hubiera muerto?»

Puck se sentía de nuevo angustiada y desamparada, sobre todo atormentada por no poder hacer nada.

—¿Puedo bajar al salón? —preguntó suavemente.

□ ¡Claro! —repuso la señora Holm—. ¿Quieres que te ayude?

Pero Puck declinó cortésmente la oferta. Se sentía lo bastante fuerte para andar sola.

En el salón encontró a Alboroto, que no conseguía llenar del todo el traje dominguero del administrador. Alboroto le dijo gentilmente:

□ ¡Hola, bebé! Pareces la reina de Saba.

□ Y tú te pareces a Marlon Brando —repuso Puck recobrando por un momento su alegría.

Después añadió con voz inquieta:

□ Alboroto... ¿cómo estará Dorthé? ¿Tú qué crees?

□ Bien, naturalmente. Cavadore es un experto en respiración artificial —contestó Alboroto intentando animarla.

Entonces llegó la señora Holm seguida de la sirvienta, que llevaba una bandeja con té muy caliente y rodajas de limón.

□ Gracias, señora —murmuró Puck—. Pero soy incapaz de tragar nada. Antes, debo saber si Dorthé...

En aquel momento, un coche se detuvo ante la puerta, y unos segundos después entraba el señor Holm en el salón. Saludó con amplia sonrisa y dijo:

□ ¡Todo va bien! Dorthé se ha restablecido: los de la ambulancia opinan que no vale la pena llevarla al hospital. La hemos traído aquí y, de momento, la instalaremos en la habitación de los amigos. El doctor vendrá dentro de poco.

□ ¡Ah, gracias a Dios! — exclamó Puck —. Ahora sí tomaré un poco de té.

□ Perdón, señor —preguntó Alboroto—. Pero ¿dónde está Cavador?

□ ¿Cavador? —repitió riendo el propietario—. ¿Es el nombre de tu amigo? Vendrá en seguida; antes debe ponerse ropa seca. No resulta muy práctico obligar a toda la tripulación de un barco a zambullirse para llegar a tierra. Si se os ocurre hacer otra excursión parecida, atracad de preferencia en el desembarcadero de la caseta de baño.

□ ¡Lo haremos! — prometió Alboroto riendo, encantado de poder tomar té caliente —. ¡Ah, qué bueno está!

□ ¿Mejor que un helado? —preguntó sonriente Puck.

Alboroto farfulló unas palabras que podían ser interpretadas en un sentido u otro.

Poco después hizo su entrada Cavador; iba vestido con un pantalón marrón tan largo que tropezaba a cada paso. Al final, la banda que se reunió alrededor de la mesa de té resultaba pintoresca.

□ Y bien, querido amigo —preguntó contento Alboroto—. ¿Todo ha ido bien?

□ Sí, perfectamente — afirmó Cavador —. Durante unos minutos me quedé un tanto perplejo, pero seguí incansablemente, tal y como debe hacerse. La maravilla es que Dorthé empezó a dar señales de vida. Gimió resoplando como una foca, y al final empezó a insultarme. Esta última reacción era un buen síntoma y me di cuenta de que, por esta vez, se había salvado. Me inclino profundamente ante el método de reanimación de Holger Nielsen. No hay método mejor en todo el mundo.

— ¿Aprendéis este método en la escuela? —preguntó el señor Holm.

— Sí, nuestro profesor, el señor Strandvold, ha necesitado mucha paciencia para que nos entrase en la cabeza — contestó Cavador. Siguió diciendo alegremente —: Más de una vez nos ha

parecido que era mortalmente aburrido. ¡Lo que nos hemos reído cuando lo hemos ensayado por parejas en la sala de gimnasia! Pero ahora sabemos valorar sus lecciones en su justo valor. □ Un importante valor. Si me encuentro a alguien que se burle del método Nielsen, le doy un directo sin contemplaciones. Y si es preciso, pediré ayuda a Dorthé.

— ¡Bravo! — exclamó Puck.

En aquel momento entró un coche en el patio.

— Es el médico —dijo la señora Holm.

Se levantó para recibirle y lo llevó al cuarto de la enferma.

Cuando volvieron parecían muy contentos.

— La «ahogada» se encuentra muy bien —dijo, aceptando el puro que le ofrecía el señor Holm—. Desde luego, ha tragado agua y ha pasado mucho miedo, pero no tiene nada grave. Incluso le he dado permiso para que bajara un rato, si se ve con ánimos. Pero debo reconocer que, sin la presencia de unos camaradas valientes y muy bien entrenados, nuestra damita no hubiera salido fácilmente con bien de su travesura.

— ¡Es evidente! — exclamó Puck.

Después se sonrojó y bajó los ojos. El señor Holm se dirigió sonriendo a su mujer.

— El director Frank está en camino. Por lo tanto, me parece oportuno preparar un poco de café bien cargado.

* * *

Dorthé no tardó en bajar para reunirse con sus amigos. Estaba algo pálida y su vestuario era tan pintoresco como el de sus camaradas.

Puck se levantó en el acto y la estrechó con fuerza en sus brazos.

— ¡Dorthé, qué alegría volver a verte! Puedes creerme; hemos pasado un miedo atroz.

— ¿Tú? —murmuró Dorthé algo intimidada—. No me merecía en absoluto que salierais a buscarme.

— ¡Esto es ciertísimo! — dijo Alboroto.

— ¡Bravo! —aprobó Cavadó.

Puck se rió.

— ¡Bah, no hagas caso de estos dos bromistas, Dorthé, porque no piensan ni por un momento lo que dicen. De otra forma, Alboroto no se hubiera zambullido para pescarte, y Cavadó no

hubiera trabajado hasta el agotamiento para reanimarte. Alboroto y Cavador son unos chicos muy malos..., pero..., les quiero mucho a pesar de todo.

— Yo también —murmuró Dorthé—. Estoy tan avergonzada. ..

— ¡Increíble! — dijo Alboroto.

— ¡Imposible! — asintió Cavador.

Puck hizo como que quería pegarles.



— ¡ A callar, picaruelos! Considero que os habéis comportado como dos ases esta noche. Merecéis de veras una recompensa.

— ¡ De acuerdo! — dijo Alboroto.

Después añadió, riendo:

— Tengo una idea genial, Puck. La apuesta era de tres pasteles helados grandes de casa Bose, ¿verdad?

— Sí.

— Afirmé que podríamos con Dorthé. He ganado y, si dudas de que lo hemos conseguido, sólo tienes que mirarla. Está bien claro que ella ha sido quien ha perdido la batalla; por lo tanto...

— Tienes una forma muy tuya de presentar las cosas, Alboroto — contestó riendo Puck —. Pero te prometo que te daré estos pasteles de buena gana, incluso de muy buena gana.

— ¡Bravo, bebé! — apoyó Alboroto —. Me gusta que se reconozca una derrota sin armar jaleo.

De repente, Dorthé se echó a llorar. Puck se le acercó y le pasó un brazo por los hombros, preguntando:

— ¿Qué te pasa, Dorthé? ¿Por qué lloras?

Dorthé lloraba con desconsuelo.

— Es que... encuentro que... habéis hecho... mucho,

demasiado...; que no lo merecía. ¡Y encima ahora tú tienes que pagar unos pasteles! ¡Sí..., es lo peor de todo!

Puck la estrechó fuertemente contra sí y la consoló:

— Pero, Dorthé, si quieres, puedes pagar la mitad...

— ¿Que si quiero? —exclamó Dorthé contenta—. ¡No pido más que eso; compraros todos los pasteles que existan en Oesterby!

— ¡Hum! —gruñó Alboroto—. Esto es una deliciosa oferta, pero ¿sabes la cantidad de pastelillos que contiene el frigorífico de Bose?

— No, pero ya lo veremos —prometió Dorthé con los ojos brillantes de alegría.

Cuando poco después llegó el señor Frank, la esposa de éste le acompañaba, y Puck se alegró. La mujer del director era siempre tan comprensiva cuando había problemas... Y, sí; no cabía duda de que la situación era delicada.

El director no dijo ni una palabra de reproche. Parecía muy contento por el feliz desenlace, pero, naturalmente, pidió explicaciones. Le relataron toda la historia. Después de haberla oído, se volvió gravemente hacia Dorthé y le dijo:

— Bueno, Dorthé; eres nueva en la escuela. Por lo tanto tienes derecho a un poco de indulgencia... Pero recuerda una cosa, mi pequeña: si tenemos un reglamento no es para fastidiar a los alumnos, sino para protegerlos y evitar que corran riesgos inútiles. Espero que no se te ocurrirá de nuevo tomar la barca, ¿verdad?

— No, señor —murmuró Dorthé muy avergonzada.

— Está bien, Dorthé... Y ahora vamos a dar las gracias a tus camaradas, que esta noche han arriesgado sus vidas para salvarte.

—

El señor Frank se dirigió a Cavador y Alboroto.

— Son muchas las veces que me hacéis enfadar, picaros... Pero hoy me siento orgulloso de vosotros.

— ¡Hum! —murmuró Alboroto—. Es demasiado...

El señor Frank aprobó con una gran sonrisa.

□ A fe que tienes razón, Hugo. Tú y Henrik habéis hecho tantas jugarretas durante todo el año que verdaderamente teníais que compensarlo. Con esto estáis en paz. Es una gran cosa arriesgar la vida por salvar a alguien. Por lo tanto, quiero daros las gracias a los dos.

Los dos amigos nunca se dejaban intimidar, pero en aquel momento deseaban esconderse bajo tierra. Cuando Alboroto pudo, le murmuró a su amigo:

— ¡Oye, Cavador!... ¡ Ni en sueños creí nunca llegar a oír alabanzas del director!

— El tiempo de los milagros no ha terminado, amigo. Pero esto no hará subir nuestras notas de conducta del trimestre.

La señora Frank, que se había sentado al lado de Puck, le apretó afectuosamente el brazo y le dijo:

— ¡Lo has hecho muy bien, Puck!

— ¡Bah! No he hecho nada de particular — contestó Puck ruborizándose—. Todo ha sido obra de Hugo y Henrik.

Alboroto, que oyó la última frase, protestó enérgicamente:

— ¡No tienes que ser tan modesta, Puck! Si no hubieras guiado la motora tan cerca de nosotros no habiéramos podido alcanzarla.

— No; estabas realmente agotado —reconoció Cavador.

Unos momentos después se sirvió café, y coñac para los mayores, y los muchachos vieron con satisfacción cómo les servían soda, fruta y pasteles en abundancia. ¡Un baño como el que habían tomado les había abierto el apetito!

* * *

Al día siguiente, en la escuela, sólo había un tema de conversación. Alboroto, Cavador y Puck tenían que dar tantas explicaciones que casi se aturdieron. A Dorthé también la bombardeaban con preguntas, pero ella apenas sí contestaba. Se había llevado un buen escarmiento y, según la opinión general, a partir de entonces se portaría bien. Claro que se había llevado una barca sin permiso, pero ignoraba que al hacerlo ponía en peligro la vida de sus camaradas.

El señor Strandvold no podía evitar sentir una gran satisfacción. Había tenido varias entrevistas con el director porque quería intensificar el entrenamiento. El señor Frank temía que los alumnos pillaran catarros o gripes, pero el profesor sostenía con energía que era posible acostumbrarse a cualquier temperatura del agua. ¡Alboroto lo había demostrado la víspera! Sin su entrenamiento, no hubiera resistido el frío del agua del lago Ege.

Durante la tarde, él también fue a pasear alrededor de la piscina. Los muchachos proseguían sus entrenos con el mayor empeño. La

tormenta había amainado y el sol brillaba de nuevo. Los muchachos, provistos de redes, habían recogido cuidadosamente los miles de hojas que la tormenta había desparramado sobre la piscina. Querían evitar que, al pudrirse, empañaran el agua cristalina.

Unos días más tarde, el director hizo organizar, inmediatamente después de cenar, una pequeña fiesta en el comedor.

Los alumnos tenían órdenes de no abandonar sus lugares, y sus corazones se llenaron de alegre optimismo al ver cómo las muchachas que estaban de servicio llevaban limonadas, platos de postre y grandes fuentes repletas de pasteles. El director se levantó y dijo:

□ Muchachos, cuando la ocasión se presenta, nos gusta organizar pequeñas fiestas. Y esta ocasión existe hoy. Todos sabéis lo que pasó en el lago de Ege hace unos días y por lo tanto es inútil comentarlo una vez más. Me contentaré con decir que tres de vuestros camaradas han estado a la altura de una situación muy peligrosa, y que les debemos nuestro agradecimiento. Por culpa de la tempestad corrieron un grave peligro, y uno de ellos no vaciló en arriesgar su vida para salvar la de un camarada.

El director hizo una pequeña pausa para proseguir:

— Tenemos en la escuela una distinción que no se da más que en casos excepcionales. Hasta la fecha, sólo tres alumnos han sido dignos de ellas. El primero, Harry Poulsen, que ya no está en la escuela... La segunda, es Bente Winther. Y la tercera, como recordaréis todos, es Lilian Latour, que salvó la vida de un camarada arriesgando la suya.

— ¡Bravo!

Los gritos resonaban por todas partes.

El director prosiguió:

— Como Bente ya posee esta distinción, hoy tendrá que contentarse con nuestras felicitaciones, que tiene muy merecidas. Dirijo también a Henrik Smith las alabanzas y felicitaciones a las que tiene derecho. Pero, sin disimular en nada los méritos de Bente y de Henrik, pensamos todos, y supongo que vosotros también, que Hugo es el que ha llevado a cabo la acción más brillante.

— ¡Sí, sí!

Los gritos de entusiasmo se oían por doquier junto con:

— ¡Alboroto es el hombre del día! ¡Alboroto es el hombre del día!

El señor Frank tuvo que esperar un momento antes de poder continuar:

— Me alegra que pensemos todos igual. El comité ha decidido, por unanimidad, que Hugo Svendsen tiene que ser el cuarto alumno de Egeborg que debe recibir este gran honor. ¡Ven acá, Hugo!



Alboroto subió al estrado, junto al señor Frank. Una tempestad de aplausos resonó cuando el director le colgó la medalla en el pecho.

— Es demasiado — murmuró el muchacho.

Frank le dio una palmadita en la espalda.

No, Hugo, nada de eso. Has merecido esta distinción porque has dado un magnífico ejemplo de camaradería y de valor. ¡Te felicito, Hugo!

— Muchísimas gracias — murmuró Alboroto.

El director le sonrió.

— Ya sabes, Hugo, que esta distinción va siempre acompañada de un obsequio. ¿Deseas algo en particular?

Alboroto tartamudeó un poco.

— No..., muchas gracias... Es decir..., sí, una cosa quizá...

— ¿Qué es?

— Buen tiempo para un mes, para que podamos seguir con el entreno en la piscina.

La sala entera se echó a reír y aplaudió mientras el director sonreía comprensivo:

— Sólo podemos desearlo y esperarlo, Hugo.

Alboroto se volvió a su sitio bajo la salva de aplausos, y un momento después saltaban los tapones de las botellas y los platos de pasteles empezaban a circular.



Desde luego, la aventura del lago había sido un trauma para Dorthé, pero sería falso decir que le había quitado algo de su desbordante vitalidad.

Los primeros días, después de su dramático rescate, se había mantenido algo más tranquila que de costumbre, pero la antigua Dorthé no tardó en reaparecer: no había día en que alguien en Egeborg no fuera víctima de su ingenio.

Una tarde, Navio entró en el «Trébol de Cuatro Hojas», donde estaban trabajando Inger y Puck, cada cual en su mesa. Navio se dejó caer sobre la cama y exclamó:

□ Creedme, amigas; ¡acabo de ver el espectáculo más extraordinario que uno pueda imaginar!

□ ¿Cuándo y dónde? —preguntó Puck—. Pareces muy excitada.

□ También lo estarías tú si hubieras estado allí. Dorthé ha hecho de las suyas. ¡Es una auténtica bomba atómica!

□ ¿Qué ha inventado esta vez? —preguntó Puck, mirando de reojo a su amiga Inger, que seguía leyendo como si tal cosa.

□ ¡Está completamente loca! —siguió Navio—. Su último invento ha sido atar juntas las bicicletas de la señorita Fagerlund y del señor Strandvold con un hilo de acero.

□ No tiene nada de divertido —comentó Inger, levantando por fin los ojos.

□ Sí, ha sido gracioso porque las bicicletas estaban cada una a un lado de la esquina de la casa. El señor Strandvold y la señorita Fagerlund bajaron las escaleras juntos, se saludaron amablemente para despedirse y fueron a montar en sus bicicletas. Se subieron y... ¡Oh, no, es terrible!

Navio se echó a reír de nuevo y Puck se contagió de su hilaridad.

□ ¿Qué ocurrió? ¿Se cayeron?

□ ¡Claro que se cayeron! Pero no es esto lo gracioso, lo divertido eran sus gestos cuando empezaron a pedalear sin moverse del sitio.

Navio se cayó sobre la cama de tanto reírse.

— ¡Si hubiéramos tenido una cámara para filmarlo, habríamos obtenido la película más cómica del año y habríamos ganado un millón de dólares proyectándola en todas las salas del mundo! Imaginad ante todo la figura muy resuelta de Fagerlund. La veis llena de energía y decisión, ¿verdad? Después la expresión de Strandvold, más serena, pero igualmente resuelta: «Hasta la vista... No, yo me voy por aquí... Pero, ¿qué diablos pasa?» De veras, era algo imponente.

— ¿Descubrieron al responsable?

— Por ahora, no. De todas formas, me alegro de haber pasado justo en aquel momento; si no me hubiera perdido un espectáculo de lo más divertido. Arrancaron los dos a la vez, y allí y allá estaban los dos pedaleando, mirando con asombro ante ellos y...

— ¿Después se cayeron?

Navio hizo un ademán afirmativo.

— Sí, cayeron, pero sin hacerse daño, de otra forma no hubiera podido reírme.

— ¿Dónde estaba Dorthé? — preguntó Inger con tono un tanto beligerante.

— ¿Dorthé? Estaba escondida tras unos matorrales.

— ¿Había más espectadores?

— Tan cerca como yo, nadie. Los otros estaban algo más lejos pero, claro, vinieron inmediatamente.

— ¿Qué dijo el señor Strandvold?

— Nada. Cuando empezó a comprender, nos largamos silenciosamente. La señorita Fagerlund estaba furiosa.

— ¿Crees que se quejará al director?

— Nunca se sabe... Pero sería un error por su parte.

Inger se levantó cerrando su libro.

— Si la gente se comportara siempre sensatamente, el mundo sería distinto — dijo—. Será curioso ver cómo Dorthé se las arregla.

Navio se sentó en la cama y la miró asombrada.

— ¡ Se las arreglará a las mil maravillas! — exclamó—. Recuerda que nadie sabe quién ató las dos bicicletas..., excepto yo, claro, pero no diré nada.

— ¿Incluso si la señorita Fagerlund se queja al director?

— ¡Bueno! —dijo Navio algo perpleja—. ¿Para qué pensar en lo peor? Hay que esperar que la señorita Fagerlund tendrá suficiente sentido del humor para no armar jaleo por esa bromita.

Navio, al ser tan optimista, se había equivocado.

La señorita Fagerlund *no* tenía sentido del humor, tanto más que aquella bromita le había costado un vestido. Al caer de la bicicleta se había desgarrado la falda de una forma irreparable. Y esto había agravado el asunto. El director no podía reprochar a la profesora que le plantease la papeleta. Escuchó pacientemente la explicación de la señorita Fagerlund y, después, dijo:

— Sí, reconozco que es desagradable perder un vestido por una chiquillada así y, naturalmente, haré una encuesta. Supongo que bastará que hable de ello a la hora de comer y el responsable se dará a conocer. Y su traje, naturalmente, será repuesto...

La continua amabilidad y la comprensión del director habían capeado situaciones más difíciles que aquélla. La señorita Fagerlund se levantó.

Estaba algo perpleja.

— Espero que no pensará que soy mezquina, pero...

El director la detuvo con un gesto.

— Nada de eso, señorita; es completamente normal. Pero, claro, el responsable de esta broma no se dio cuenta de las posibles consecuencias de su acto.

— No quiero que nadie sea castigado —dijo la señorita Fagerlund, apenada. Ya lamentaba amargamente su visita—. Bastará con la persona en cuestión.

El director sonrió:

— Esté completamente tranquila... Pero, de todas formas, ¿tiene usted alguna idea? ¿Quién le parece que ha podido atar las bicicletas?

La señorita Fagerlund sacudió la cabeza.

— Lo ignoro. Pero probablemente ha sido un chico, si no me equivoco... Y, sin embargo...

— Sin embargo, ¿qué?

— Puede ser una chica; pero siempre es peligroso hacer conjeturas cuando no se tiene una idea exacta.. Se me ocurre que, cuando íbamos a montar en las bicicletas, la única alumna que estaba presente era Lise Sommer.

— ¡Navio! — exclamó el director.

— Sí —contestó la señorita Fagerlund—. Navio..., es así como la llaman.

— Sin embargo, no puedo creer que Navio...

El director parecía preocupado.

— Navio tiene una alegría desbordante, pero no suele hacer esta clase de cosas. Ya veremos. Diré algunas palabras durante la cena y el asunto se aclarará rápidamente.

Pero las cosas no iban a desarrollarse tan sencillamente. En cuanto el director se levantó para explicar el incidente, un silencio de mal augurio reinó en el comedor.

□Encuentro normal que el culpable se denuncie □terminó el director.

Dio una mirada a su alrededor. Todos los ojos estaban fijos en él, pero nadie dijo palabra.

Cualquier alumno habría podido cometer una chiquillada inofensiva, a fin de cuentas. Pero como la confesión no se producía, el asunto se agravaba.

Los ojos del director se posaron un momento sobre la carita apasionada de Navio. Comprobó que se mordía los labios y que en su mirada había una expresión de susto. Pero, naturalmente, las expresiones de una cara no tenían por qué tener forzosamente un significado.

□Existe otra hipótesis que no podemos descartar «a priori» — siguió el director—, y es que alguien que no forme parte de la escuela haya atado las bicicletas. Pero me permito repetir que, si el culpable está aquí, estimaré mucho que lo confiese.

Instintivamente, su mirada buscó de nuevo a Navio, a la que vio ruborizarse ligeramente.

□En todo caso, sería faltar a la buena camaradería el negarse a confesar. El culpable llevaría la responsabilidad de ver castigar a un inocente.

De nuevo se calló. Pero nadie se levantó y nadie dijo nada. El director tuvo un gesto de impaciencia. Todos vieron lo

decepcionado que estaba.

□ Levantémonos de la mesa —dijo brevemente, y salió del comedor.

De inmediato, todo fueron comentarios. Cada uno tenía su opinión en la materia y las discusiones se animaron.

□ ¡Qué cobardía no confesar!

□ ¡Qué tontería por parte de la señorita Fagerlund!

□ Por una cosa sin importancia...

— ¡Claro que no creo que sea tú, pero...!

Puck, Inger y Navio estaban tan preocupadas como los demás. Subieron directamente al «Trébol de Cuatro Hojas», donde empezaron a discutir el desagradable asunto.

— ¡Ya lo decía yo! —Inger se apresuraba a comentar—. Ya veis a vuestro «angelito». Si Dorthé fuera una chica cabal, habría confesado.

Puck aprobó con la cabeza. Dorthé debía haber confesado en el acto. La habrían reñido un poco, y asunto terminado. Mientras que ahora...

— ¿Para qué fanfarronear durante la vida cotidiana si no se tiene más audacia que un ratoncito? —preguntó Inger.

— Es verdad —reconoció Merete—, pero podría ser que...

En aquel momento llamaron a la puerta y apareció la capitana de pasillo, la señorita Holm

— Lise — dijo —, el director dice que vayas a su despacho inmediatamente.

Navio miró asombrada a la profesora.

— ¿Yo?

— Sí, date prisa.

La voz de la señorita Holm parecía algo seca. Navio se levantó para seguirla. La puerta se cerró tras ella.

— Ya veréis —dijo Puck—; el director creerá que la culpable es Navio, ya que la señorita Fagerlund y el señor Strandvold la han visto en el jardín cuando se liaban con las bicicletas.

□ Lo que no deja de ser terriblemente injusto — dijo Inger—. Aquí tenéis el resultado cuando una se esconde tras los matorrales como una mala camarada. Navio tendrá problemas y, de postre, sospecharán de ella. Y todo por culpa de Dorthé. Pero no; no lo consentiré.

Puck miró intrigada a su amiga. Nunca había visto a Inger tan excitada, Inger que habitualmente era la que más sangre fría demostraba.

— ¿Qué quieres hacer? —preguntó sorprendida.

— Voy a ver al director ahora mismo —contestó Inger—. Es cierto que no hay que delatar, pero nadie me impedirá echar una mano a Navio cuando está en apuros, y me parece que es lo que le pasa en este momento.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Puck y Merete salieron tras ella, pero ninguna de las dos intentó detenerla. Bajaron al vestíbulo y vieron a Navio de pie delante de una ventana mirando al jardín. Pero Inger no la vio. Se dirigió con paso resuelto al despacho, llamó y entró sin esperar respuesta. Puck, que la había seguido con mirada de asombro, se quedó con los ojos fijos en la puerta. Navio se les acercó y preguntó:

— ¿Qué le pasa a Inger? ¿Qué forma de...?

— Sí, pero ¿por qué estás aquí? ¿Qué te ha dicho el director?

— Aún no lo he visto. Está con alguien en su despacho. Me han dicho que aguardara.

— ¡Vaya! ¿Y de qué quiere hablarte el director? ¿De bicicletas?

— Sí. Soy el único testigo. Pero nunca diré quién es el culpable. Si Dorthé no lo confiesa por sí misma...

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y aparecieron el director Frank, Dorthé e Inger. Inger estaba colorada, Dorthé parecía turbada. El director sonreía:

— ¡Y ahora podéis iros las dos! Este asunto está definitivamente resuelto; todo está en orden.

Hizo una seña a las muchachas.

— Ya no necesito hablarte, Navio —dijo—. Perdona que te haya molestado.

La puerta volvió a cerrarse. Dorthé e Inger, una al lado de la otra, permanecían calladas. Puck, Merete y Navio estaban frente a ellas.

— Sí, pero... —empezó Puck.

— Chitón —dijo Inger señalando la puerta—. Vamos a nuestra habitación.

Subieron la escalera y pronto estuvieron sentadas en el «Trébol de Cuatro Hojas». Puck dijo:

— ¿Puedo tener por fin una explicación?

— De acuerdo —dijo Inger con amplia sonrisa—. Cuando entré como una tromba en el despacho del director, como el ángel de la Justicia en persona, Dorthé ya estaba allí y lo explicaba todo. ¡En mi vida me sentí tan ridícula!

— ¿Pero, como descubrió el director que eras tú, Dorthé? —preguntó Navio.

Dorthé hizo una mueca.

— Yo se lo expliqué... No iba a hacerlo ante vuestras narices, ¿verdad? ¡Nunca en la vida! Así que esperé a que todos se fueran del comedor y del vestíbulo. Y, mientras, el director había convocado a Navio.

— Exacto. Pero Dorthé ya se lo había contado todo. Asunto pues terminado —dijo Inger dirigiendo a Dorthé su más encantadora sonrisa—. Tengo que pedirte excusas, Dorthé. Creí que eras la última de... y al contrario eres una buena camarada. ¡Lo recordaré de ahora en adelante!

Alargó la mano a Dorthé y ésta se la estrechó enérgicamente.

— De acuerdo, Inger. Obraste bien.

— Viva la amistad —dijo riendo Navio—. ¿No os parece que deberíamos celebrar esta reconciliación con unas pastillas de chocolate con almendras? Papá me dio un paquete antes de irse.

Y el asunto Dorthé-Inger terminó con un grito de alegría unánime.

* * *

El deseo de Alboroto, relativo al tiempo otoñal, se realizó en parte. Durante las semanas siguientes tuvieron algunas horas soleadas pero, sin embargo, el agua acabó por estar tan fría que el señor Strandvold, un buen día, terminó los entrenamientos.

Los muchachos no protestaron mucho. ¡Realmente hacía falta ser un vikingo para retozar en un agua que no pasaba de cuatro o cinco grados! Pero, a menudo, se paseaban cerca de aquella piscina que durante dos meses había sido su mejor juguete.

Una mañana, a principios de diciembre, la encontraron recubierta con una delgada capa de hielo.

— Va siendo hora de que demos un vistazo a los patines, mi querido Cavadór —dijo Alboroto.

— Cada estación tiene su encanto —respondió con filosofía

Cavador.

Alboroto señaló los trampolines.

— Tienes toda la razón, Cavador. Por eso pienso con infinita alegría en la próxima primavera: saltaremos desde la máxima altura. Ya podía el señor Stranvold habernos dejado saltar este año.



— No se puede tener todo, amigo.

— No. La vida resulta a veces muy aburrida.

— ¡Hum! ¿Te has enterado de que «Frédrik» vuelve el lunes?

Alboroto recobró su alegría.

— ¡ No! ¿De veras? Bueno, a pesar de todo, tendremos ocasión de divertirnos algo. Vamos a reflexionar para encontrarle una pequeña sorpresa de bienvenida. «Frédrik» se desconsolaría si nos encontrase completamente transformados.

Y los dos pillastres se sonrieron satisfechos. El profesor de historia y geografía Frederiksen (o Frédrik, como le llamaban los alumnos entre ellos) había sido siempre una víctima predilecta para las jugarretas de los chicos. Claro que Frederiksen acababa siempre ganándoles la mano, porque se sabía de memoria todas las tretas, ya que había sido alumno antes que profesor, pero precisamente por eso los muchachos le tenían en más estima. ¡Era un adversario digno de ellos! Gracias a una beca, había pasado unos meses en América del sur, y los muchachos le echaban mucho de menos.

Una semana después otra persona regresó también de su viaje; Karen. Fue acogida con entusiasmo delirante por sus amigas, que no se cansaban de admirar su buena cara, su cutis bronceado y todas las cosas maravillosas que su madre le había comprado en el extranjero.

Cuando se reunieron en el «Trébol de Cuatro Hojas», Puck le dijo:

— A fe mía, que estás hecha una verdadera mujer de mundo, Karen. Karen se rió muy contenta.

— ¡ Pronto me cambiaréis! El viaje ha sido maravilloso y cuando tenga tiempo os lo contaré. Pero... también es delicioso volver a estar aquí. Mamá pasará unos días en España. He venido sola en avión desde Madrid.

Navio se quedó estupefacta.

— ¿Has volado sola desde Madrid?

— Sí, pero no tiene nada de particular — repuso Karen sonriendo—. Se hace escala en Ginebra, se pasa la noche en Amsterdam y al día siguiente se llega a Copenhague. ¡Va tan aprisa! Pero, ahora, explicadme qué habéis hecho en mi ausencia.

Y sus amigas se lo contaron todo. Cuando supo la gran desilusión que había tenido Merete al tener que dejar el «Trébol de Cuatro Hojas» hizo gravemente un signo de aprobación.

— Lo comprendo... En toda la escuela no hay otras que se lleven tan bien como las chicas del «Trébol de Cuatro Hojas». Y la idea del «Pléyade» es estupenda. Nos divertiremos mucho este invierno. Supongo que es inútil preguntar si fue Puck quien tuvo esta idea luminosa, ¿eh?

— Bueno... La idea flotaba en el aire.

Karen se rió.

— Sí, imagino que muchas ideas buenas flotan en el aire; sólo se trata de agarrarlas. Y tú siempre has sido de primera en esta materia. ¿Cuándo podré asistir a la primera reunión del club?

— Dentro de unos días. Cuando estés descansada del viaje.

Pero Karen no fue de aquella opinión.

— No. Tengo una idea mejor. Vamos a reunimos esta misma noche.

— ¿Esta misma noche? ¿Por qué?

— Te lo diré, Puck. Apesar de todo, Merete está triste por haber dejado el «Trébol de Cuatro Hojas» y se consolará un poco si nos reunimos esta misma noche. Así no tendrá la sensación de que tenemos un motón de cosas que decirnos en su ausencia.

— ¡Bravo, Karen! —dijo Inger—. El extranjero no te ha hecho perder tu inteligencia.

— También tengo unos regalitos para vosotras, amigas. Ya encontraré algo para Metere y para Annelise, pero aguardemos a la reunión de esta noche para repartirlos.

— ¡Oh, esto parece formidablemente fascinante! —exclamó alegremente Navio—. ¿No podrías adelantarnos en dos palabras de qué se trata?

— ¡Por nada del mundo! —respondió Karen riendo—. Tendrás que dominar tu curiosidad hasta esta noche.

— ¡Qué difícil va a ser!

— ¿Y quién te dijo que sería fácil?

— Voy a avisar a las otras tres — anunció Puck, y salió.

Karen parecía divertida con un pensamiento que no expresaba. De repente, dijo, riendo:

— ¡Tengo ganas de saludar a Dorthé, de la que tanto habláis! ¿No sería una buena idea admitirla en el club? Es nueva en la escuela, y quizá se aburre un poco.

— ¿Aburrirse? —repitió Navio echándose a reír—. Te garantizo que Dorthé no se aburriría ni que estuviera sola en una isla desierta.

Puck volvió y, tras cerrar la puerta a sus espaldas, dijo:

— Tenías toda la razón, Karen. Merete está muy, muy contenta con la reunión de esta noche.

Karen esbozó una sonrisa.

— Sí, Puck, ya ves como hasta una gallina ciega encuentra su maíz.

Puck salía de la cocina llevando una bandejita cargada de tazas y platos cuando se encontró con la señora Frank.

— ¡Eh, eh! —exclamó la esposa del director—. ¿Preparáis una fiesta en vuestra habitación? ¿Es para celebrar el regreso de Karen?

— No, es el «Pléyade» que se reúne, ya que todos los miembros del club están presentes. Tomaremos té y saborearemos pasteles, mientras Karen nos habla de su viaje.

— ¿Tenéis bastante dinero para comprar pasteles? — preguntó la señora Frank con una sonrisa.

Puck vaciló un poco.

— ¡Bueno, no nos morimos literalmente de hambre después de la cena de la escuela! Hemos reunido nuestros ahorros y Lise ha ido a casa de Bose para comprar una pequeña provisión.

La esposa del director sonrió gentilmente.

— Os deseo una feliz velada. Me parece que el «Pléyade» es una excelente invención, Bente. ¡Gracias a ella, Merete no está camino del Canadá! A menudo tienes muy buenas ideas.

— ¡Oh...!

— Sí, sí. De veras. ¿Cuándo empieza la reunión?

— A las siete, para tener tiempo antes de irnos a dormir.

— Esta noche os permito que os acostéis media hora más tarde. Os lo autorizo en nombre del director — dijo la señora Frank.

— Mil gracias —dijo Puck contenta. Y se alejó con su bandeja.

Si bien era cierto que el «Trébol de Cuatro Hojas» no estaba preparado para una vida mundana, cuando hay buena voluntad todo se arregla, y las siete amigas se encontraron al final reunidas alrededor de una mesa cuidadosamente arreglada.

Las sillas suplementarias eran de las habitaciones vecinas, y Annelise aportó dos velas grandes. Su madre le decía siempre que las velas aumentaban el brillo de una fiesta. Inger abrió uno de los paquetes mandados por su tío, y el amable Bose había dado un buen peso de pasteles.

Un pastel grande, situado en el centro de la mesa, hubiera hecho desde luego un efecto formidable, y el director Frank no se hubiera negado a adelantarles el dinero para comprarlo ya que se trataba de una ocasión excepcional, pero las chicas no quisieron pedirselo. Conocían al director. Prefería que todas las alumnas se arreglaran con la cantidad fijada para todas. Así nadie presumía de riqueza ante las demás.

Merete y Karen no tardaron en entenderse bien. Ya se conocían, pero casi siempre las mejores amistades se hacen cuando se comparte una misma habitación.

Como sea que Puck fue quien tuvo la idea del «Pléyade», fue nombrada presidente del club, pero apenas se había levantado para dirigir unas palabras amables, cuando llamaron a la puerta.

— ¡Adelante! — exclamó.

La puerta se abrió y en el dintel apareció Thora llevando un enorme pastel de crema. Thora dijo, sonriendo:

□ ¡Bueno! Este enorme pastel es de parte de la señora Frank, y lo he confeccionado con la sudor de mi frente, muchachas.

— ¡Oh! ¡Es formidable! — exclamó con entusiasmo Navio —. Entre, Thora.

Y la cocinera, con aire regocijado, dejó el pastel en el centro de la mesa. Thora sabía que lo había acertado. Era en forma de una estrella de siete puntas y encima había escrito con jalea roja, para despertar el apetito:

De todo corazón mi felicitación



Thora permanecía allí, con los puños sobre sus sólidas caderas, feliz al ver la admiración de las chiquillas ante su obra de arte.

— Espero que os guste, hijas mías. La señora Frank me encargó que os dijera que no quiere que quede ni una miga.

Después Thora se marchó sonriente. Puck e Inger cambiaron una mirada de comprensión. ¡La señora Frank era de veras maravillosa! Estaba encantada de que Merete no se marchará al Canadá y quiso expresar su agradecimiento. El sentido de la inscripción era clarísimo.

Puck siguió con su interrumpido discurso de inauguración.

— Os doy a todas la bienvenida para esta primera sesión que reúne a todos los miembros del Club. Antes de seguir, propongo que cada uno tome un trozo de este gran pastel...

— ¡Bravo! — exclamó alegremente Navio —. ¡Nos gustas como presidenta, Puck!

— ¡Golosa impenitente! — dijo Inger sonriendo —. Empieza pues a cortarlo, Navio.

Navio se sirvió generosamente, pero hay que decir en su descargo que sólo tomó la mitad de lo que le tocaba a cada una. Puck prosiguió:

— Si no me interrumpen otra vez, voy a seguir con mi pequeño discurso. Como estaba diciendo...

De nuevo llamaron a la puerta. Puck levantó los brazos al cielo exclamando:

— ¡Adelante!

Aquella vez fue la señora Frank en persona la que apareció en el

umbral. Saludó amablemente a las chicas y dijo:

— Siento interrumpiros, pero...

— Gracias por el maravilloso pastel —exclamaron a coro las amigas.

— De nada, niñas — respondió sonriendo —. Siento interrumpiros pero abajo, en el despacho, hay una llamada telefónica para ti, Bente.

— ¿Para mí? —exclamó asombrada Puck.

— Sí. Tú te llamas Bente Winther, ¿no lo recuerdas?

Puck salió precipitadamente y la señora Frank la siguió. Las seis muchachas se miraron y Merete dijo:

— Tal parece que nuestra pobre presidente no podrá terminar nunca su discurso de inauguración... Pero, claro, tenemos que esperarla.

— Claro — dijo Navio —. Pero mientras aguardamos, podemos ir comiendo un poco de pastel.

— ¡Adelante, Navio!

Al poco rato compareció Puck como una tromba. Parecía muy excitada y sus ojos brillaban como estrellas. Suspirando se dejó caer sobre una silla.

Inger le preguntó, no sin inquietud:

— ¿Qué ocurre, Puck?

— ¡Algo maravilloso, Inger! Papá me ha telefoneado.

— ¿Tu padre? —preguntó Inger—. ¿Desde Chile?

— ¡No, de Copenhague!

— Pero si tu padre tenía que...

— ¡Justamente! — interrumpió Puck alegremente —. Papá tenía que llegar antes de Navidad, pero el señor Holm de la Granja del Este le ha regalado quince días de vacaciones suplementarias. Y no ignoráis que el señor Holm es uno de los grandes accionistas de la sociedad donde trabaja mi padre..., y al mismo tiempo es uno de sus antiguos amigos del ejército. ¡Qué feliz soy!

— Se comprende —dijo Inger de todo corazón—. Así, pues, verás a tu padre mucho antes de Navidad.

— Sí, desde luego. Primero se convino que papá pasaría sus vacaciones de Navidad en casa de tío Anders, en Sundkoebing, pero ahora pasará primero quince días en casa del señor Holm. ¿No es maravilloso? La Granja del Este no queda muy lejos.

— ¡Qué suerte tienes! — dijo Navio, pero sin ni una sombra de envidia—. En este momento, mi pobre padre está en las Indias.

Puck estaba tan contenta que no pudo decir palabra durante unos minutos. Sus amigas comprendían muy bien su alegría, pero Annelise dijo finalmente:

— Encuentro maravilloso que tu padre llegue quince días antes de lo previsto, y un día tendréis que venir a visitarnos en la Gran Granja, pero... ¿no es hora ya de empezar en fin la reunión del

«Pléyade»?

Puck suspiró y sonrió al propio tiempo.

— Naturalmente, Annelise... Pero, ¿no podemos elegir otra presidenta, para esta noche?

— ¿Y por qué?

— Porque me siento demasiado feliz para seguir con mi discurso.



— ¡Mirad cómo está nevando! — exclamó Puck entusiasmada.

Había saltado de la cama y estaba mirando por la ventana del «Trébol de Cuatro Hojas». El parque entero estaba cubierto con el blanco manto. Una capa brillante cubría las ramitas y los copos espesos seguían cayendo de un cielo plomizo.

— ¿Es de nieve aglutinada? —preguntó Navio, bostezando a más no poder dentro de la cama.

— No, no lo parece. Creo que hoy podremos esquiar.

Puck abrió la ventana. El aire penetró a chorros arrastrando un torbellino de copos dentro de la habitación. Navio se subió el edredón hasta la nariz y gimió.

— ¡Ten cuidado, no vayas a enfriarte, Puck! —dijo Inger, siempre tan sensata.

Puck cerró la ventana y volvió a subirse a su cama aún caliente. Las cuatro amigas permanecieron un ratito acostadas y charlando. Como era domingo, no tenían prisa alguna. El calor de la cama les parecía doblemente reconfortante dado el frío que reinaba afuera.

La nieve había llegado temprano aquel año. En todo caso, hacía mucho tiempo que no conseguían esquiar diez días antes de Navidad. Quizá el día de Navidad sería como en las postales; irían a

la iglesia en trineo.

Puck pensaba en los días felices que le aguardaban. Su padre había vuelto de Chile para pasar un mes entero en Dinamarca. De momento, vivía en casa de su antiguo camarada del servicio militar, el propietario Holm, de la Granja del Este, donde Puck estaba también invitado para el principio de sus vacaciones. Después iría con su padre a Sundkoebing, a casa del veterinario Moeller.

Durante la construcción de la nueva piscina que había regalado a la escuela, el señor Erling Holst, ya había hecho largas estancias en Egeborg y había seguido los trabajos con mucho interés. Pero aún había demostrado más interés para la profesora Benedikte Holm, y finalmente se habían prometido, después de una intervención un tanto arriesgada de Navio.

En principio la boda debía celebrarse en el mes de Enero, en la encantadora iglesia de Oesterby, pero se les ocurrió adelantar la fecha para celebrar unos días antes de Navidad.

Benedikte luciría un traje largo blanco y había pedido que Puck, Karen, Navio y Annelise fueran sus damas de honor.

La señorita Holm, que había dejado su trabajo de profesora, vivía entonces en casa de su tío y tenía mucho trabajo preparando el gran día.

Cuando Puck tenía tiempo, hacía frecuentes visitas a la Granja del Este, donde no solamente se reunían con su padre, sino que tenía la oportunidad de admirar el bonito ajuar de Benedikte Holm.

Estirada sobre su cama, Puck sonreía. Aquel tiempo quizá permitiría a Benedikte Holm ir a la iglesia en trineo. ¡Si quería una boda de blanco, estaría servida!

Sus alumnos de Egeborg la echaban mucho de menos. Les había enseñado gramática y caligrafía, y tanto las alumnas como sus colegas la apreciaban mucho.

La profesora que la había sucedido estaba lejos de valer tanto como ella. Se llamaba la señorita Kragh. Era una joven autoritaria, que llevaba lentes de concha, un traje sastre de lana gris y zapatos con gruesas suelas de goma. Ya en la primera lección. Cavador tuvo que encajar un serio sermón y se vio amenazado con el denigrante castigo de ser expulsado de la clase y esperar en el pasillo. Su conclusión fue:

— Teníamos que llamarla «El Cuervo», pero con un pico tan

puntiagudo y una forma tan cruel de caer sobre un pobre alumno, mejor le cuadra el de «Buitre».

Y aquel mote fue adoptado por unanimidad. Así, las lecciones de danés y de caligrafía transcurrían sin la menor alegría. ¡Oh, y cómo echaban de menos todos a Benedikte Holm!, o la «Pequeña Holm», como la llamaban. Nunca había tenido que mostrarse severa porque era encantadora, y el propio Cavador nunca deseó gustarle jugarretas.

Inger se levantó sobre el codo y bostezó ligeramente.

— Oíd, amigos. ¿Qué haremos hoy?

— Nos quedaremos en la cama lo más que podamos — contestó apresuradamente Navio.

Karen se rió y le tiró una almohada a la cabeza.

— No vas a quedarte en la cama si la nieve es buena, ¿no?

— Sí — replicó Navio con sinceridad y se abrigó más bajo el edredón—. Intentad convencer a Thora para que me sirva el desayuno en la cama.

Inger sonrió maliciosamente.

— ¡La primera que salga de la cama tendrá una tableta grande de chocolate de avellana!

—¡Arriba ! — dijo Navio.

Un momento después, el edredón volaba casi hasta el techo y tres segundos después Navio se cepillaba enérgicamente los dientes. Cuando llegó la celadora, diez minutos más tarde, para despertar a las muchachas, las encontró vestidas y llenas de animación.

Charlaron alegremente hasta la hora del desayuno. Media hora después, el bullicio era grande en el sótano de la escuela. Cuando se vive en Dinamarca, hay que aprovechar la nieve buena porque a veces dura poco. A lo mejor llovía a cántaros al día siguiente.

El Club «Pléyade» había tenido una pequeña reunión matinal y sus miembros decidieron hacer un largo paseo al norte del lago Ege. Aquel sensacional club no era muy antiguo y aquel paseo reunía a todos sus miembros por primera vez. Además de las cuatro chiquillas del «Trébol de Cuatro Hojas» Merete, Lilian y Annelise se pusieron en camino por el sendero que pasaba ante la casa del guarda forestal Bang y subía a través del bosque del Oeste. Todas tenían permiso para no regresar a comer a la escuela, porque Puck sabía que las invitarían en la Granja del Este. Annelise, sobre todo,

tenía prisa por ver el ajuar de Benedikte Holm.

¡ Qué paseo tan hermoso dieron las siete amigas! Claro que la capa de nieve sólo tenía quince centímetros, pero bastaba para cubrir las raíces y asperezas del sendero forestal. Y la nieve no dejaba de caer suavemente del cielo gris.

Al norte del Lago de Ege, ni siquiera había sendero, pero las muchachas se divertían adivinando por dónde serpenteaba la estrecha senda. Avanzaban en fila india, ya que no había sitio para ir de dos en dos; esquiaban en silencio. Eran aproximadamente las once cuando llegaron a la Granja del Este, con las mejillas coloradas, felices y famélicas.

Nadie se alegró tanto de aquella visita como el ingeniero Winther. Apenas Puck se quitó los esquíes, la estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que Puck casi perdió el equilibrio. Las otras niñas también recibieron una cordial acogida, como Puck lo había previsto, y Benedikte Holm las invitó a todas a comer, encantada de volver a ver a sus antiguas discípulas.

— ¡Qué color más hermoso tenéis, niñas! Me parece que os hace falta un almuerzo reconfortante.

— ¡Y qué lo diga! —suspiró Navio, dejándose caer sobre el sillón más próximo.

Media hora más tarde, las muchachas estaban reunidas alrededor de una mesa servida con mayor variedad



y capricho que la de la escuela de Egeborg. Los mayores sonreían ante el apetito de las chiquillas.

Después de la comida, todas, excepto Puck, fueron a la habitación de la señorita Holm para admirar el precioso ajuar. Puck

prefirió quedarse a charlar con su padre. ¡Qué alegría tenerle de nuevo en Dinamarca!

— ¡Papá! —dijo con un suspiro—. Me gustaría tanto que terminaras con este estúpido trabajo en Chile para poder tenerte cerca de mí. ¡Te echo de menos de un modo *terrible*!

El señor Winther le acarició afectuosamente la mejilla.

— Yo también te echo mucho de menos, mi pequeña Bente. Claro que podrías venir a vivir conmigo, pero sería una grave interrupción de tus estudios. Y tú te encuentras a gusto en Egeborg, ¿verdad?

Puck contestó en seguida:

— ¡Me encuentro formidablemente bien, papá! Ya que no puedo vivir contigo en Valparaíso, no hay lugar en el que me encuentre mejor. El director Frank y su esposa son un amor, y los profesores son muy simpáticos..., quizás exceptuando al «Buitre».

— ¿El «Buitre»? ¿Quién es? —preguntó su padre, sonriendo.

— No es un hombre, sino una mujer; la profesora que sustituye a Benedikte Holm. De buena gana prescindiríamos de ella. Pero parece ser que es muy competente, y nuestro director no quiere más que la flor y nata de los profesores.

En aquel momento, Annelise entró como una tromba en la habitación y se dejó caer, sin aliento, sobre un sillón.

— ¡ Todo es formidablemente superelegante! ¡Un puro sueño!

— Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó sonriendo Puck.

— Pues del traje de la novia, naturalmente. Un poema, con una cola de dos metros y un velo sensacional; y ¿sabes qué llevará además Benedikte para su boda?

— Supongo que medias y zapatos...

— ¡Tontaina! Llevará una diadema con brillantes auténticos, una joya de familia muy antigua. Sólo se usa los días de boda o de bautizo; nunca para una fiesta corriente. Yo, si tuviera una diadema tan hermosa, no me separaría nunca de ella. Y figúrate que, además, tiene una leyenda. Si la novia no luce esta joya, alguna desgracia le ocurre. Hace años, una novia no se la puso y al día siguiente tuvo paperas.

— ¡ Pero las hubiera tenido igual! — dijo Puck.

El ingeniero Winther no pudo por menos de reírse también.

— La superstición es una cosa terrible. Creemos pertenecer a

una nación muy evolucionada y, sin embargo, hay miles de daneses que son terriblemente supersticiosos.

Prosiguió en tono más serio:

— Bueno, hay supersticiones muy inofensivas, como el cuento de encontrarse un gato negro, de tirar sal sobre la mesa, de pasar debajo de una escalera. Pero es mucho peor cuando la gente instruida empieza a creer en todas las pamplinas de los que dicen la buenaventura. Si sus víctimas se los toman en serio, pueden hacerles mucho daño. ¡Espero, niñas, que nunca haréis la tontería de consultarlos!

— Pero, en los periódicos, hay horóscopos apasionantes — murmuró Annelise—. Adoro leer las cosas sobre Tauro, Géminis y Acuario, y aprender los nombres de las constelaciones.

— ¿Te tomas eso en serio? —preguntó el señor Winther.

Parecía algo asustado.

— En serio, serio... —Annelise titubeó un poco—. Bueno, como sea leo siempre los horóscopos. Sólo para divertirme.

— Todo el mundo hace lo mismo—dijo Puck—. Yo también los leo, pero no creo en ellos, como no creo en los fantasmas. ¡Puedes estar tranquilo, papá; no soy supersticiosa!

* * *

Durante los días siguientes, la temperatura permaneció ligeramente sobre cero, y la capa de nieve lo bastante espesa para esquiarse a placer. Pero las muchachitas del «Pléyade» no tenían tiempo de disfrutarla como de costumbre. Estaban muy atareadas terminando un bonito regalo de Navidad: Un mantel bordado con sus servilletas de juego. Trabajaban en aquello desde hacía ya varias semanas y veían cómo se iba terminando, por fortuna, porque querían entregarlo a la señora Frank durante la fiesta que tendría lugar al día siguiente.

Al director no le gustaba que los alumnos le hicieran regalos a él o a su esposa, pero a las niñas se les había ocurrido astutamente bordar las iniciales de la señora Frank en el mantel y en todas las servilletas, de forma que le sería imposible rechazar el juego de mesa.

Puck y sus amigas encontraban justo agradecer a la mujer del director el que fuera siempre tan gentil y comprensiva.

Cuando el mantel y las servilletas estuvieron finalmente a punto,

las envolvieron en un elegante papel y colgaron del paquete una tarjeta que decía: «Felicidades de parte de las siete amigas.»

Después, los miembros del club se apresuraron a empaquetar los pequeños objetos que tenían intención de regalarse mutuamente como obsequios de Navidad, embalaje que se hizo en gran secreto y en distintas habitaciones. Finalmente, todos los paquetes se llevaron al «Trébol de Cuatro Hojas», donde formaron un montón impresionante y que, al día siguiente, debían colocarse en el gran árbol de Navidad.

Después de terminar sus preparativos, las niñas suspiraron de alivio. Por fin tenían tiempo para hablar de sus vacaciones de Navidad. Solamente Inger las pasaría con sus padres. Lilian y Merete habían sido invitadas por varios miembros de sus familias, pero preferían quedarse en la escuela, donde la Navidad era siempre muy agradable. Annelise, que tenía que ser dama de honor con Puck, Karen y Navio, había conseguido un permiso para pasar varios días en la Granja del Este, como sus amigas.

Después de la boda, Puck y su padre irían a Sundkoebing, a celebrar la Navidad en casa del veterinario Moeller. A Karen y a Navio también las habían invitado, con lo que Puck estaba encantada. Hubiera querido estar acompañada por Merete y Lilian, pero el número de habitaciones en casa de Moeller era limitado.

Sin embargo, y ello era un gran consuelo, la señora Moeller las invitó a pasar el 25 y 26 de diciembre con sus amigas.

Agotada después de sus esfuerzos, Navio se dejó caer sobre la cama. Después de acomodarse dijo, contenta:

— ¿Sabéis, amigas? ¡Estas vacaciones serán seguramente las más formidables que jamás hayamos pasado! Primero, seremos damas de honor; después, tendremos unos días maravillosos en casa de los Moeller, en Sundkoebing...! ¡Estoy loca de alegría!

Puck miró de reojo a Merete y a Lilian. No tenían la suerte de ser damas de honor ni de ir a vivir a casa del tío Anders. Pero ambas parecían estar de muy buen humor. Puck sintió un verdadero alivio al ver sus caras alegres y dijo:

— ¡Será, desde luego, formidable! Cuando Lilian y Merete vengan la noche de Navidad, nos las arreglaremos para que la pasen toda con nosotros! Creo que tía Henny es capaz de idear cualquier sitio para poder dormir una noche.

— ¡Nada podría ser más maravilloso! — dijo Merete.

— ¡Francamente maravilloso! — dijo Lilian, con los ojos brillantes.

— Pero también podréis venir a pasar un día a Egeborg durante las vacaciones, ¿verdad?

— ¡Claro que sí! — contestó Puck.

Annelise intervino de inmediato:

— Sí, y un día nos reuniremos todas en la Gran Granja. Si tenemos fuerza para ello, montaremos un poco a caballo en el picadero y os enseñaré todos mis regalos de Navidad; pediré a los mozos de la granja que nos instalen un balancín en el granero..., y como tenemos sitio de sobra, podréis pasar allí la noche, todas...

Al día siguiente, aquel suave ambiente navideño estuvo a punto de estropearse. El incidente tuvo lugar durante la lección de danés. La alegría reinaba entre los alumnos, y quizá charlaban y reían algo más de lo debido. Parecía imposible concentrarse en la lectura. Claro; todos estaban pensando en la gran fiesta alrededor de un árbol que tendría lugar dentro de unas horas. Varias veces se oyó pedir silencio en tono malhumorado a la señorita Kragh. Pero no consiguió hacerse obedecer. Finalmente, perdió la paciencia y dio un fuerte golpe sobre el pupitre.

— ¡Bente!

— Sí, señorita — dijo Puck levantándose.

— Estás charlando y no me escuchas.

— Sí, señorita.

La señorita Kragh pareció un momento sorprendida ante tanta franqueza. En general los alumnos negaban o daban malas excusas. Tomada por sorpresa, ordenó:

— ¡Sal al pasillo!

De repente reinó un silencio absoluto en la clase. Aquel castigo no solía usarse en la escuela. El director Frank siempre había estado en contra. Puck se resintió tanto más por la injusticia de la señora Kragh, no solamente porque aquel castigo era desconocido en Egeborg, sino porque toda la clase, y no solamente Puck, era culpable.

— ¡Bien! ¿Has comprendido? —preguntó iracunda la señorita Kragh.

— Sí —contestó Puck.

Cavador se levantó y dijo:

— Perdone, señorita, pero todos hemos hablado por un igual. Yo, por mi parte, he armado más bulla que Bente. Por tanto, pido salir al pasillo con ella.

— Gracias, no acepto tus insolencias —dijo la profesora echando chispas—. ¡Siéntate!

— Bien —dijo Cavador—, pero encuentro que...

— ¡Cállate!

Una vez en el pasillo, Puck se dio más cuenta aún de lo injusto que era el castigo. ¿Por qué se mostraba tan severa la señorita Kragh en vísperas de vacaciones? Ningún otro profesor lo habría hecho.



Sus ojos se llenaron de lágrimas. De repente tuvo ganas de marcharse, de dejarlo todo... Subir al «Trébol de Cuatro Hojas»... Ante todo, marcharse...

En aquel momento la señorita Brinck atravesó el corredor llevando bajo el brazo un gran montón de cuadernos. Se detuvo ante Puck y le preguntó muy extrañada :

— ¿Qué haces aquí, Bente?

Puck se secó las lágrimas con el revés de la mano.

□ La señorita Kragh me ha mandado salir al pasillo.

— ¿Eh? —dijo desorientada la señorita Brinck—. ¿Has sido desobediente?

— He charlado —contestó Puck, que intentaba tragarse las lágrimas.

— ¿Nada más?

— No —contestó Puck. Y le contó exactamente lo que había ocurrido.

La señorita Brinck permaneció un momento perpleja, no sabiendo qué hacer. Tenía muchas ganas de entrar en la clase y declarar que aquel castigo violaba todas las reglas de la escuela y que era inadmisibles dejar a una niña en aquel pasillo glacial, pero le pareció que no podía decir una cosa parecida a una colega suya.

Se limitó a acariciar el pelo de Puck y decirle consoladoramente:

— ¡No te preocupes, Puck! En general, tú no te preocupas por tonterías como ésta. La señorita Kragh no tardará en llamarte... Y, atiéndeme, Puck; no demuestres a los demás que has llorado.

— No —Puck resopló—. Pero encuentro que es injusto.

— Sí, sí, te comprendo muy bien, Bente. Pero no te preocupes; piensa en los días maravillosos que pasaremos en la Granja del Este.

Puck abrió mucho los ojos y se olvidó de sus problemas.

— ¿También vendrá usted, señorita?

La joven profesora sonrió.

— Sí, la señorita Holm me ha invitado; nos hemos hecho muy amigas. Compartiré con ella la alegría de su boda con un hombre tan simpático.

Sonrió levemente.

— ¡Sí, sí, las hay con suerte!

Y después de saludarla amistosamente siguió su camino.

Puck casi se echó a reír pensando que la señorita Brinck había dicho que «las había con suerte» hablando del casamiento de la señorita Holm. Era evidente que la señorita Brinck podría casarse en cuanto quisiera, porque nunca se había visto una profesora tan encantadora, tan bonita y tan cariñosa en todo el reino de Dinamarca. Sí, pero sería tristísimo no tenerla en la escuela..., mientras que la antipática de Kragh... No era fácil que contrajera matrimonio aquella tonta.

Una chiquilla abrió la puerta y dijo:

— Tienes permiso para entrar, Puck.

Cuando Puck entró en la clase y se dirigió a su sitio, Cavador se levantó de forma muy ostensible y declaró:

— ¡Bien venida, Puck! ¡Te hemos echado mucho de menos!

Aquellas palabras eran tan inesperadas que todas las miradas se dirigieron hacia él y su expresión demostraba que se sentía tan extrañada como los demás.

El silencio era absoluto. Había tensión en el aire. Puck se sentó silenciosamente en su sitio. Levantó los ojos hacia la señorita Kragh que, de pie tras su mesa, dejaba vagar su mirada por la clase. Puck observó que la boca le temblaba levemente.

Cavador estaba colorado como un cangrejo. Se daba cuenta de que se había pasado de rosca.

La señorita Kragh respiró profundamente.

— Sigamos — dijo —. Te toca a ti, Inger.

El suspiro de Cavador se oyó en toda la clase. Por aquella vez, la tormenta se había desviado y encontraba que había escapado de una buena.



Después de la clase, la excitación era enorme en el «Trébol de Cuatro Hojas». La misma apacible Inger estaba furiosa por el trato que habían dado a Puck.

□Es una injusticia flagrante — dijo—, Todos hemos armado barullo, y la señorita Kragh no debía haber elegido una víctima en particular. Realmente, Puck, tienes derecho a quejarte al director.

— ¡Nunca en la vida! — respondió Puck. Ahora era ella quien tomaba con más calma el incidente—. «El Buitre» no podía mandar toda la clase al pasillo, y me eligió por casualidad.

Navio sonrió maliciosa.

— ¡Oye, Puck! Podremos desquitarnos estupendamente esta tarde. Alboroto tiene un gran paquete de petardos y le encantaría colocarlos debajo de la silla de la señorita Kragh... Pero no lo hará, a menos que tú lo quieras, porque por lo menos le cargarían tres malas notas.

— ¡Es muy amable de su parte! — dijo Puck sonriendo—. Pero no quiero que tenga malas notas por mi culpa. Además, he pasado un rato muy agradable en el pasillo.

— ¡Cómo! — Navio pareció boquiabierta —. ¿Un rato *agradable*?

— Sí, por lo menos en parte —afirmó Puck. Y les contó su pequeña conversación con la señorita Brinck.

— No hay nadie más gentil que ella —dijo Inger—. Espero de

verdad que no la perderemos tan aprisa como a la señorita Benedikte.

— ¡Oh, no! ¿Qué sería de nosotras? —exclamó Navio—. Vale más que desaparezca la señorita Fagerlund... con su órgano.

Las otras se rieron; sabían muy bien que a Navio nunca le había gustado la música de la señorita Fagerlund. Por lo demás, gustaba a pocos alumnos. Aquella profesora, ya de cierta edad, estaba lejos de ser la gran artista que se creía ser. En aquel momento llamaron a la puerta y apareció la sonriente cabeza de la señorita Brinck:

— ¡Bueno, pequeñas! ¿Cómo están todas?

— De maravilla —le contestaron a coro.

— ¡Perfecto! —exclamó alegremente—. Pensad en la estupenda fiesta que vamos a tener, y que mañana iremos esquiando a la Gran Granja del Este.

— ¡Sensacional! —dijo Navio—. ¿Sabe usted esquiar, señorita Brinck?

— Bueno, me las arreglo un poco —contestó ésta sonriendo, y volvió a cerrar la puerta.

— ¡Qué plancha, Navio! —exclamó Puck—. ¿No sabías que la señorita Brinck ha ganado una serie de premios, tanto por las carreras de fondo como por los saltos?

— No tenía la menor idea.

— Tendrías que ver todas las copas de plata que tiene en su habitación. Nos ganará sin pestañear.

Navio se dejó caer sobre la cama en su posición favorita y dijo:

— ¡Amigas, nos divertiremos de locura en la Granja del Este! Nosotras, las damas de honor, quizás iremos esquiando a la iglesia. ¿Os habéis dado cuenta de cómo está nevando?

— Sí, serán unas Navidades ideales —respondió Karen—. Como las que sólo suelen verse en las postales.

Puck consultó su reloj y dijo:

— Vamos, es hora de movemos. Dentro de media hora sonará la campana para la cena de fiesta; ya es hora de ponernos de gala.

Y las tres muchachitas estuvieron muy atareadas.

Como cada año, el comedor había sido decorado con gusto, y en el centro de la sala se erguía un magnífico árbol que casi tocaba el techo. Los montones de paquetes que se ocultaban bajo el árbol se repartirían después de la ceremonia. Y el consumo de limonadas y

leche era ilimitado. ¡El noventa por ciento de los alumnos escogería, naturalmente, las limonadas!

Después que el director Frank y el presidente del consejo de alumnos hubieron pronunciado los obligados discursos, se cantaron himnos de Navidad. Luego llegó el momento culminante: el del reparto de regalos.

Claro que los alumnos no se regalaban objetos costosos, pero no por eso era menor la alegría. Por todas partes se oían exclamaciones:

— ¡Nunca había visto nada tan bonito!

— ¡Es justamente lo que soñaba!

— ¡Te doy mil gracias..., no; millones de gracias!

Navio manipulaba un gran paquete. Cuando lo abrió miró un momento el contenido sin decir palabra. ¡Un maravilloso traje azul cielo! Tomó la tarjeta y leyó:

¡Te deseo una feliz Navidad!

Annelise

Navio sacó prudentemente el traje de la caja para desplegarlo y admirarlo. Después dio un grito de entusiasmo que resonó por toda la sala.

— ¡Nunca he visto cosa tan «chic»! ¡Es maravilloso! ¡Y pensar que yo también llevaré ahora el traje azul pálido elegido para las damas de honor!

Se volvió y abrazó tan estrechamente a Annelise que ésta casi perdió el aliento.

Varias chiquillas corrieron para admirar el traje. Puck se unió a ellas, pues se alegraba mucho por Navio. De las cuatro damas de honor, Navio era la única que no tenía ningún traje adecuado para la ceremonia, y realmente Annelise era encantadora por haber resuelto tan gentilmente el problema.

Cavador se acercó suavemente y tocó la espalda de Puck.

— Oye, Puck, ¿sabes que tengo un paquete de petardos a punto? Puck le dio un amistoso empujón.

— Sí, un pajarito me ha dicho algo sobre esto, especie de bandido, pero te ruego seriamente que renuncies a tu proyecto.

— Pero es que «El Buitre» es odioso.

Puck aprobó.

— Sin duda alguna. No es de las que inspiran amor a primera

vista. Pero quizás esto resulte peor para ella que para nosotros.

— Pero, ¿qué dices?

— Mírala, Alboroto. Ahí la tienes; sola, con aire malhumorado y rígida, mientras los otros profesores se divierten juntos. ¡Quizá no tiene la culpa de ser como es, y si es así hay que compadecerla!

— ¡No dices más que tonterías! — atajó Alboroto —. Creo sinceramente que un pequeño tratamiento de choque le sentaría la mar de bien. Con franqueza, ¿quieres que lo haga?

— ¡No, en absoluto!

— ¿Ni siquiera por Navidad?

— No; precisamente por ser Navidad no debes hacerlo. El mejor regalo que puedes hacerme es mantenerte lejos de la señorita Kragh y tus sórdidos inventos.

— Bueno —suspiró Alborotador—. Me decepcionas, preciosa, pero sin duda el responsable es el ambiente navideño.

Y Alboroto desapareció: sin duda iba a compartir su desilusión con Cavador.

Al día siguiente, la mayoría de alumnos dejaron el pensionado de Egeborg para pasar las Navidades con sus familias. Sólo quedaron en la escuela una veintena de chicos y chicas.

El «Pléyade» en pleno se despidió de Inger, que se iba a casa de sus padres. Le desearon felices navidades y buenas vacaciones, y le gritaron: «¡Hasta la vista!», mientras el coche se deslizaba lentamente sobre la carretera nevada que pasaba delante de los invernaderos.

Media hora después, las cuatro damas de honor se despidieron también de Lilian y de Merete. Por suerte, no tardarían en reunirse en casa del veterinario Moeller.

Puck y sus amigas se estaban poniendo los esquíes cuando se les reunió la señorita Brinck. Les dirigió una amplia sonrisa.

— ¿Qué? ¿Estáis listas? —preguntó, dejando sus esquíes sobre la nieve.

— ¡Ay, ay! — musitó Navio —. Nos dejará atrás a todas.

Pero Navio en esto estaba equivocada. Durante todo el paseo de Egeborg a la Granja del Este, la señorita Brinck no intentó ni una sola vez demostrar su superioridad. Siguió a la misma velocidad de las chiquillas y charló alegremente con ellas durante todo el trayecto. Incluso Navio, que se había mostrado un tanto escéptica,

tuvo que reconocer que la señorita Brinck era la más formidable de las profesoras.

* * *

Benedikte Holm, que por lo general era tan serena y dueña de sí misma, estaba terriblemente nerviosa. Al día siguiente tenía que celebrarse su boda en la iglesia de Oesterby. Además, se preocupaba por los detalles y temía no poder terminar sus preparativos a tiempo.

Sin embargo, nada faltaba. La señorita Holm lo había verificado varias veces. Se había probado su maravilloso traje de novia, el vaporoso velo y los zapatos blancos escotados. Su tía, la señora Holm, que había asistido a las pruebas, se declaraba satisfecha. Y su opinión era valiosa, ya que desde hacía muchos años era la primera dama de Oesterby y de toda la región.

La única cosa que la novia no se había probado todavía era la preciosa diadema. Un detective privado, contratado especialmente por el doctor Holst, la tenía que traer de Copenhague. El detective tenía que recoger la joya de la caja del banco, llevarla a la Granja del Este y devolverla a Copenhague inmediatamente después de la boda. Después, la joya permanecería probablemente bastante tiempo en el banco, ya que la tradición exigía que sólo se usara para bautizos y bodas.

Navio oía estos detalles casi sin aliento, y dijo a Karen:

— ¡Nunca he oído nada tan formidablemente fascinante! ¡Pensar que veremos a un detective de carne y hueso traer la joya! ¡Me pregunto si llevará un revólver en el bolsillo!

Karen se rió y sacudió la cabeza.

— No, mira; los detectives privados sólo en las novelas se pasean con pistolas cargadas. En realidad, no las necesitan. Sobre todo, en un país tan tranquilo como Dinamarca.



— ¡Lástima! —dijo desilusionada Navio—. Siempre creí que un policía de éstos se paseaba con el dedo sobre el gatillo y con aspecto de matón.

— ¿Te gustan las emociones fuertes? —preguntó Karen riendo.

— ¡Oh, no, no exactamente...! Pero una lee a menudo que joyas como ésta desaparecen. Y siempre es en el transcurso de una fiesta estupenda, en la que hay centenares de personas presentes. La luz se apaga de repente. Se oye chillar a una mujer. Todo el mundo habla y grita. Y cuando vuelve la luz, la duquesa exclama: «¡Mi joya! ¡Mi maravillosa joya ha desaparecido!»

Karen se rió.

— Basta, Navio. Si sigues así, nos pondremos todas nerviosas. Y Benedikte ya lo está bastante.

— ¿Cuándo llegará el doctor Holst?

— Esta noche.

— Me pregunto si él estará nervioso también.

— No, no creo que sea de esos. De todas formas, permaneció muy sereno el día en que te pusiste a casamentera.

Aquel tema no le gustaba a Navio, por lo que se apresuró a preguntar:

— ¿Dónde están Puck y Annelise?

— Con Benedikte. Me imagino que habrán puesto a la novia aún más nerviosa de lo que estaba.

— A fuerza de charlar, Annelise haría perder la cabeza a cualquiera.

Karen dio una mirada a su alrededor y preguntó en voz baja:

— Oye, ¿te has fijado en lo contentos que están el señor Winther

y la señorita Brinck al volver a encontrarse?

— No...

— Pues salta a la vista.

— Pero no tiene nada de particular. Sin duda hablan de deportes de invierno. El padre de Puck también es un gran esquiador. Hace unos años, ganó una infinidad de premios.

— El doctor Holst y Benedikte empezaron discutiendo de literatura.

— ¿Cómo?

Navio estaba boquiabierta.

— Sí, empezaron por la literatura y han terminado casándose. Es posible empezar hablando de deportes de invierno y llegar a casarse.

— ¡No! ¡Exageras! — exclamó Navio —. ¡Al padre de Puck nunca se le ocurriría volver a casarse!

— ¿Por qué no?

— No, no... En realidad, no lo sé. Pero realmente es increíble...

Karen se llevó a Navio cerca de una ventana:

— ¡Sólo tienes que mirar! Ahí tienes que el señor Winther y la señorita Brinck van a dar un paseo con esquíes antes del almuerzo.

Navio dirigió una mirada intrigada al patio, donde la señorita Brinck y el padre de Puck se calzaban los esquíes. Charlaban alegremente. Después se deslizaron por el patio y desaparecieron por el portón.

— ¡Vaya! —dijo Navio.

A última hora de la tarde llegó en coche el detective de Copenhague. Las chiquillas, como es natural, ardían en deseos de ver el aspecto de un personaje tan importante.

Pero su decepción fue grande cuando vieron llegar a un hombre ágil y de aspecto corriente. Sus gestos eran rápidos y ágiles pero, con gran sentimiento de Navio, parecía estar muy lejos de llevar un revólver en el bolsillo.

El señor Holm se lo llevó a su despacho y el detective encerró en su presencia la preciada diadema en la caja de caudales.

Annelise les preguntó con impaciencia, cuando pasaron ante ellas:

— ¿No nos pueden enseñar la diadema?

— No —replicó secamente el policía—. No puedo ir contra las

instrucciones recibidas.

— ¡Bueno! — dijo Annelise, sonriendo y mirándole suplicante a través de sus largas pestañas—. Una joya no se estropea por echarle sólo una mirada...

Pero el detective fue intransigente y desapareció en el despacho con el señor Holm.

— ¡Qué vanidoso! — comentó Navio.

Karen y Annelise le dieron la razón, pero Puck dijo con sensatez:

— Si este hombre tiene instrucciones formales, debe seguirlas. Y, además, ya veremos la diadema mañana, durante la boda. Bien podemos aguantar nuestra curiosidad hasta entonces.

— ¡Me cuesta hacerlo! — replicó Navio.

Poco después, las muchachitas habían olvidado su decepción, y Karen propuso un paseíto con esquíes para pasar el rato. Puck no quería acompañarlas; apenas si había visto a su padre durante aquel día.

Karen, Navio y Annelise bajaron parlotteando y riendo al patio, y Puck entró en el salón. Su padre estaba instalado en un buen sillón, y absorto en la lectura. Cuando llegó su hija dejó el libro y le sonrió afectuosamente.

— Bueno, cariño mío, ¿quieres hablar un rato conmigo?

— Sí. ¡Soy tan feliz cuando podemos hablar a solas los dos! ¿Dónde están los demás, papá?

— Supongo que las mujeres están con la novia. Deben de tener un montón de cosas por arreglar. Y el señor Holm está haciendo su ronda; no se ha atrevido a salir antes de que la joya estuviera bajo llave.

El señor Winther se rio y añadió:

— Quizá el policía aún esté en el despacho y velando para que nadie se acerque a la caja de caudales.

Puck se instaló frente a su padre y pasaron un buen rato hablando de todo y de nada, cuando, de repente, el señor Winther declaró:

— Bente, me hablaste de la señorita Kragh que te castigó, y me dijiste que la señorita Brinck había sido muy gentil contigo...

— Sí, papá... No hay nadie tan simpática como ella. ¡Todos la queremos muchísimo, tanto las chicas como los chicos!

El señor Winther aprobó:

— Lo comprendo, Bente. Es una persona encantadora. Y, claro, para mí es agradable que sea buena contigo. Pero, compréndelo; ella no podía intervenir cuando tú estabas en el pasillo.

— ¡Vaya! ¿Habéis hablado de eso? —preguntó extrañada Puck.

— Sí, me habló del incidente. No encuentro que sea cosa muy grave el mandarte al pasillo, pero podías haber estado quieta durante la lección. Pero siempre me molesta que un profesor no sea justo. ¡Debo decir que Cavador se ha portado como un perfecto caballero contigo!

— Cavador es siempre así, papá. Es cierto que siempre tiene la cabeza llena de jugarretas y bromas, pero cuando es preciso es un camarada formidable...

□ Sí, ya me he dado cuenta — dijo el señor Winther—. El señor Holm me ha contado el dramático episodio del lago. ¡Y no lo mencionaste en tus cartas!



Puck pareció sentirse un poco culpable.

— No, ya lo sé, papá... Comprende que no quería inquietarte...

— Arriesgaste tu vida, Bente.

— Sí, es verdad. Pero todo ocurrió tan aprisa... Algo había que hacer para salvar a Dorthé, que se encontraba en un peligro mortal.

□ Claro, tuvo que hacerse, mi niña —dijo el señor Winther acariciándole la mejilla—. ¡Pero, de ahora en adelante, sé prudente! Detesto hacer sermones, no soy lo bastante viejo para no acordarme de lo pesadas que me parecían las personas mayores cuando me sermoneaban, siendo yo un chiquillo. Sin embargo...

— Te comprendo muy bien — dijo Puck con una leve sonrisa—. Seré razonable, te lo prometo, pero lo que se arriesgaba era mucho. Y todo terminó bien, de todas formas. Nada me ha ocurrido.

— ¡Gracias a Dios! ¡Piensa que eres lo único que tengo en el mundo! — exclamó el señor Winther.

— ¡Sí, y tú eres todo lo que tengo, papá! — exclamó Puck, saltándole impulsivamente al cuello.

Y se abrazaron con tanta fuerza que se quedaron sin aliento.



Las chiquillas se acostaron muy cansadas aquella noche. El día había sido pródigo en acontecimientos. No sólo cansan los paseos en esquí y los esfuerzos físicos. La sobreexcitación produce el mismo efecto.

Las cuatro damas de honor estaban instaladas en la habitación más grande de los forasteros, y naturalmente estaban encantadas por estar juntas. La señorita Brinck, el señor Winther y el policía ocupaban otras habitaciones de la casa. El detective, a quien el señor Holm había entregado la llave de la caja de caudales, no necesitaba pasar la noche en el despacho.

Aunque estaban muertas de sueño, las muchachitas tardaron en dormirse. Charlaban sin descanso. Hay que decir que los temas de conversación no faltaban. Annelise no paraba de hablar del ajuar; estaba ya decidida a vestirse de blanco cuando le tocara casarse. También quería lucir una diadema, pero jamás se resignaría a tenerla encerrada años y años en la caja de caudales de un banco.

Navio la enbromó, riendo.

— ¡No! Y supongo que la llevarías incluso cuando pelaras patatas o pasaras el aspirador por el salón!

— ¡Imposible! — dijo Karen.

— ¿Por qué?

— Porque Annelise no aprenderá nunca a pelar patatas y pasar el aspirador —contestó riendo Karen—. Cuando se case, no podrá vivir sin una cocinera y varias camareras.

— ¡Cállate, mala! — dijo Annelise —. Ya he intentado pelar patatas.

— ¿De veras? ¿Y qué han opinado las patatas?

Annelise se rió.

— Reconozco que quedaron muy chiquitinas... pero a fuerza de intentarlo supongo que sabré hacerlo.

Las cuatro chiquillas charlaron un rato más en la oscuridad, pero poco a poco los intervalos de silencio se hicieron más largos y los bostezos más frecuentes. Finalmente se durmieron como troncos, recuperando sus fuerzas para el día siguiente.

Cuando Puck se despertó, se quedó un momento mirando ante sí. Sin embargo, no había mucho que ver. Únicamente la ventana se dibujaba como un rectángulo gris en la noche. Pero ¿qué había ocurrido? ¿Por qué se había despertado de repente? Se lo preguntó un momento.

Habitualmente dormía tranquila toda la noche. Si se despertaba, era que algo extraordinario sucedía.

Consultó las agujas fosforescentes de su reloj. Eran casi las diez y media. Saltó de la cama silenciosamente y se acercó de puntillas a la ventana.

Nevaba de nuevo. El gran patio se extendía ante ella, blanco y desierto. Los esquíes y los bastones plantados sobre la nieve recordaban los pinchos de un erizo.

Puck permaneció un momento perpleja. Sus tres amigas dormían apaciblemente. ¡Bueno! Tenía que probar a hacer lo mismo. ¡Sin embargo, era muy extraño que se hubiera despertado tan bruscamente!

Estaba a punto de volver a meterse en su cálida cama cuando de repente se detuvo y prestó atención. ¿No sería un peldaño de la escalera que crujía? Sí, de nuevo oía el mismo ruido.

Pero, ¿quién podía pasearse por la casa a aquellas horas? De repente, una idea la sobresaltó: La diadema. ¿Sería algún ladrón que intentaba aprovecharse del apacible sueño del detective?

Puck atravesó la habitación sin hacer ruido y abrió la puerta del corredor. Éste estaba desierto e iluminado solamente por la débil luz que venía de las ventanas laterales. Puck vaciló un momento; después tomó rápidamente una decisión. Quizá todo aquello fuera sólo fruto de su imaginación, por lo que era mejor no dar la alarma. Se puso rápidamente las zapatillas y salió al pasillo. En aquel momento no se oía ningún ruido en la casona. Puck creyó oír latir

su propio corazón en el silencio reinante.

De todas formas, ¿debía despertar a los mayores? No; se armaría un alboroto para nada, sobre todo si no existía el supuesto ladrón. Silenciosa como una gata, Puck siguió por el largo pasillo y bajó la escalera. Al pasar delante de la ventana del patio echó por casualidad una mirada al patio y se estremeció. Una silueta negra se destacó unos segundos contra la nieve blanca y después desapareció en las sombras del portón. No cabía la menor duda: alguien salía de la finca.

Una corriente de aire helado atravesó el vestíbulo y Puck se dio cuenta de que la puerta de la entrada estaba entreabierta. Corrió rápidamente hacia el despacho del señor Holm y abrió la luz.

A primera vista no vio nada sospechoso, pero de repente abrió mucho los ojos: ¡la puerta de la caja de caudales estaba abierta y la llave puesta en la cerradura!

Puck dio un salto, abrió la puerta jadeando de miedo. ¡El estuche había desaparecido!

Se quedó unos segundos como paralizada; después se recobró. Volvió rauda al vestíbulo, subió las escaleras de cuatro en cuatro y entró en la habitación de sus amigas. En un santiamén había tomado una decisión. El ladrón no llevaba esquíes y, actuando rápidamente, podrían detenerlo.

Sacudió a Annelise y Karen. Intentó también, sin mucha esperanza, despertar a Navio. Ésta gruñó un poco y dio media vuelta en la cama.

□¿Qué pasa? —preguntó Karen, frotándose los ojos.

Puck la puso rápidamente al corriente de lo ocurrido y terminó con estas palabras:

— ¡Rápido, poneos los pantalones de esquiar! ¡Aprisa, amigas! Hay que recobrar este estuche antes de que se apodere el pánico de toda la casa.

— Sí, pero ¿no sería mejor...? —empezó Karen.

Puck la interrumpió jadeando:

— Sí; avisemos a la señorita Brinck, que es tan comprensiva, y no despertará a nadie para evitar el pánico.

— De acuerdo.

Las tres chiquillas se colocaron su atuendo de esquiar a toda velocidad. Ya estaban en la puerta cuando Navio abrió un ojo. Se

sentó sobre la cama, se frotó los ojos y preguntó con voz adormilada:

— ¡Qué os pasa! ¿Os habéis vuelto locas?

Pero no recibió respuesta alguna. Puck, Karen y Annelise bajaban ya la escalera. Puesta al corriente, la señorita Brinck se hizo cargo de la situación y las siguió sin titubear. Un minuto después todas estaban en el patio calzándose los esquís.

— ¡Aprisa! ¡Aprisa! —dijo Puck—. No perdamos unos minutos preciosos. ¿Estáis listas?

— ¡Sí!

— Perfecto. *¡En marcha!*

La señorita Brinck les mostró unas huellas recientes sobre la nieve.

Franquearon el portón. Las huellas se desviaban hacia la izquierda, en dirección a Oesterby, pero no había ni un alma en la carretera.

— Naturalmente, ya habrá pasado la curva, por eso no le vemos —dijo Puck.

Karen estaba algo descontenta.

□ Con una noche así, con los copos cayendo a torbellinos, no podremos verle ni a cincuenta metros.

— ¡No te preocupes! Saldremos con bien — contestó Puck.

— ¡Hum! — dijo Karen —. ¿Tú crees que el ladrón nos devolverá la joya de buena gana..., si por casualidad lo encontramos?

— No, claro. Pero esperemos que todo saldrá bien. Estoy casi segura de que el tipo no llegará muy lejos de Oesterby. ¡Sin esquís nadie se atrevería a emprender una caminata larga con un tiempo así!

Karen opinó lo mismo.

— Sí, pero el ladrón avanza aprisa; no tienes más que mirar las huellas; incluso a ratos ha corrido.

En efecto, las huellas demostraban que el fugitivo había caminado a ratos y corrido en otros.

El paseo no debía de ser agradable. El viento que soplaba del Este era débil, pero no por eso la nieve dejaba de cegar; la señorita Brinck y sus amigas tuvieron detenerse varias veces para secarse los ojos.

— ¡Cómo me divierto! — exclamó Annelise —. ¡Y dentro de tres días será Navidad!

A Puck se le hacía cuesta arriba encontrar aquella situación divertida, y aún entendía menos qué relación existía entre su aventura y Navidad, pero los pensamientos de Annelise siempre eran difíciles de comprender.

Cuando llegaron a las primeras casas de Oesterby, la señorita Brinck dijo:

— ¡Ahora hay que ser prudentes! Podemos topamos de improviso con el ladrón y éste debe de desconfiar...

— ¿Por qué? —preguntó Annelise.

Porque no debe de estar acostumbrado a ver practicar el esquí a estas horas de la noche, y si vamos en su misma dirección...

De repente, Karen exclamó:

— ¡Apuesto a que es el ladrón aquél que va por allí!

— ¡Chitón! — contestó Puck.

A pesar de los torbellinos de nieve, pudieron divisar una silueta sombría a poca distancia de ellas. El hombre había girado y se dirigía al hotel de Oesterby.

— ¡Quizá sea algún cliente del hotel! — dijo Annelise, a la que la emoción dejaba casi sin aliento—. O un camarero, o incluso el propio ladrón.

— ¡Cállate! —dijo Puck.

La sombra desapareció en la esquina del hotel.

— Deteneos —murmuró la señorita Brinck—. Tenemos que poner a punto nuestra estrategia.

Ante todo, se trata de acercarnos sin que él se dé cuenta. ¡Venid; pasemos por el jardín!

Poco después penetraban en el jardín del hotel. Al pasar bajo los árboles les cayó nieve a puñados, pero estaban tan excitadas que ni caso hicieron.

Se quedaron un momento inmóviles, escuchando. Del establo venía el ruido de los caballos que pataleaban y de cadenas que crujían.

Aparte de eso, reinaba un gran silencio. El hotel mismo aparecía sombrío y silencioso. Todo el mundo dormía.

Pero, en algún lugar, a una pequeña distancia de la casa, algo se movía. Se oían pasos furtivos sobre la nieve. Alguien carraspeó.

De repente, Puck se acordó de las palabras de su padre; suplicándole que no corriera riesgos inútiles: «Eres lo único que tengo en el mundo». Los dos habían estado de acuerdo en que Puck tenía que andar con cuidado... y ahora se había metido en aquella caza del hombre. ¡Algunas horas, apenas, después de la conversación con su padre! ¿Qué diría al saberlo?

Pero ¿qué otra cosa hubiera podido hacer? Había reflexionado antes de obrar. Además, las acompañaba la señorita Brinck.

— Venid — dijo a sus compañeras.

Bordearon en silencio el seto, y pronto llegaron a la entrada principal del hotel. Entonces oyeron claramente unas voces. Dos hombres hablaban en voz baja. Pero la distancia era aún demasiada para que pudieran entender las palabras.

Puck se inclinó hacia sus amigas y, sin pensarlo más, musitó:

— ¡Esperad aquí! Intentaré acercarme más.

Se deslizó a lo largo del seto sin atreverse casi a respirar. Después se detuvo y prestó oído. Entonces entendió claramente la conversación de los dos hombres. Uno de ellos decía:

— Bueno, todo ha salido como estaba previsto, Joergens. Pero aún no hemos terminado.

— No, pero saldrá bien, desde luego. He pedido que me llamen a las cinco y media, tomaré el primer tren.

— ¡Perfecto! Y ¿nadie se ha dado cuenta de nada?

— ¡Estás loco! Ni la sombra de una sospecha. Me he inscrito en el hotel como viajante de comercio, y que un viajante tome el primer tren no tiene nada de misterioso. ¡Nos veremos en Copenhague en el lugar que ya sabes!

— De acuerdo. Sobre todo, ten cuidado con el paquete, Joergens. Corremos un riesgo enorme. Pero, si todo sale bien, engañaré a toda la pandilla de la Granja del Este.



— ¡Buena suerte, viejo amigo!

— ¡Hasta la vista! ¡A Copenhague!

Los dos hombres se separaron y Puck se escondió como pudo detrás del seto. Uno de los cómplices forzosamente pasaría por el sendero y ella dispondría de un buen medio para observarlo: un agujero en el enramado.

Poco después, una sombra negra se deslizaba en silencio ante ella, y Puck casi dio un grito.

¡Era el detective privado!

* * *

Apenas el detective se hubo alejado que Puck, sin hacer ruido, se reunió con las otras. La señorita Brinck iba a reñirle por su imprudencia, pero ya Puck preguntaba en voz baja:

— ¿Le habéis visto?

— Solamente su sombra — murmuró Karen.

— Así que ¿no le habéis reconocido?

— No...

— ¡Era el detective privado!

— ¡Oh, cielos y tierra! — Annelise estaba tan impresionada que apenas si podía hablar—. ¿También está a la búsqueda del ladrón?

— No. Uno no puede buscarse sí mismo.

— ¿Qué dices?

— Sí; el que ha robado la diadema es el detective. Acaba de entregarla a un cómplice que para en el hotel y que tomará el primer tren para Copenhague mañana por la mañana.

— ¿No bromeas, Puck?

— No. Es tal y como os digo. Ahora se trata de saber qué

debemos hacer.

— ¿Por qué no correr tras él y atraparlo? Somos cuatro y, pinchándole un poco con los bastones...

— Claro que podríamos, pero no es él quien tiene la diadema.

— ¿No podríamos despertar a la gente del hotel?

— También podríamos hacerlo —dijo la señorita Brinck—. Pero se armaría tal alboroto que quizá el hombre que tiene la diadema se las arreglaría para desaparecer. No, lo que hay que hacer es dirigimos en el acto a la policía. De nada nos serviría dirigimos a la gendarmería de Oesterby; este asunto está por encima de sus atribuciones. Hay que ponerse al habla con la policía, de Sundkoebing..., y eso, antes de que salga el tren matinal.

— ¿Pero cómo lo conseguiremos? Estamos a varias horas de Sundkoebing.

— ¡Debemos llamar por teléfono desde donde sea!

— De acuerdo, de acuerdo —exclamó Annelise con entusiasmo—. Podemos llegar a la Gran Granja bastante aprisa, llamar a la puerta, despertar a papá y mamá y después avisar a la policía. Y nos darán un desayuno con muchos pasteles de Navidad y...

— ¡Basta! —suplicó aturdida Puck.

— La idea es perfecta, Annelise —dijo la señorita Brinck—. En marcha inmediatamente.

Ya no hacía falta ser prudente, así que se lanzaron a toda velocidad por la carretera.

Pero al cabo de unos metros, la señorita Brinck se detuvo de repente y dijo:

— Niñas, el tiempo es precioso. Me adelantaré.

Apenas hubo dicho aquellas palabras, desapareció levantando una nube de nieve. Las tres amigas se miraron un momento asombradas, después Puck dijo:

— Ahora comprendo que haya ganado varios premios en las carreras de fondo.

— ¡Vaya velocidad! —comentó Annelise.

— ¡No la alcanzaremos nunca!

— No se trata de eso, Annelise. Lo principal es que se dé aviso a la policía cuanto antes.

Karen se rió un poco.

— La señorita Brinck va a tal velocidad que el café estará a

punto para cuando lleguemos a la Gran Granja.

Cuando franquearon el portón, las chiquillas vieron varias ventanas iluminadas. La señorita Brinck no parecía haber perdido el tiempo.

Apenas entraron, el señor Dreyer apareció vestido con su bata escocesa. Se rió alegremente.

— Pero ¿qué os pasa chiquillas? ¿Es que no puede uno dormir tranquilo ni una noche como es debido?

La señora Dreyer apareció detrás de él y exclamó:

— ¡Annelise! ¡Pobre pequeña mía! ¿Qué significa todo esto? ¿Tienes frío, tesoro mío?

Annelise se echó a reír.

— Sí, mamá, tiemblo como un perrito, pero no hay tiempo para pensar en ello. ¿Podemos tomar un buen desayuno?

— Claro que sí. Comeréis lo que os apetezca, querida. Pero entrad aprisa... Vamos... Dentro hace más calor.

Annelise se dirigió a su madre mientras se quitaba los esquíes:

— ¡Oye, no he dicho que estuviéramos a punto de morimos de frío!

Cuando entraron en el salón grande, la señorita Brinck fue hacia ellas con una gran sonrisa.

— He hablado con la policía de Sundkoebing. Ya está en camino un coche que pasará por aquí. ¡Tenemos tiempo de sobra antes de que salga el tren matinal, así que descansad tranquilamente!

— ¿Podemos acompañar a la policía a Oesterby? □preguntó Puck.

La señorita Brinck sonrió comprensiva.

— Sí, la policía ha prometido llevamos. Me figuro que os gustará asistir al último acto del drama.

Llena de admiración, Annelise exclamó:

— ¡Es usted una estupenda esquiadora, señorita!

— ¡Creo que les ganaría a Puck y Cavador en una carrera de fondo, y son los dos ases del pensionado de Egeborg!

— No puede hacerse esta comparación, Annelise; aguarda a que Bente y Hugo tengan mi edad... sin duda batiran los mejores «records».

El señor Dreyer se frotó las manos y dijo alegremente:

— Ahora vamos a tomar una taza de café extra fuerte. ¡No

solemos levantarnos a estas horas de la noche, salvo si hay tormenta!

La señora Dreyer suspiró.

— ¡En cuanto a tormenta, Annelise es verdaderamente peor que diez tormenta reunidas!

— ¿Tú crees? —preguntó riendo su marido—. Por lo general, no quieres admitirlo.

Apenas terminaban el café cuando llegó la policía. Había dos hombres en un coche grande, y uno de ellos dijo sonriendo a Puck:

— ¡Vaya, usted otra vez! En cuanto usted anda por aquí, no estamos tranquilos ni de día ni de noche.

La señora Dreyer parecía preocupada.



— No me gusta todo esto, Annelise. Quizá sería mejor que pasaras la noche aquí.

— ¡Vamos, vamos, no digas tonterías, querida mujercita ! — dijo el señor Dreyer —. Deja que Annelise participe hasta el final en la aventura. Nada puede ocurrirle acompañada por la policía.

— Sí —dijo uno de ellos—. Puede estar completamente tranquila, señora.

Un momento después el coche arrancaba.



La señorita Brinck y las tres muchachitas cabían de sobra en el

coche, pero les costó lo suyo encajar los esquís y los bastones. Lo consiguieron abriendo las ventanillas, de forma que los esquís salieran por los lados, y así, todos instalados, se dirigieron a Oesterby.

En la carretera la nieve formaba una espesa capa, pero el potente coche, rodaba bien, incluso sin cadenas.

Sus ocupantes estaban sumamente excitados, y las chiquillas deseaban asistir al «asalto» del hotel. La señorita Brinck, que las escuchaba, terminó diciendo:

— No, mis jóvenes amigas, no asistiréis a ningún «asalto»; por lo demás, yo tampoco. Ya hemos cumplido con nuestro deber, y ha llegado el momento de dejar actuar a la policía.

— Sí, pero... —empezó Annelise.

La señorita Brinck le cortó la palabra con firmeza:

— No, niña. No más discusiones. ¿No has prometido a tu madre que serías prudente?

— ¡Bah! — musitó Annelise, despreocupada —. ¡Prometo tantas cosas...!

— Sí, pero hay que tener palabra — dijo la señorita Brinck —. En cuanto lleguemos a Oesterby, nos pondremos tranquilamente los esquís y regresaremos lo antes posible. Recordad que mañana nos espera un día muy movido mejor dicho, hoy. Y vosotras, por ser damas de honor, estaréis más atareadas que yo.

Annelise suspiró desalentada:

— ¡Nunca puede una divertirse!

La señorita Brinck le dio una palmadita en la mejilla.

— Pero ¿qué dices, Annelise? ¿No ha sido una noche divertida?

El coche se acercaba al hotel de Oesterby y uno de los policías dijo amablemente, pero con firmeza:

— Ahora, mi colega y yo arreglaremos este asunto.

— ¿Podemos ver cómo lo hacen? —preguntó Annelise.

El policía sonrió.

— Por mí no hay inconveniente, señorita. Pero, sobre todo, no se metan en nada. No olviden que, a partir de ahora, es trabajo de la policía.

— Entendidos — dijo contrariada Annelise —. No estorbaremos el trabajo de la policía.

— Gracias, señorita.

Los dos policías bajaron del coche y hablaron un momento en voz baja. Después uno de ellos se acercó a la entrada principal mientras el otro se situaba frente a la puerta de la cocina.

— ¡Bueno, chicas! — dijo alegremente la señorita Brinck—. Ha llegado el momento de apearnos del coche y calzarnos los esquís.

Un momento después, todas estaban con los esquís puestos y los bastones en la mano. Entonces, la señorita Brinck, fingiendo severidad, dijo:

— Ha llegado el momento en que tendría que mandaros a la cama inmediatamente, pero como estamos al principio de las vacaciones, os dejaré quedar un rato, como cosa excepcional.

Puck no pudo evitar la risa. Annelise contestó algo malhumorada:

— Sí, estamos de vacaciones, y simplemente queremos ver lo que ocurrirá.

— Pues ya os dejo, aunque saldrá perjudicado vuestro sueño.

— ¡A paseo el sueño! —dijo Annelise—. Ya dormiremos otra vez, cuando tengamos tiempo.

El policía situado en la puerta principal llamó con tanta insistencia que acabó por aparecer una cara medio dormida. Probablemente era el camarero, porque el hotel no era de categoría como para tener conserje. Hubo unos minutos de tensión.

Karen bordeó lentamente el muro de la casa. Tenía ganas de saber qué ocurría al otro lado. De repente oyó como se rompía un cristal.

Karen se quedó un momento indecisa, luego exclamó:

— ¡Dése prisa, señorita! ¡Ha saltado por la ventana! ¡Se escapa! ¡Se escapa!

Inmediatamente la señorita Brinck, Annelise y Puck se movieron. Corrieron hacia Karen, que agitaba el brazo:

— ¡Mire! ¡Mire! ¡Se escapa por allí!

La puerta de la cocina se abrió y los policías salieron en tromba. Cambiaron unas breves palabras y echaron a correr tras el fugitivo, que les llevaba ya una buena delantera.

La señorita Brinck dijo angustiada:

— ¡Se escapará! ¡No podrán atraparlo! ¡Seguidme!

Las chiquillas no se hicieron de rogar.

Con un grito de alegría se deslizaron siguiendo a la señorita

Brinck, que se lanzó como una flecha. El fugitivo atravesó la plazuela y se metió en un campo que bajaba hacia el ferrocarril.

Los dos policías también le perseguían pero, como iban a pie, les costaba correr sobre la espesa capa de nieve.

— ¡Esto es super, super, superformidablemente divertido!— dijo Annelise—. ¿Llevará la diadema en el bolsillo?

— Es muy probable — contestó jadeando Puck, tanto era el esfuerzo de la carrera.

La señorita Brinck, que se había adelantado a las chicas, no tardó en acercarse al hombre. Éste se detuvo de repente y se dispuso a afrontar a la primera atacante, pero ésta parecía estar preparada. Cuando quiso darle un puñetazo ella lo esquivó hábilmente con un bastonazo.

En aquel momento llegaron las muchachitas y el ladrón se vio acorralado. Los bastones le apuntaban por todas partes, pero luchaba encorajinado, y Puck encajó un golpe que la tiró al suelo. El ladrón quiso darle un puntapié, pero la señorita Brinck, en el mismo momento, puso una zancadilla y el bandido cayó berreando sobre la nieve.

— ¡Bravo! — gritó entusiasmada Annelise —. ¡Se ha llevado su merecido!

El hombre quiso levantarse, pero los policías llegaron en aquel momento, y su fuga era imposible. Después de resistirse como una fiera, tuvo que ceder. Mientras las esposas se cerraban sobre sus muñecas, gruñó entre dientes.

Uno de los policías dijo jadeando:

— ¡Finalmente lo conseguimos! ¡De todo corazón, gracias, señoritas, por la ayuda que nos han prestado!

— De nada, de nada — contestó la señorita Brinck en nombre de todas las «señoritas»—. Tenemos ganas de saber si el hombre lleva consigo la diadema.

— Pronto lo sabremos — dijo el policía.

En efecto, el estuche estaba en el bolsillo interior de su chaqueta. El ladrón intentó de nuevo defenderse, pero naturalmente tuvo que ceder.

El policía entregó el estuche a la señorita Brinck y comentó:

□Tendría que llevarlo a la comisaría, pero como me hago cargo de la situación, se lo confío a usted. Sería una pena privar a la novia

de la diadema. Explicaremos la situación a nuestro jefe. Y ahora nos llevaremos a este bribón. Regresen a la Granja del Este; las seguiremos. Tenemos que ver cómo sigue nuestro detective privado y prepararle una cama en la cárcel de Sundkoebing.

La señorita Brinck escondió el precioso estuche en el interior de su anorak y contestó alegremente:

— ¡Hasta ahora, en la Granja del Este! Confieso que siento curiosidad por saber qué hace en este momento el detective privado.

— También nosotros estamos intrigados —confesó el policía—. Desde luego, nos llevaremos una sorpresa.

Cuando los policías acomodaron al prisionero en el coche, la señorita Brinck se dirigió a las niñas:

— Ahora tenemos que damos prisa. Regresemos a la Granja del Este. La noche ha sido tan pródiga en acontecimientos que seguramente ya estaréis cansadas.

— ¡Oh, no! ¡Nada de eso! — exclamó Annelise.

Y Karen añadió sonriendo:

— De acuerdo. Estas cosas nunca cansan.

Puck no dijo nada. Pensaba en el terrible momento en que el bandido quiso patearla. El peligro hubiera sido extremo a no ser por la intervención rápida y decidida de la señorita Brinck.

Con la profesora a la cabeza emprendieron el camino de regreso.

A su llegada, los policías aún no estaban allí; en cambio toda la casa parecía estar de pie. Todas las ventanas del edificio principal aparecían iluminadas. Quitándose los eskuís, Puck dijo con inquietud a sus amigas:

— ¡Ya veréis cómo a Benedikte le habrán fallado los nervios!

— No...

— ¡Claro que sí! Si no, la casa no estaría iluminada. Casi no me atrevo a penetrar.

En cuanto entraron las agobiaron a preguntas. Todo el mundo parecía agitado. Se enteraron de que Navio, finalmente despierta, había avisado a toda la casa y que nadie comprendía lo ocurrido. El señor Holm se había encontrado con la caja abierta; la preciosa diadema había desaparecido... y el detective Nielsen, en su habitación, estaba medio inconsciente, dormido por los efectos del éter. No cabía duda; un ladrón había entrado en el edificio

principal, se había metido en la habitación de Nielsen, y le había aplicado una mascarilla de éter; el trapo estaba allí aún. El ladrón se había apoderado de la llave de la caja y... La evidencia era tal que saltaba a la vista.

— ¿No sería mejor decir en apariencia? —preguntó la señorita Brinck con una sonrisa —. ¡Lo único que puedo anticiparles es que tengo la diadema en mi bolsillo!

— ¡Ah, Ellen! — exclamó radiante la señorita Holm —. ¡Mil gracias!

— No es cosa mía solamente — respondió vivamente la señorita Brinck —. Si se ha podido recuperar la diadema ha sido gracias a Bente y a sus amigas.

Entretanto llegaron los policías y explicaron todo el asunto. No había por qué preocuparse de Nielsen, que seguía durmiendo en su habitación.

En realidad, este asunto es menos complicado de lo que parece — dijo uno de los policías, mientras su compañero iba a detener Nielsen —. El ladrón aún no ha declarado nada, pero imagino que las cosas habrán sido más o menos así: Nielsen no pudo resistir la tentación de apoderarse de la preciada joya con la ayuda de un cómplice. El amigo se instaló en el hotel de Oesterby como viajante de comercio, para esperar tranquilamente a que Nielsen le trajera la joya. Nielsen bajó al despacho del señor Holm, abrió la caja y tomó el estuche. Luego se apresuró a dirigirse a Oesterby para desembarazarse de la comprometedora joya.

El policía siguió con una leve sonrisa:

— Sí, todo sucedió como tenía previsto Nielsen. Después de entregar la joya a su compinche, regresó rápidamente aquí para preparar la puesta en escena. Apretó un trapo empapado de éter contra su nariz y boca. Y apuesto lo que quieran a que dirá que un bandido entró en su habitación, le robó la llave de la caja y se largó con la diadema.

En aquel momento entró el policía. Llevaba del brazo al detective privado, que parecía algo atontado. El policía dijo con zumba:

— Aquí tenemos a nuestro pobre amigo, a la triste víctima de esta noche. Fue atacado y luego drogado por alguien que entró en su habitación... Y no recuerda nada más.

— ¡Pero nosotros tenemos muy buena memoria! — intervino apresuradamente Puck—. Yo misma oí lo que Nielsen decía al hombre al que entregó la joya delante del hotel. Sé que estos hombres son cómplices y que han cometido el robo de común acuerdo.

— Sí, no vale la pena que lo diga, y resulta perfecto tenerla a usted como testigo en este asunto.

Se volvió hacia su colega:

— Andando, tenemos que cuidar de nuestros nobles caballeros. Señor Holst, ¿tendrá la bondad de acompañarnos para presentar la denuncia? En cuanto al señor detective, me imagino qué no lo echarán mucho de menos aquí.

* * *

Cuando las chiquillas se reunieron en la habitación, Navio les dijo:

— ¡Estoy indignada con vosotras!

— ¡Vaya! —repuso Puck, que ya se desvestía.—¿Y por qué, Navio?

— ¡Porque no me despertasteis y no pude participar en una cosa tan formidablemente fascinante!

Puck se rió.

— Mira, Navio; hicimos lo que pudimos, pero nos fue imposible volverte a la vida. Estabas tan muerta como un arenque salado.

Navio volvió a su cama gruñendo:

— ¡Y ya ves como llevaba razón! Recuerda mis palabras, Karen. No me equivoqué cuando aseguré que pasarían cosas extraordinarias por la diadema. ¡Y yo he sido la única que no ha tomado parte en la aventura! ¡Me siento tan contrariada que literalmente me ahogo!

— ¡No podíamos llevarte en pijama! —dijo Karen bostezando—. ¡Qué sueño tengo! Por fortuna, aún podremos dormir por lo menos tres horas.

— Sí, si Navio deja de gruñir — dijo Annelise, bostezando con más fuerza—. Pero, sea como sea, él es algo fuera de serie.

— ¿Quién? —preguntó Puck, incapaz de seguir los giros del pensamiento de Annelise—. ¿De quién hablas ahora?

— ¡Del señor Holst, naturalmente! No deja de ser extraordinario que no haya dejado que los ladrones se llevaran su merecido. Ha

dicho categóricamente que el robo no es una desgracia tan grande.

Puck aprobó con aire reflexivo:

— Sí, tienes razón, Annelise. A mí también me ha parecido muy curiosa su forma de tomarse este asunto. Quizás era por la alegría de haber recuperado la diadema.

— ¡Pero, dejad ya de hablar de la diadema! — exclamó Karen—. ¿Es que no podéis aguardar unas horas para volver a charlar?

— Yo ya duermo —afirmó Annelise.

— Yo también — dijo Navio —. Y si no duermo ahora me dormiré en la iglesia, lo que no sería correcto en una dama de honor.

Apagaron la luz y la habitación quedó a oscuras.

No habían pasado ni cinco minutos que ya todas dormían profundamente. Navio se agitó un poco en su cama. Soñaba con diademas deslumbrantes que desaparecían montadas sobre esquíes, perseguidas por dos ladrones a los que el señor Holst animaba gritándoles: ¡Bravo!

Puck se despertó al oír el gong del comedor. Indicaba que el desayuno ya estaba servido. Se levantó de un salto y gritó:

— ¡A levantarse, chicas! ¡Hoy es el día de la boda!

— ¿El día de la boda? —murmuró Navio medio dormida—. ¿Quién se casa?

— ¡A levantarse!

Puck, riendo, le quitó el edredón. Navio gimió tristemente.

— ¡Qué frío tengo! ¡Tengo frío!

— Si te levantas entrarás en calor.



— ¡Pensar que puedas ser tan cruel! — Navio suspiró y salió de mala gana de su cama—. Quizá tendré una pulmonía antes de salir

para la iglesia.

— No si te das prisa, Navio.

Al entrar en el comedor encontraron a dos personas en la mesa: el señor Winther y la señorita Brinck. Su conversación debía de ser muy interesante porque se habían olvidado de servirse el café.

Puck dio un beso a su padre y éste le dio una palmadita en la espalda, diciéndole:

— ¡Oye, chiquilla incorregible! ¡Esta noche olvidé completamente reñirte!

Puck adoptó su aire más ingenuo.

— ¿Por qué habías de reñirme, papá?

— Bah, lo sabes perfectamente —dijo el padre con tierna sonrisa—. Ayer me prometiste tener mucho cuidado, y unas horas después te dedicabas a cazar un ladrón. ¿A eso le llamas tú ser prudente?

— Bueno, esto no fue nada peligroso —dijo Puck, sentándose—. Estábamos...

Se calló de repente, algo perpleja; después, prosiguió diciendo con franqueza:

—Sí, hubo un momento de peligro. El hombre que se fugó del hotel me tiró al suelo y quería darme un puntapié en la cabeza, cuando la señorita Brinck acudió en mi socorro. Perdone, señorita Brinck, anoche no le di las gracias como se merecía.

Las mejillas de la señorita Brinck enrojecieron:

— ¡Querida Bente, ni lo pienses! No fue nada...

— ¿Qué pasó? —preguntó muy asombrado el señor Winther—. ¿Acaso le dio un puñetazo al hombre, señorita Brinck?

Ésta se rió.

— No, exactamente. Le puse una vulgar zancadilla, y el efecto fue el mismo o quizá mejor, porque no sé nada de boxeo. No vale la pena hablar de eso.

— No opino igual —dijo gravemente el señor Winther—. Cuando un hombre se encuentra en una situación desesperada no sabe lo que se hace, y hubiera podido herir seriamente a Bente. Se lo agradezco sinceramente, señorita Brinck.

Entonces la joven profesora se ruborizó del todo y bajó los ojos. El rubor le sentaba de maravilla, pensaron las chicas. Karen y Navio se miraron, pensando en su conversación de la víspera: se empezaba hablando de deportes y quizá se terminaba en boda. Puck también

debía hacerse ciertas reflexiones. Más callada que de costumbre, miraba de vez en cuando a su padre y a la señorita Brinck, que habían reanudado su conversación.

La puerta se abrió y entró el señor Holm riendo, acompañado del señor Holst. El novio del día no parecía muy feliz. Incluso tenía un aire algo deprimido. Pero el señor Holm le dio una palmada.

— ¡Tiene que explicar este lío a nuestros invitados, tiene que hacerlo usted mismo!

— Sí... Bueno...

Se instalaron a la mesa y el señor Holst empezó, un tanto de mala gana, su relato:

— A decir verdad, no hay mucho que contar. Se trata de nuestra joya de familia. Salió un artículo en la prensa local anunciando que la diadema sería lucida con ocasión de una boda en la iglesia de Oesterby. Esto me puso un tanto nervioso...

— ¿Nervioso? —preguntó incrédulo el señor Winther.

El señor Holst hizo un signo afirmativo.

— ¡Bueno, no todo el mundo es honrado, y tuve miedo que le pasara algo a la diadema. Así que llamé a una firma de detectives privados para pedir ayuda. Se decidió que un hombre de confianza iría a buscar la joya al banco y la devolvería después de la boda. Pero aquel día me ocurrió algo curioso. ¡Me telefonearon anunciándome que se preparaba un golpe y que alguien quería robarme la joya! El hombre que telefoneó no quiso revelar su identidad y colgó después de decirme lo que quería. Es verdad que no debe otorgarse mucha importancia a las cartas o llamadas telefónicas anónimas, pero a pesar de todo estaba inquieto. Tuve una idea...

— ¡Oh! ¡Es formidablemente fascinante! — suspiró Navio, y miraba con ojos desorbitados al señor Holst.

— Sí — reconoció éste —. Incluso demasiado para mi gusto. Pero, como les decía, tuve una idea. Hace unos años decidimos hacer una imitación de la joya. Por lo tanto, en el banco, cambié la joya auténtica por la falsa.

El señor Winther se echó a reír.

— Así que lo que trajo el incomparable detective aquí era la copia. Y después quiso robarla.

— Eso es. Yo era el único que sabía de la sustitución, y convenía

que la atención de un posible ladrón se dirigiera hacia el detective privado. La joya la traje yo mismo, oculta en el bolsillo interior de mi chaqueta, y yo mismo la devolveré al banco. He aquí mi historia.

— ¡Ahora me explico por qué quería dejar libres a los ladrones!
— dijo el señor Winther, sonriendo.

Claro; no quería dar demasiada importancia a un asunto en el que no hay pérdida alguna. Naturalmente, lo expliqué todo a la policía esta noche, pero ésta prefiere guardar el secreto. Y, en cuanto al ladrón, claro, ignoraba la verdad. La policía buscará también al hombre que me puso sobre aviso.

— Me pregunto quién podrá ser — dijo el señor Holm.

El señor Holst se encogió de hombros.

— Imposible saberlo. Quizá la policía conseguirá aclarar el problema.

El señor Holm se dirigió a Puck:

— Mira, señorita detective; quizás es un problema que podrías resolver.

— ¿Yo? —dijo un tanto intimidada Puck—. Sólo podría adivinar...

— ¡Sí! Pero adivinar, ¿qué?

— Bueno, cuando supe que al señor Holst le habían llamado por teléfono, después de dirigirse a un detective particular, se me ocurrió una idea. Cuando Nielsen preparó el golpe con su compinche, quizás una tercera persona pudo oír su conversación; quizá algún colega que no simpatizaba con Nielsen. Y esa tercera persona fue la que llamó. Sólo intento adivinar. Puede haber otras muchas hipótesis. La policía lo descubrirá.

Puck se rió y siguió:

— Una sola cosa me ha extrañado esta noche: ¿Será que los detectives privados únicamente son brillantes en las novelas policíacas?

— Hay de todo, como en todas las profesiones. ¿Por qué esta pregunta?

— Porque encontré estúpida la puesta en escena de Nielsen.

— ¡Toma! ¡Pues fue bastante listo! Si no te hubieras despertado por casualidad, todo se habría desarrollado según sus cálculos.

— Sí, es posible. Pero no consigo comprender cómo no ha pensado en las huellas de nuestros esquíes.



¿Las huellas de vuestros esquíes?

□ Sí; al rehacer el camino del hotel de Oesterby a la Granja, tenía que haber visto nuestras huellas, que la nieve aún no había borrado... y haberse dado cuenta de que le seguían.

□ ¡Muy bien, Bente! — exclamó riendo el señor Holm —. Eres un detective de primera. Cuando despidan a Nielsen, deberías ocupar su puesto. ¡Su patrón a buen seguro ganaría con el cambio!

□ Prefiero el pensionado de Egeborg —replicó riendo Puck.



La iglesia de Oesterby era muy antigua. Su construcción databa probablemente de la época del obispo Absalón, porque su estilo era románico. Durante el transcurso de los siglos, muchas personas ajenas a la parroquia habían elegido aquella magnífica iglesia para su boda, especialmente gente de Copenhague, y cada vez la ceremonia constituía un gran acontecimiento para los habitantes de Oesterby. Naturalmente, tanto los viejos como los jóvenes iban a contemplar a la novia. Pero, a fuerza de ver bodas suntuosas, los habitantes de Oesterby se habían acostumbrado. Se necesitaba algo excepcional para que los espectadores dieran exclamaciones de admiración.

Después de las grandes nevadas, las carreteras estaban casi impracticables y, sin embargo, la vieja iglesia se llenó hasta los

topes y numerosos espectadores tuvieron que quedarse al exterior. Para ver la boda de la sobrina del propietario Holm, la gente desafiaba con alegría la nieve y el frío. La mayoría de los lugareños, como asimismo la gente de los alrededores, conocían a la novia. El traje que lucía, con una cola muy larga, era de ensueño; y la diadema de la que tanto habían hablado los periódicos resplandecía sobre su cabello peinado en forma de moño.

Las cuatro damas de honor estaban encantadoras con sus trajes azul pálido y luciendo coronas de flores sobre los cabellos. Los espectadores apenas si miraban el resto del cortejo, y sin embargo en él no faltaban las notabilidades locales y numerosos invitados llegados de la capital, que también eran interesantes. ¡Sí, aquella boda daría que hablar durante una buena temporada!

Al final de la ceremonia, las madres de familia se volvieron apresuradamente a sus fogones. Dentro de dos días era Navidad y había mucho que hacer.

Por la noche, la Granja del Este semejaba una gran colmena. Algunos de los invitados habían venido de muy lejos, la mayoría en coche, pero algunos en trineos tirados por caballos. Las carreteras secundarias, por las que las máquinas quitanieves aún no habían pasado, era intransitables.

Después de la cena se retiraron las sillas y las mesas, y empezó el baile. Naturalmente, los novios tenían que abrir el baile con el tradicional vals, bajo la mirada cariñosa de los invitados situados a lo largo de las paredes. Todos estaban de acuerdo en admirar a la pareja.

A las amigas esto no les extrañaba, y nadie estaba tan alegre como Annelise al ver tanto esplendor, tan bonitos vestidos.

También había zapatos elegantes, joyas resplandecientes y pieles preciosas... Sí; tantas había que Annelise estuvo muy atareada toda la velada, sin dar descanso a su mirada.

Como no faltaban muchachos jóvenes, a las chiquillas no les faltó parejas. No se perdieron ni un solo baile y, finalmente, Navio se desplomó sobre una silla gimiendo :

— ¡Si pudiera bailar sin zapatos! No, es imposible. Me aprietan tanto que no me los podré quitar. ¡Pero todo esto es formidablemente fascinante!

— ¡Sí, es una fiesta estupenda! —dijo Karen que jadeaba entre

dos bailes—. ¿Has visto cuántas veces el señor Winther y la señorita Brinck han bailado juntos? No sabía que la señorita Brinck sabía bailar.

— ¿Y por qué no tendría que saber hacerlo?

— No, realmente, no lo sé. No me imaginaba a una profesora tan elegante, tan linda..., excepto las de danza, claro.

Karen miró a su alrededor y preguntó:

— A propósito, ¿por dónde anda Puck? Hace una hora que no la veo.

— Yo tampoco. Y no es posible que esté dando un paseo con traje de baile a una temperatura de dos bajo cero. Quizás habrá subido a nuestra habitación.

— Voy a ir a verlo —dijo Karen.

— Eso es; sube. Mientras, descansaré mis pobres piernas.

Cuando Karen entró, encontró a Puck cerca de la ventana, mirando al patio bañado por la plateada luz de la luna.

— ¿Qué tienes? —se extrañó Karen—. ¿Qué haces aquí sola, mirando el paisaje? ¿Estás cansada?

Puck sonrió levemente.

— Sí, un poco; he bailado tanto esta noche...

Karen se le acercó y puso su brazo sobre los hombros de Puck.

— Puck, ¿te preocupa algo?

— No... No... Es decir, sí. Estoy molesta porque, desde luego, soy una niña mimada.

— ¿Tú? —Karen casi perdió el aliento—. Esto es la última cosa que se te puede reprochar. ¿Qué tienes, Puck?

Puck tenía la garganta oprimida.

— No es nada... Bueno, casi nada; una tontería. Te burlarás de mí...

— Pero dímelo, Puck —murmuró suavemente Karen.

— Papá no ha bailado conmigo, Karen —murmuró Puck casi llorosa—. Eso debe de parecerte una tontería... Pero es tan extraño... Porque, mira; siempre, cuando hemos ido juntos a algún sitio, papá me ha invitado a bailar el primer baile. Es como una costumbre, desde..., desde la muerte de mamá... Y ahora encuentro extraño que...

Dos lagrimones cayeron sobre las mejillas de Puck, y durante unos segundos Karen no supo qué decir. Aquella situación se salía

de lo corriente. Cuando las cosas andaban mal, siempre era Puck la que consolaba y daba consejos. Y ahora la que los necesitaba era ella.

Karen dijo prudentemente:

— Sí, pero Puck, ¿estabas cerca de tu padre cuando empezó el primer baile? Quizá te buscó en vano.

— Sí, le era fácil: al final del vals de los novios yo estaba junto a él. Estaba segura de que me iba a sacar a bailar. Pero invitó a la señorita Brinck... Y más de una vez.

Puck se secó las lágrimas con el revés de la mano y siguió, algo más tranquila:

— Sobre todo, no vayas a creer que tengo celos de la señorita Brinck, Karen. No es éste el caso. Es muy sencillo; no puedo estar celosa de una persona tan encantadora y comprensiva. Con que papá hubiera bailado el primer baile conmigo, todo hubiera sido perfecto.

Resopló, e intentó sonreír forzosamente. Preguntó:

— ¿Crees que estoy loca, Karen?

Su amiga le oprimió cariñosamente el brazo.

— No, nada de eso, Puck. Te comprendo muy bien. Es natural que te sientas desilusionada... Pero quizá tu padre te ha buscado luego para bailar...

— No, no lo creo —repuso en voz baja Puck—. Papá ha sido un bailarín estupendo, y no es extraño que esté encantado de haber encontrado una buena bailarina. Me parece que papá y la señorita Brinck bailan mejor que todas las demás parejas.

— ¡Sin duda alguna! — dijo Karen —. Bailan como profesionales.

— Me pregunto si papá se habrá acordado de sacar a bailar a la novia. .

— Sí; les he visto bailar juntos.

— Bueno.

Puck siguió mirando un momento el paisaje bajo la luna. Luego preguntó con serenidad:

— Oye, Karen, ¿crees que papá y la señorita Brinck se han enamorado?

La pregunta pilló de improviso a Karen. Se sobresaltó un poco y después contestó algo violenta:

— Sí... Me parece que sí...

Puck hizo un ademán gravemente afirmativo.

— Yo también lo creo... Es decir; estoy convencida. De todas formas, será extraño si papá vuelve a casarse.

— ¿Si vuelve a casarse? — replicó Karen, vacilando —. De todas formas, hay mucha distancia entre bailar juntos y casarse.

La serenidad de Puck era sorprendente cuando contestó :

— No tendría nada de particular, Karen. Papá es joven aún, y siempre está rodeado de mujeres interesantes, agradables. Sería muy natural que algún día volviera a casarse.

— Sí, es cierto — repuso Karen, dándole la razón.

Puck sonrió con el corazón algo más sosegado.

— Si papá vuelve a casarse, espero que lo haga con la señorita Brinck.

Karen se rió y la sacudió un poco.

— De acuerdo, Puck. ¡Tienes muy buen gusto!

— Pero es demasiado triste que todos los profesores simpáticos desaparezcan uno a uno. ¡Si nos dan otro «Buitre», será demasiado!

Las dos amigas se rieron de buena gana. Puck estaba a punto de olvidar sus penas. Sin embargo, repitió, al cabo de un momento:

— Hace un rato era completamente sincera, Karen. Todo hubiera resultado perfecto si solamente papá hubiera bailado una sola vez conmigo.

Unos pasos irregulares sonaron en el pasillo y poco después la puerta se abrió. Entró Navio, agotada de cansancio.

— ¡Estáis aquí! — suspiró dejándose caer sobre su cama—. Y yo, pobre de mí, para veros, tengo que venir hasta aquí arrastrando mis pobres piernas doloridas. ¿Cómo sois tan crueles?

Karen se rió.

— Oye, Navio, ¿has subido únicamente para gemir y quejarte?

— No; vengo a remojar me los pies.

Navio se quitó los molestos zapatos y siguió:

— Además, vengo a buscarte, Puck. Preguntan por ti abajo, en la sala de baile. Te encuentran a faltar como bailarina. Tu padre te busca por todas partes. Quiere bailar contigo a toda costa.

— ¡Hurra! — exclamó Puck radiante de alegría.

Y salió como un vendaval.

Navio se quedó un momento boquiabierta, mirando la puerta

que acababa de cerrarse. Después sacudió la cabeza.

— ¿Estará algo trastornada la pobre Puck? ¿Crees que le ocurre algo raro? ¿Has visto nunca a una chica tan loca de alegría porque su padre quiere bailar con ella?

Abajo, en el salón de baile, el ingeniero Winther y Puck bailaban como un torbellino una samba endiablada, y los ojos de Puck brillaban como estrellas. Todo estaba perfecto, en el mejor de los mundos. Cuando la música paró, Puck se agarró del brazo de su padre.

— ¡Qué bien bailas, papá! ¿Has aprendido a bailar en Chile?

— Siempre he bailado bastante bien — contestó el señor Winther haciendo un esfuerzo cómico para asumir un aire digno —. ¿Acaso crees que tu padre es *tan* viejo?

Puck sonrió con intención burlona.

— No, no lo creo, pero he esperado este baile con un poco de impaciencia. Porque, compréndelo; el otro día leí en mi horóscopo que alguien me pisaría los pies esta semana.

— ¡Mala personita! —dijo el señor Winther riendo—. No debí hablarte de supersticiones. Ven, vamos a bailar otro baile. ¡ Y... cuidado con tus pies!

* * *

Las chiquillas, al día siguiente, despertaron ya mediada la mañana. El sol brillaba y en el patio la nieve parecía estar recubierta por miles de brillantes.

— ¡Oh, qué hermoso es todo! — exclamó Puck —. Tenemos que levantarnos. Un buen paseo con los esquís nos sentará de maravilla.

Navio bostezó.

— ¿Qué hora es?

— Casi mediodía, y hay que comer algo. ¿No tienes hambre, Navio?

□ ¡Sí tengo hambre! Me comería un buey entero, asado..., si me lo sirvieran en la cama, naturalmente.

— Me temo que el señor Holm no esté totalmente de acuerdo — repuso Puck sonriendo—. ¿Siguen doliéndote los pies?

Navio hizo una mueca lamentable.

— Están peor que nunca. Me pregunto muy en serio qué hacer; si afrontar la tortura de bajar a desayunar» o quedarme en la cama

y morirme de hambre.

Pero su indecisión no duró mucho y, poco después, Navio estaba vistiéndose como las otras. Una vez levantada, las piernas ya no le dolían mucho. Se sentó en el borde de la cama y comentó con filosofía:

— Todo el mundo compadece a las chicas a las que no sacan a bailar, pero en realidad esas chicas son más afortunadas que nosotras, porque no se levantan con los pies hinchados y doloridos.

Karen se rió.

— Pues hay miles de estas chicas que quisieran estar en tu lugar, Navio.

— Bueno, si esta noche pasada alguna de esas chicas me hubiera sustituido, no me habría ido mal.

Las otras se rieron.

— Todo esto está muy bien, Navio, pero bajemos ahora, mientras queda aún algo que comer.

Se había dispuesto una gran mesa para el desayuno, pero no había mucha gente. Casi todos los invitados se habían ido. Salvo algunos amigos del señor Holst, llegados de Copenhague, que seguían allí.

Puck miró a su alrededor, pero no vio ni a su padre ni a la señorita Brinck. Probablemente estarían esquiando. Pero Puck no tenía ganas de preguntárselo.

Las muchachas empezaron a servirse. La comida era deliciosa y todas tenían un excelente apetito, aunque Navio hubiera exagerado un tanto al hablar de un buey entero.

Apenas las chiquillas se habían levantado de la mesa cuando entró el señor Dreyer, que iba en busca de Annelise.

— Y bien, Dreyer —preguntó sonriendo el señor Holm—. ¿De veras está empeñado en llevarse a casa a esta chiquilla?

—Bueno, tiene que estar en casa para la víspera de Navidad. ¡Imposible prescindir de ella a la hora de deshacer los paquetes del árbol!

En cuanto Puck, Karen y Navio se despidieron de Annelise, subieron a su habitación para terminar de hacer sus maletas. Esperaban disponer después de un ratito para esquiar antes de la llegada del veterinario Moeller, que debía llevarlas en coche a Sundkoebing. Estaban entretenidas con sus equipajes cuando entró

Benedikte, vestida con un traje sastre de viaje.

Les dirigió una sonrisa radiante.

— Vengo a despedirme, chiquillas. Me voy a Copenhague.

Navio exclamó impulsivamente:

— ¡Cómo la echaremos de menos, señorita!

Ésta se rió y dijo, algo burlona:

— Perdóname, Lise, pero me llamo *señora* Holst!

— ¡Oh, sí, es verdad! Señorita, no; señora.

El señor Holst fue a su vez a despedirse de las muchachas. Al dar la mano a Navio dijo alegremente:

— A ti tengo que estrecharte la mano con más fuerza, pequeña picaresca. Gracias a ti, tuve el valor de pedir la mano de esta encantadora personita que ahora es mi esposa.

— No..., pero... —empezó Navio, muy intimidada.

— Claro que sí —dijo él sonriendo—. Cuando tú y tus amigas tuvisteis aquella conversación bien intencionada al pie de mi ventana, comprendí que tenía que actuar. Os lo agradezco muy sinceramente, y os agradezco también el que siempre estuvierais tan de acuerdo. Me encantó ver vuestros esfuerzos mientras se construía la piscina. Supongo que no nos veremos hasta dentro de seis meses; ya sabéis que mi esposa y yo vamos a dar la vuelta al mundo. Pero sigo siendo presidente del consejo de Egeborg, así que nunca os libraréis completamente de mí.

— Y de mí tampoco —añadió su esposa, riendo—. De una cosa puedes estar seguro, Erling. Y es de que siempre te acompañaré cuando vayas a Egeborg.

Entonces Puck dijo:

— Les deseamos un muy feliz viaje, lleno de dicha. Ya pensamos con alegría en el día en que volveremos a verles.

Con la partida de los recién casados, la Granja del Este pareció muy vacía a nuestras amigas, y agradecieron la idea de irse pronto a celebrar la Navidad en casa de los Moeller. Sentada al borde de su cama, Puck dijo, soñadora:

— ¿No es curioso pensar que, de aquí a un mes o dos, Benedikte y el señor Holst estarán en algún lugar del otro lado del globo terrestre? Tu padre también está lejos, Navio; la madre de Karen está en España, los padres de Lilian están por los alrededores de Melbourne con su circo... Y dentro de unas semanas mi padre volará

hacia Chile. Después, al cabo de algún tiempo, reaparecerá alguno de nuestros padres, pasaremos juntos unos días o unas semanas, y desaparecerán de nuevo....

— Sí, así es la vida — reconoció Navio —. Pero no deja de ser agradable que el lugar de reunión sea la escuela.

Karen aprobó gravemente.

— ¡Claro que es agradable, Navio! Y hay otra cosa también; si bien resulta triste el tener el padre o la madre lejos, parece menos duro por el hecho de que las amigas están en el mismo caso.

— Es verdad —dijo Puck—. Yo siento lo mismo muchas veces, pero se sufre cuando hay que despedirse del padre, sabiendo que no lo volverás a ver hasta dentro de seis meses.

— ¡Bueno, basta de tristezas! —dijo Navio—. ¿Habéis terminado con las maletas, amigas?

—¡Sí!

— Perfecto. Pues nos iremos a dar un paseo.

Diez minutos después se deslizaban sobre sus esquíes a través del hermoso paisaje blanco. Las tres llevaban lentes de sol porque el reflejo de éste sobre la nieve era cegador. Se pasearon una horita por el bosque del Norte, donde la nieve era impoluta.

— ¡Qué bien se está aquí! — exclamó Karen, respirando a fondo —. ¡Pensar que tenemos unos días como éstos antes de Navidad! ¡Es casi demasiado bello para ser verdad!

—¡Hola, chicas! — dijo en aquel momento una voz alegre.

Era Merete, que llegaba del bosque del Oeste en compañía de Lilian. A ellas también se les había ocurrido la feliz idea de dar un paseo esquiando, y se dirigían hacia la escuela. Las chiquillas se saludaron como si llevaran meses sin verse. Los temas de conversación no faltaban. Lilian y Merete querían saber cómo había ido la gran fiesta. Las chicas lo explicaban con todo detalle cuando, de repente, en medio del relato, Navio exclamó con voz de susto:

— ¡Dios mío!

Las otras la miraron extrañadas, y Lilian preguntó:

— ¿Qué te pasa? ¿Te fallan los nervios?

— No, pero he salido para esquiarme..., y ¡ahora me siento incapaz de hacerlo con unos pies tan hinchados y doloridos como los míos!

Puck se echó a reír.

— Ya era hora de que lo recordaras, Navio.

— ¡Sí, y pensar que lo había olvidado totalmente! Pero, ahora que habláis de la fiesta de ayer, lo he recordado. ¡Cómo me duelen! ¡Bailamos tanto...! Pero era formidablemente fascinante.

— Y Annelise, ¿cómo pasó la noche? —preguntó Merete sonriendo.

— ¡Maravillosamente bien! Se enamoró de dos o tres modelos de los más elegantes; tanto es así que me atrevo a augurarle a su padre bastantes dolores de cabeza por unos días.

— ¡El pobre señor Dreyer! — comentó brevemente Merete.



Cuando las chiquillas llegaron a la Granja del Este, Lilian y Merete las dejaron para seguir su camino hacia Egeborg.

Cuando ya se alejaban, Puck les gritó:

— ¡Nos reuniremos el día de Navidad en Sundkoebing! Qué alegría, ¿verdad?

En aquel momento, por la carretera del sur llegaba un coche que Puck reconoció de inmediato. Era el señor Moeller.

El veterinario sacó la cabeza por la ventanilla.

— ¿Qué hay, pequeñas? Está en buen estado la nieve, ¿verdad?

— ¡Buenos días, tío Anders! — Puck radiante le besó en la mejilla—. Es maravilloso que hayas tenido tiempo para venir a buscarnos.



— ¿Tiempo? —gruñó el tío Anders—. ¡Lo que me sobra es tiempo! ¡Todos los animales de la región hacen huelga, los muy holgazanes!

— ¿Huelga? — preguntó Puck sin entenderlo.

El veterinario refunfuñó:

— Sí; figúrate que actualmente no hay ni un solo animal enfermo; ¡ni siquiera un perro acatarrado!

— ¡Oh, pobre tío! Te compadezco de todo corazón.

— Sí, compadéceme, pero desde luego los animales están muy contentos. ¿Podéis apartaros un poco, muchachas, para que mi coche pueda entrar en el patio?

Ellas se apartaron, sonrientes. Luego el coche entró en el portón de la Granja del Este, despidiéndose con un golpe de claxon.

Puck le siguió con la mirada, sonriendo, y dijo:

—Apuesto a que pasaremos la Navidad más maravillosa del mundo en casa de tío Anders y tía Henny Saborearé mi dicha cada minuto hasta la marcha de mi padre a Chile.

— ¡Sí!—dijo con entusiasmo Karen —. ¡Lo que nos vamos a divertir! ¿Tú crees que la señorita Brinck?... Bueno, quiero decir...

Se detuvo algo turbada. Puck rió.

— ¡Ya verás como ella también se da una vuelta por Sundkoebing!

— Yo también lo creo — dijo Navio.

Puck hizo un gracioso guiño y recomendó:

— Pero, sobre todo, ni una palabra más acerca de esto, porque no estamos seguras de nada... Ya sabéis de qué hablo.

— De acuerdo —dijo Navio—. Sabremos callar. Y ahora, aprisa; vamos a reunimos con los demás.



— He venido simplemente a recoger a mis invitados —dijo el señor Moeller—. Saldremos en seguida.

□ Sí, pero Navidad está muy cerca y ya sabe usted que hay una vieja tradición que dice que, en esta época «se expulsa la Navidad de la casa» si se deja ir al visitante sin aceptar un pequeño refrigerio. Por lo menos, tome una taza de té con nosotros, como si fuera de la familia —dijo la señora Holm—. La casa quedará muy vacía cuando todos los invitados se vayan. Así que hacemos lo que podemos para retenerlos un poco más, ¿verdad, Ellen?

Puck tuvo la sensación de que la señorita Brinck se ruborizaba un poco, pero contestó muy gentilmente:

□ Sí, claro. Pero los tres que quedamos pasaremos unas fiestas muy agradables.

□ Y si le apetece, sólo tiene que venir a darse una vuelta por Sundkoebing —dijo el señor Moeller cordialmente—. Serán bien venidos y de antemano puedo prometerles que no se aburrirán. Porque el otro día tuve que ir a ver un ternero joven y...

□ ¿Puedo preguntar qué relación hay entre el joven ternero y las vacaciones de Navidad? — preguntó el señor Winther.

□ ¡Aguarda, aguarda! — repuso el veterinario —. Déjame terminar la frase. Este ternero pertenece a una granjera que vive al este de Sundkoebing, y los que la conocen dicen que es una mujer que dice la buenaventura, una cartomántica de toda confianza.

□ Pero ¡qué dices! — le interrumpió el señor Winther —. ¡Hablas como si estuviéramos en plena Edad Media, y estamos en el siglo veinte!

□ Si sigues interrumpiéndome te perderás una buena historia — dijo el veterinario—. Así, pues, esa viuda tiene fama de buena echadora de cartas y, después de haberle curado el ternero, le pregunté, para bromear, si no querría decirme la buenaventura. No se negó.

El veterinario se detuvo para aceptar un pastel que le ofrecían. Los otros le miraban, impacientes.

□ Y ¿qué le dijo? — preguntó Navio sin aliento.

El señor Moeller se secó los labios. La alegría brillaba en sus ojos.

□ Me predijo la Navidad más romántica de todas las que he vivido. ¿No os parece esperanzador?

□ Y ¿qué más le dijo? — preguntó Navio con un hilo de voz.

□ ¿No te parece que sobra y basta? Yo estaba muy impresionado..., hasta que mi mujer me dijo que la adivinadora había copiado su predicción de los calendarios de los Grandes Almacenes. De todas formas, espero pasar unas Navidades inolvidables. La misa del gallo siempre es tan conmovedora... Y quizá después pasaran cosas... Dio una rápida mirada a Navio—. Cosas formidables, fascinantes... Con unas chiquillas tan encantadoras en casa, Navidad no podrá dejar de ser una hermosa fiesta.

Puck echó una mirada a padre. El señor Winther parecía ensimismado en sus pensamientos. Después, la mirada de Puck buscó a la señorita Brinck.

Ésta también parecía meditar. La señora Holm se levantó para servir más té y su marido dijo:

—Por lo que yo sé, Winther es un enemigo decidido de todo lo que sea superstición, por lo que me figuro que tendrá una violenta reacción sobre el tema de la visita del veterinario a la echadora de cartas.

El señor Winther levantó los ojos.

□ Sí, es verdad que me molesta el que llenen la cabeza de la gente con estas tonterías, pues me temo que existan personas lo bastante ingenuas para sufrir por ello. Pero tu granjera me parece razonable, Anders; no hace falta ser adivinador para decir lo que te dijo.

El veterinario carraspeó.

□ Sí, sí — dijo. Y Puck, que estaba sentada frente a él, fue la única que vio la expresión de cariño burlón que expresaron sus ojos —. Sí, sí, y yo mismo también tengo algo de supersticioso. ¡No me gusta instalarme en una mesa con trece cubiertos!

□ No lo dirás en serio, ¿eh? —interrogó el señor Winther.

□ Sí. Así lo pienso, y puedo explicarte la razón. Tampoco me gusta que se enciendan más de dos cigarrillos con la misma cerilla... pero esto es porque no quiero que nadie se queme los dedos. Ni pasar por debajo de una escalera, ¡por la sencilla razón de que puede caerte un bote de pintura en la cabeza!

□ Sí, pero la superstición no... —empezó el señor Winther.

La señorita Brinck le atajó.

□ Bien podemos ser un poco supersticiosos por pura broma — dijo—. Hay una leyenda que dice que una joven que esté frente a un espejo con una vela encendida, puede ver en él la cara de su futuro esposo.

□ Sí, pero solamente vale para el día de Reyes.

□ ¡En Escocia es el día de Todos los Santos!

□ Pero no se tomarán en serio todas esos tonterías, ¿verdad? — dijo el señor Winther—. ¡Ni que estuviéramos en la Edad Media!

□ De acuerdo, pero la Edad Media tenía sus encantos — observó el veterinario—. No es mi intención defender las supersticiones que asustan a la gente y les hacen ver un duende en cualquier sombra. Pero creo en los duendes... Quiero decir en los duendecillos de los bosques, en las hadas, en el Papá Noel de las postales de Navidad. Y después de un día caluroso no digo: «Mirad como el agua se evapora de la superficie del lago»; digo: «Mirad como danzan los elfos».

□ Sí, pero no crees en los elfos —se apresuró a comentar el señor Winther—. Tú crees que es vapor, ¿no?

□ Naturalmente, pero la expresión que uso me encanta. No se trata de ser tan moderno y tan objetivo que parezca que se tenga el alma cromada. Hay que reservar algo de sitio para la fantasía y el romanticismo.

Se levantó.

□ Le agradezco esta estupenda taza de té, señora. . Y, si no es pedir demasiado, me gustaría echar un vistazo al ganado, con o sin duendes: Ya sabe que soy del oficio.

□ Con mucho gusto —dijo el señor Holm—. Estoy muy orgulloso de mi ganado. ¿Vienes, Winther?

Cuando salían, el señor Winther tomó al veterinario por las solapas de la chaqueta. Fingiendo enfadado inquirió :

□ ¡Me debes una explicación! ¿Por qué no te gusta ser trece a la mesa?

□ Te lo diré de buena gana —contestó el señor Moeller sonriendo—. Un día me invitaron a una mesa; éramos treces comensales... ¡y el asado no llegó para todos! ¡ Ya lo sabes!

La puerta se cerró tras los hombres. Las chiquillas les oyeron reír cuando pasaban por el vestíbulo.

Después, Ellen Brinck se levantó.

□ ¿Quiere que la ayude a sacar la mesa?

□ No, esto lo haremos después —contestó la señora Holm—. Creo que las pequeñas deberían ir a buscar sus equipajes para estar dispuestas para el viaje. ¿Quieres hacer el favor de ayudarlas? Tengo que dar órdenes en la cocina.

Ellen Brinck subió a la habitación con las chiquillas. Puck se sintió muy orgullosa de que la ayudara a bajar *su* maleta. Las otras se quedaron atrás porque, de repente, Navio encontró unas revistas que quería llevarse y tuvo que volver a abrir la maleta.

Cuando llegaron al vestíbulo, la señorita Brinck dejó la maleta en el suelo. Reinaba la penumbra en la gran sala.

Puck preguntó:

— ¿Quiere que encienda la luz?

— Sí... No; mejor encendemos las velas de delante del espejo. ¡La luz de una llama es tan hermosa! Veamos... Debería haber cerillas por aquí. ¿Dónde estarán?

— Voy a buscar la caja que está sobre la chimenea del salón —dijo Puck.

Mientras iba, Ellen Brinck encontró las cerillas. Encendió una gran vela colocada en un candelabro ante el espejo. En aquel momento se abrió la puerta tras ella y entró el señor Winther. La muchacha se miró asombrada al espejo.

— ¡Vaya! —dijo el señor Winther.

Desde el salón, Puck oyó la voz de su padre y se quedó rígida.

— Una muchacha se encuentra delante de un espejo con una vela encendida...

Era la voz de su padre, cálida y vibrante.

Ellen Brinck se rió.

— ¡Recuerde que yo no soy supersticioso!

Puck apareció en el umbral de la puerta.

— Veo que ya ha encontrado las cerillas. Así que estoy de más...

— No —contestó Ellen Brinck, y su mirada se posó con ternura y bondad sobre la chiquilla—. Tus cerillas sí están de más pero tú nunca, ¡nunca estarás de más!

* * *

Cuando llegaron los invitados, a la señora Moeller aún le quedaba mucho que hacer en la cocina. Pero a pesar de todo tuvo tiempo para saludarles cordialmente y darles la bienvenida. A las niñas hacía poco que las había visto, por lo que se dirigió en primer lugar al señor Winther, al que no sólo dirigió algunas palabras de afecto, sino que lo abrazó.

El veterinario gruñó alegremente:

— ¡Ya basta, mujercita! ¿No querrás darme celos en un día como hoy, 23 de Diciembre?

Ella le dio una palmadita amistosa.

— ¿Y si jugáramos una partida de bridge? ¿Qué te parece Winther?

— Es una buena idea.

— ¿Sí, verdad? He invitado al jefe de estación y al director de correos. El bridge resulta agradable..., aunque sólo sea para distraernos un poco con algo distinto.

— ¿Algo distinto, dices? —suspiró la señora Moeller, levantando los ojos al cielo—. ¡Juegas al bridge tres veces a la semana por lo menos.

□ Yo, Henny? —El veterinario sonrió maliciosamente—. Bueno; bien mirado, tienes razón, pero ¿cómo quieres que pase el tiempo, si todos los animales persisten en gozar de buena salud? ¿Acaso me permitirías ayudar en la cocina a la señorita Petersen?

□ ¡No, por favor! — suplicó la señora Moeller aterrada—. Es el único sitio en que no quiero verte. La única vez que intentaste hacer un huevo al plato olvidaste poner la mantequilla en la sartén. ¡Se notó el olor a quemado en todo la ciudad!

□ Sí, reconozco que no olía muy bien —confesó el señor Moeller con una sonrisa humorística—. Desde aquel día, no he vuelto a

acercarme a la cocina.

□Y te ruego que sigas así, querido Anders. Voy a mandaros a la señorita Peterson con algo de comer. Que lo paséis lo mejor posible. No puedo acompañaros porque aún tengo miles de cosas que hacer.

Y la señora Moeller desapareció de nuevo en su querida cocina. Las niñas subieron a su habitación para asearse un poco; el señor Winther y el señor Moeller se instalaron en el despacho para charlar un rato.

Los dos hombres sostuvieron una conversación muy seria. El que más habló fue el señor Winther, que terminó diciendo:

□Sí, Moeller, te lo he contado todo. Siempre consideré lo del «flechazo» como una tontería de novela, pero he rectificado. Nos enamoramos inmediatamente... y así están las cosas.

□¡Hum! — farfulló el veterinario —. No pareces un hombre enamorado. Más bien pareces un condenado camino del patíbulo. Pero comprendo el motivo. Es Bente, ¿verdad?

El señor Winther hizo un ademán afirmativo apenado. Parecía un colegial que hubiera cometido una jugarreta.

□Sí, comprende que será sumamente difícil decírselo a Bente. Han transcurrido casi cinco años desde el día en que Use murió en un accidente de coche, pero Bente recuerda muy bien a su madre. ¿Cómo juzgará mi deseo de contraer matrimonio de nuevo?

El veterinario acercó una caja de puros a su amigo y dijo:

□¡Toma un puro, viejo amigo! Bente, es la muchacha más razonable que he conocido en la vida; diré incluso que lo es más de lo que requiere su edad. Es evidente que se hará cargo. No conozco a la señorita Brinck más que muy superficialmente, pero me parece que es muy buena. A Bente no le hará ningún daño tenerla por madrastra.

□¡No, desde luego que no! — dijo el señor Winther con apasionada convicción. Aunque un segundo después añadió —: Pero eso no me facilita explicar el asunto a Bente. Desde hace cinco años no vivimos más que el uno por el otro... Nunca pensé en volver a casarme...

□¡Cállate! —dijo el veterinario—. Me parece que estás creando problemas donde no los hay. Porque ignoras totalmente cuál será la reacción de Bente. ¿Crees que sospecha algo?

□No, me parece que no.

□ ¡Te equivocas! Me jugaría la cabeza a que hace tiempo que se ha dado cuenta de que hay gato encerrado. Esa muchachita es muy lista, y quizá no se extrañara cuando le des la noticia. Incluso creo que debe de estar sorprendida por que aún no le has dicho nada. Si no aclaras en seguida este asunto, esta noche jugarás terriblemente mal al bridge. Y... también hay que pensar un poco en el ambiente Navideño...

El señor Winther no pudo evitar una sonrisa. Allí estaba él con un grave problema ¡y su amigo pensaba sobre todo en lo que pasaría en la mesa de bridge! La explicación debía de ser que el señor Moeller, en realidad, no veía problema alguno. ¡Y quizá tenía razón! Era

posible que para Bente fuera un shock primero, pero después se lo tomaría bien... Sí; seguramente así pasaría.

Llamaron a la puerta y el veterinario dijo:

— ¡Adelante!

Apareció la cara sonriente de Puck.

— Papá, sólo quiero avisarte de que nos vamos a pasear hasta el puerto, si no ves inconveniente.

— No, pequeña... Sí, es decir; en realidad, no me gusta que vayas... Pero, de todas formas, puedes ir...

Puck miró a su padre muy asombrada. El veterinario se levantó con los ojos sonrientes y dijo:

— ¡No resulta muy fácil entender lo que tu padre quiere expresar en este momento! ¡Está rebuscando las palabras para decirte que tiene ganas de charlar contigo! Tengo que hacer en el garaje. Quedaos aquí tranquilamente. ¡Hasta la vista a los dos!

Y el tío Anders desapareció reteniendo la risa.

— Bueno... Siéntate, Bente.

— Sí. papá.

Bente se sentó y aguardó. El señor Winther chupaba enérgicamente su puro y comenzó a decir, tartajeando:

— Sí, comprende Bente... Quería hablarte... Bueno, es decir... Podemos dejarlo para después...

Puck se sentó sobre las rodillas de su padre. Le pasó con cariño el brazo por el cuello y le preguntó suavemente:

— ¿Quieres que te facilite las cosas, papá?

— ¿Qué...? ¿Facilitar? ¿Qué quieres decir, Bente?

Ésta apoyó su mejilla contra la de su padre y contestó:

— Oye, papá. ¿Por qué te resulta tan difícil explicarme que desearías volverte a casarte?

La pregunta fue tan imprevista que el señor Winther tuvo un sobresalto y se atragantó con el humo. Puck se levantó rápidamente para que pudiera toser a sus anchas.

Le preguntó con una sonrisa:

— ¿Te he asustado?



El señor Winther repuso, turbado:

— Sí... Debo reconocer que me has sorprendido. ¿Cómo lo has adivinado?

— ¡Porque tengo ojos en la cara, papá!

— Bueno, y ¿qué opinas?

— Te felicito de todo corazón.

— ¿Eres completamente sincera, Puck?

— Sí, puedes creerme —. Puck se sentó de nuevo cerca de su padre—. ¡Es tan natural que vuelvas a casarte, ya que has encontrado a la elegida de tu corazón! Y... no podría tener una madrastra más encantadora que la señorita Brinck.

Padre e hija se abrazaron tiernamente. Al cabo de un momento, Puck preguntó:

— ¿Vendrá aquí la señorita Brinck para Navidad?

— Sí, si la llamo por teléfono.

— Hazlo, papá, para que tengamos una verdadera Navidad. ¿Sabes qué pienso?

— No...

— Que me parece que volveré a ser dama de honor antes de que salgas para Valparaíso.

EPÍLOGO

Al día siguiente llegó en tren la señorita Brinck. Fue acogida con felicitaciones, pero se le veía francamente nerviosa. Su turbación desapareció después de una pequeña charla con Puck.

Nadie supo con exactitud qué es lo que se habían dicho, pero cuando salieron del salón ambas estaban radiantes. La señorita Brinck declaró con una sonrisa:

—La situación para Puck y para mí es algo excepcional, pero como no queremos complicar más las cosas, hemos decidido llamarnos mutuamente Puck y Ellen.

— ¡Bravo! — gruñó el veterinario —. Si todos los hombres fueran tan sensatos y obraran de forma tan razonable, el mundo andaría mejor. Pero ahora tengo que revelarle una cosa muy triste, señorita Brinck.

— ¿Y qué es? —preguntó sonriendo ella.

— Si tiene la esperanza de tener como marido un buen jugador de bridge, anda muy equivocada.

El veterinario se dirigió a su amigo:

— Si bailas tan mal como juegas a las cartas, esta noche harías mejor en quedarte sentado y mirar a los demás.

— ¡Deje a mi futuro esposo en paz! — interrumpió riendo la señorita Brinck—. Está muy bien tal cual es.

— ¡Hum! — murmuró el señor Moeller —. Un matrimonio no puede resultar bueno si el marido es incapaz de jugar bien el bridge... ¿No es verdad, Henny?

— ¡Tonterías! —exclamó la señora Moeller—. Nosotros seríamos igualmente felices aunque no supieras distinguir un siete de diamantes de un dos de trébol. Pero pasemos todos al comedor donde la señorita Petersen nos ha preparado unas copas de bienvenida.

Para las personas mayores había vino, pero las chiquillas podían elegir entre varios refrescos. En el centro de la habitación se erguía un gran árbol de Navidad cuya estrella casi tocaba al techo.

El veterinario siempre había tenido la manía de que una verdadera Navidad exigía un abeto gigante. La señora Moeller hubiera preferido un árbol pequeño en su tiesto, que no esparciera miles de agujas sobre el piso.

El señor Moeller levantó su vaso.

□A todos, la bienvenida, y mis cordiales felicitaciones a vosotros dos. Estoy casi seguro de que tendrás una buena esposa, Winther. Me consta que tendrá usted un buen marido, señorita..., aunque poco experto en los juegos de cartas. ¡A su salud!

Puck se volvió hacia la señorita Brinck y dijo:

— Señorita... Bueno, quiero decir Ellen; ¿recuerda cuando estábamos entre la nieve, la Navidad pasada?

— Yo también pensaba en esto, Puck. El destino es algo maravilloso.



Y añadió:

— Aquel día no era tan feliz como lo soy hoy. ¡A tu salud, Puck!

— A su salud, señorita..., quiero decir Ellen.

La señorita Brinck sonrió y Puck tuvo la sensación de que sus ojos brillaban más aún que la estrella del árbol.



— ¿Puedo preguntar si tenía razón mi echadora de cartas? — preguntó el señor Moeller.

Pero el señor Winther contemplaba a su novia y a su hija con tanta entrañable intensidad que no se enteró de nada.

FIN